



Artículo 353 del código penal **Tanguy Viel**



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

No hay mar en el mundo...

I

Así que usted volvió solo...
Seguramente, le dije al juez...
En fin, sea como sea, yo estaba bien...
En lo tocante a la Providencia...
Así que ya ve, le dije al juez...
En todo caso, no hubo que esperar...

II

Ahora el juez estaba de pie...
Va a hacer seis años...
Así que firmó, dijo el juez...
En cierto sentido, habría sido más fácil...
Creo que lo primero que me viene...
Y eso, claro está, nos hizo sobresaltarnos...

Erwan no se quedó mucho tiempo...
Siempre hay un día y una hora...

III

He ido a ver a Erwan con frecuencia...
Entonces, en cuanto el veredicto...
He comprendido...
Lo que vino a continuación...

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

Finales de siglo XX en una región francesa en pleno declive industrial y económicamente y moralmente perjudicada. Martial Kermeur ha sido arrestado por la policía por haber lanzado al mar al promotor inmobiliario Antoine Lazenec. Martial relata al juez los motivos que le han llevado a esa situación: su divorcio, la custodia de su hijo Erwan, su jubilación y, sobre todo, los corruptos proyectos de Lazenec, quien ha estafado y dejado a Kermeur sin los ahorros de toda una vida.

La historia de Martial Kermeur es la historia de aquellos obreros sacrificados en nombre de la competitividad y el todopoderoso dinero. Una clase obrera traicionada y afligida que ha perdido el sentido de la revuelta. ¿Puede esto constituir una circunstancia atenuante en un crimen? Tanguy Viel pone a sus lectores en la posición del juez.

Artículo 353 del código penal

Tanguy

Viel

Traducción de
Adolfo García Ortega

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1421

No hay mar en el mundo, por muy cerca que se esté de la costa, en el que a un hombre le guste estar en el agua totalmente vestido; es una absoluta sorpresa para el cuerpo cambiar súbitamente de elemento, cuando apenas, en el instante anterior, ese mismo hombre estaba charlando en la cubierta de un barco, preparando los sedales de pesca en el balcón de popa, y al instante siguiente, de golpe, ¡zas!, otro mundo, litros de agua salada, el frío que lo agarrota y la ropa que se hace tan pesada que le impide nadar.

Cuanto allí había era el ruido del motor al ralentí, las olas golpeando livianamente el casco y, a lo lejos, los islotes rocosos que el mar no tardaría mucho en cubrir por completo, sin contar los charranes o las gaviotas que planeaban encima de mí como cuando se acercan a uno de esos arrastreros, habituadas como están a echar un vistazo a lo que queda en la cubierta de nuestros barcos de pesca, en aquella ocasión, a saber: un bogavante y dos bueyes de mar, que era todo lo que había en la nasa cuando fue izada, o más bien cuando los dos la alzamos por encima de la borda, ya que todavía éramos dos en aquel momento y extrajimos juntos del agua la nasa como los dos viejos amigos que creíamos ser, mientras veíamos a los cangrejos debatirse y golpearse contra la rejilla a la vez que poníamos la pesada nasa en el fondo de la caseta del timón. Fue él quien sacó el bogavante y lo arrojó dentro del cubo, con el suficiente vigor como para eludir las pinzas que después se quebraron contra las paredes de plástico, fue él quien, orgulloso

cual Artabán de haber atrapado un bogavante, me dijo: Kermeur, es mi primer bogavante, te lo regalo.

Hoy no sabría decir si fue esa la frase u otra, pero sé que no mucho después yo lo miraba dar manotazos en el mar con sus brazos, que se habían vuelto muy pesados, indiferente a los borbotones de espuma que desplazaba. Quizá pensó que era una broma de mal gusto. Quizá pensó que lograría llegar a cualquiera de las rocas que la marea baja dejaba al descubierto. Incluso los charranes, con sus risas, parecían pensar eso mismo, posados sobre las aristas cortantes de algunas rocas lejanas que se perfilaban en el horizonte, como si para ellos fuera normal lo que acababa de ocurrir, quiero decir, lo de ese individuo que se había caído al agua fría, le costaba un mundo nadar vestido y resoplaba como podía repitiendo mi nombre para que ya fuera a ayudarlo, mientras decía: Kermeur, mierda, ayúdame, Kermeur, qué coño estás haciendo. Y luego añadió palabras como «hostias» o «joder» o «me estás hinchando las pelotas», como si eso fuera a hacerme reaccionar. Pero no, ni por asomo. Incluso empezaba a percibir que hasta las gaviotas, blancas y frías como enfermeras sin pestañear, aprobaban mi conducta.

Tal vez, pensé después, para saber de verdad lo que ocurrió en aquel momento, habría que preguntárselo a una de las gaviotas. Pero entré en la cabina y presioné la palanca de aceleración, en adelante ya completamente solo al timón de un Merry Fisher de nueve metros de eslora, como si estuviera pilotando mi propio barco, sentado en el asiento de cuero tras el cristal picado por el salitre y con los resignados bueyes de mar a mis pies. Quien me viera desde el exterior habría dicho, seguramente, que yo era uno de esos viejos pescadores que hacía su habitual salida diaria, silencioso por naturaleza y de gestos comedidos, llevando tras de mí la estela estridente que ahogaba aquellos gritos. Entonces presioné la palanca un poco más fuerte, con los cuatrocientos caballos que nos propulsaban al barco y a mí, de modo que en apenas un cuarto de hora cubrí las cinco millas que nos separaban del puerto. Cinco millas no se hacen a nado, de eso estoy seguro, y menos aún en un agua tan fría como la de nuestras costas en el mes de junio, porque son cinco millas náuticas, que equivalen a nueve kilómetros.

Atraqué el barco en el mismo sitio de donde habíamos zarpado una hora

antes, pantalán A, plaza 93. No había nadie o casi nadie aquella mañana en el puerto y yo hice como si no hubiera pasado nada, amarré el barco como si fuera mío, anduve por la pasarela de hierro que llevaba hasta el muelle y luego cogí mi coche en el aparcamiento. Seguramente detrás de una ventana o de unos visillos alguien habrá observado toda la escena. Recuerdo que pensé en esto cuando estaba en mi coche, pensé que todo, en ese instante, se escribía con la tinta negra de un ojo ajeno.

Que la policía tocara el timbre de mi casa unas horas más tarde no me sorprendió lo más mínimo. No habría sabido decir si se trataba de la gendarmería o de la policía nacional, pero sé que eran cuatro, dos de uniforme delante de la puerta, otros dos más discretos dentro de la furgoneta al final del paseo. Sin duda, mi alma era demasiado culpable como para sorprenderse de ver a la ley abatirse sobre mí como un cernícalo y clavar sus garras en mis hombros. Y, ahora que lo pienso, aunque los hubiera visto venir de lejos, aunque hubiera oteado con prismáticos su presencia en la carretera y hubiera comprendido que estaban allí por mí, tampoco habría hecho otra cosa. Incluso si me hubieran seguido desde que amaneció, yo habría actuado exactamente igual, habría arrojado al agua a Antoine Lazenec, habría atracado el barco en el mismo sitio, habría seguido por el canal que lleva al puerto deportivo, habría respetado igualmente las boyas verdes y rojas como señales ferroviarias, siempre con esa gaviota posada en la popa y que tal vez esperaba que le pagara para que se fuera. Cualquiera diría que aquella gaviota con su ojo redondo sin párpado insistía en formar parte de la historia, como un testigo inflexible dispuesto a subir al estrado de todos los tribunales del mundo. Me daban ganas de decirle que yo mismo iría al tribunal, que no tenía intención de eludir el peso de la ley. Me daban ganas de decirle: sí, yo también soy una gaviota, yo también planeo por encima del agua, me siento verdaderamente ligera y puedo sobrevolar el mar y los barcos del puerto, soy toda una gaviota, no cabe duda, soy una gaviota en la bruma del puerto, y veo perfilarse la ciudad, que parece escrita en una lengua que no entiendo, en un alfabeto hecho de edificios reconstruidos y de ventanas abiertas y solo sobre los alféizares puedo hallar las migajas que dejan. Sí, soy una gaviota y también espero a que amanezca, cuando la gente saca sus cubos de basura a

la calle, porque aquí la gente ha comprendido que no podían sacar fuera los cubos de basura por la noche, que no podían meter sus desechos en unas bolsas y simplemente arrojarlas afuera, no, tienen que guardar sus cubos de basura en su casa durante toda la noche, muy cerca de su cama, para estar seguros de que ninguna gaviota vendrá a despanzurrar las bolsas. Tienen que vivir con el olor de sus cubos de basura, el olor de cada cosa cocinada, digerida y vomitada, pero que continúa pudriéndose ahí al lado de cada quien hasta que amanece, ese es el precio de las gaviotas en la región.

Luego vino lo de la policía, el arresto y tal y cual, todo con calma. Dijeron los formulismos que se suelen decir en esos casos. Yo cogí mi abrigo que tenía en la entrada y los seguí sin abrir la boca. Creo que fue entonces cuando empezó a llover un poco, una llovizna sin viento que no mete ruido cuando toca el suelo e incluso envuelve el aire de una especie de extraña calidez a base de penetrar la materia y de silenciarla. En ese momento, cuando ofrecía mis muñecas a los policías como si fuera una vieja costumbre, eché un último vistazo a mi alrededor, a aquella depresión en la tierra, al mar allá abajo. Pensé que en adelante tendría mucho tiempo para mirar el mar desde la ventana de mi celda. Luego los dos polis me metieron en la parte de atrás del furgón y me obligaron a sentarme en el banquillo de plástico pegado a la chapa. Recuerdo que allí, en la incomodidad de la camioneta que cruzaba por el puente, dando botes en cada bache de la carretera deteriorada por el peso de los remolques y de los barcos de diez toneladas, allí, a través de la ventanilla trasera salpicada por la llovizna, diríase que el cielo intentaba traspasar el enrejado para guarecerse también él, pareciendo que una cortina de tul se había echado sobre la ciudad, a semejanza de nuestra propia historia, y sí, como le dije al juez, ya lo creo que se asemeja a nuestra propia historia, no es ni niebla ni viento, sino una simple cortina irrompible que nos separa de las cosas.

I

Así que usted volvió solo, dijo el juez.

Sí, éramos dos y luego, ya ve, volví solo.

Entonces usted sabe por qué está aquí.

Sí.

Se ha hallado el cuerpo esta mañana.

Lo sé.

Lo mejor, dijo el juez, sería empezar otra vez desde el principio, sin que yo alcanzara a entender si era más bien una amenaza o una última oportunidad que me ofrecía, sentado como estaba en la silla de madera frente a él, en una posición más baja que el escritorio de roble o de cerezo que parecía realzarlo a él un poco, allí metidos en esos quince metros cuadrados que nos contenían a los dos, en el palacio de justicia de paredes tan deslucidas, al fondo de un pasillo oscuro.

Seguía habiendo una brisa marina que distraía mis pensamientos, me daba la impresión de que las ventanas estaban abiertas de par en par y que mis ideas, bueno, no, no eran ideas, sino imágenes quizá, se arremolinaban ahora más que el viento en las velas, como si yo fuera un cormorán guiado por los caprichos del aire en busca de una silueta o de un destello en el mar que justificara mi inmersión para sacarlo a la superficie, lo que fuera, con tal de saber por dónde empezar, cualquier cosa que brillase bajo el agua como la escama de un pez.

Tendrían que quitarme estas esposas, dije yo. No puedo hablar si no tengo las manos libres.

El juez lanzó un hondo suspiro, uno de esos suspiros que quieren decir «no debería pero voy a hacerlo de todos modos», y luego hizo una señal al gendarme que estaba detrás de mí, indicándole que no pasaría nada si me quitaba las esposas. Para ser juez, carecía de condescendencia o de dureza y no tenía la parafernalia que yo me había figurado que le correspondía, es decir, ni la barba canosa ni el sobrepeso de un cuarentón, no, nada de eso, aquel juez tendría treinta años como mucho y parecía que deseaba escucharme. Pensé que podría ser mi hijo, que en cierto sentido ojalá lo fuera, dada la situación en que se encontraba Erwan en ese instante —sí, Erwan es el nombre de mi hijo—, teniendo en cuenta los tres metros por tres de la celda desde la que seguramente estaría viendo la ciudad, ya que en esta historia también hay que contar con las gilipolleces de Erwan.

Me froté un poco las muñecas para aliviarlas y evité mirar al gendarme, no quería que creyera que yo era insolente o estaba orgulloso, porque orgulloso no lo estaba en absoluto. Y mientras se cerraba la puerta suavemente, el juez, con sus dos manos que pareció abrir como un evangelista, me exhortó a hablar. Había un cargante olor a pintura reciente en la habitación, de esas de color neutro tirando a gris con el que se revisten gustosamente los despachos para olvidar que son antiguos. Y eso suponía una extraña mezcla, como si todas las injusticias de la ciudad que habían pasado por ese lugar desde hacía siglos se vieran ahora atrapadas bajo la nueva capa de pintura y fueran prisioneras por mucho más tiempo. No digo que estuviera detenido en aquel momento, pero por primera vez en varios meses me sentía en el sitio donde me correspondía estar. Quizá por ello, ante el aplomo de mi voz o por dar la impresión de estar muy a gusto en su despacho, vi claramente que el juez, que se arrellanaba en su sillón de cuero y se relajaba, trataba de decirme que a partir de entonces confiaba en mí tanto como en el código penal, repitiendo únicamente: desde el principio, señor Kermeur, desde el principio.

Parecía no tener ninguna prisa, como dando a entender que si aquello debía llevarle quince días, que así fuera, con tal de comprender no sé qué resorte oculto de la historia, así que yo le dije:

Es la vulgar historia de una estafa, señor juez, nada más.

Y por primera vez fui consciente de todo el asunto de golpe, como si, al decirlo, lo hubiera fotografiado desde la luna y mirase las grandes superficies azules tomadas del planeta.

La vulgar historia de una estafa, repetí bajando los ojos a la altura del escritorio, sobre el cual apoyé una mano abierta, medio tapada por las decenas de dossieres apilados encima del tafiote que lo protegía, en muchos de los cuales ya ponía «asunto Lazenec».

Seguramente, le dije al juez, si hubiéramos estado en un pueblo de montaña o en una ciudad del Lejano Oeste cien años antes, seguramente a un tipo así se le habría visto venir, quizá cruzar a pie las puertas de la ciudad, embridar el caballo al principio de la calle mayor, probablemente a la altura de la posta o del *saloon*, no nos habría llevado mucho tiempo comprender con quién nos enfrentábamos. Y tal vez usted, le dije al juez, sería el *sheriff*, hace cien años, y en su bolsillo, en lugar de un código penal aprendido de memoria, habría habido un revólver o algo por el estilo, en tiempos en que el derecho y la fuerza no estaban completamente separados, si es que se puede decir que desde entonces lo están y si estarlo ha resultado ser algo bueno, visto cómo la fuerza o la violencia han sabido camuflarse muy bien desde aquella época.

Pero el hecho es que no se le vio venir. Más bien lo vimos crecer como un champiñón al pie de un árbol, y aun así hizo falta que alcanzara una altura tremenda para que empezara a ser visible. No digo que antes de él todo fuera calma chicha, pero no cabe duda de que en esta región, y no hablo del mundo entero sino solo de que en esta región, donde no se ha debido de ver la tele desde hace veinte años, hay muchos momentos en que las cosas han seguido su curso sin excesos, porque es cierto que los periódicos y las barras de los bares han tenido tema con qué alimentar su conversación cotidiana, pero nunca han dado que hablar como para que se oiga más que un rumor del que cualquiera puede hacerse eco, un rumor que, en el peor de los casos, se hincha y luego se desinfla en el momento en que ya no hay nadie con más derecho que otro para contarlo. Sería más bien una especie de ruido de fondo

que se hubiera emitido suavemente, lleno de moléculas que han acabado por caer sobre cada uno de nosotros como una lluvia, sin que nadie se sienta más culpable o más implicado o más legitimado para contarlo, pero tampoco sin que ninguno se prive de añadir un matiz, una anécdota y, en fin, un juicio particulares, con tal de que cada frase pudiera contribuir a su tumba, que todos habríamos querido ver sellada desde hacía mucho tiempo.

No. No todos. Si no, le dije al juez, él no habría prosperado como lo hizo, sin que se supiera nunca quién lo sostenía de verdad. Y si es a mí más que a otro a quien incumbe la tarea de contar toda la historia, es porque a mis ventanas llegaron tal vez más destellos que a las de los demás ciudadanos, como fragmentos de vidrio que una especie de viento local hubiera aventado y depositado preferentemente en mi casa, igual que algunos depositan en la puerta un bebé.

Pero hace mucho tiempo que los tribunales deberían haberse interesado por este caso, le dije al juez, yo solo soy un brote que eclosiona en unas ramas muy crecidas ya, un brote que apenas emerge en un alba tan brumosa como las calles de Londres una mañana de noviembre, si se me permite considerar que, en cuanto a brumas, por aquí no tenemos nada que envidiar a Inglaterra. Quizá también por eso, cuando un tipo como él llega con una expresión tan sólida en la cara, como con frases en ángulo recto y luego esa apariencia tan bien plantada en la tierra húmeda, hay algo en él que se asemeja a una mano tendida para sacarnos del mar, a base de energía y de ideas de cambio, a base de grandes proyectos.

Porque él tenía muchos proyectos. Ya se hace usted cargo de qué clase de tipo era, le dije al juez, un tipo con proyectos.

Aquí, permítame que le diga, esa no es una palabra que hayamos oído muy a menudo en los últimos años, visto el estado de enfrentamiento y vistos los cinco mil habitantes un tanto cansados de esta península, aquí, y no sé si se puede decir que más que en otro lugar, aquí lo que sentíamos hacía tiempo, cual humor del cielo abatido sobre la rada, sobre los senderos de la costa, sobre las calles del pueblo y hasta en las sesiones del consejo municipal, lo que sentíamos era fatiga.

Así que basta con que un tipo desembarque con suficiente energía y una

chequera más espesa que la mayonesa, para que todo el mundo se diga que es él el enviado de no se sabe qué dios que nos va a sacar de la ciénaga. Por lo menos fue algo así lo que sucedió cuando él desembarcó en la península con esa idea tan simple de comprar el castillo y todo el parque que hay a su alrededor, como si el cheque que él había rellenado aquel día lo hubiéramos firmado todos con él.

Nunca he sabido muy bien por qué aquello se llamaba el castillo, porque no era realmente un castillo, sino más bien un gran caserón de piedra tallada y tejas de pizarra muy antiguas que se desprendían fácilmente en cuanto el viento se ponía un poco nervioso; lo bastante grande, sin embargo, para que todo el mundo aquí usara esa palabra, castillo, dado que en un pueblo como el nuestro parece que cada cosa necesita llevar su apelativo para formar parte de la colectividad, como es el caso de ese caserón deshabitado desde hacía tanto tiempo, el mismo casi que venía llamándosele castillo, aquí, dominando la rada, como enfrentándose a la ciudad desde el otro lado del puente.

Comprenda, le dije al juez, que nosotros no somos la ciudad. Nosotros somos la península que hay enfrente.

Al principio lo llamábamos el castillo por eso, porque puesto así en la punta, parecía plantarle cara a la ciudad. Creo que también lo llamábamos el castillo porque pertenecía al municipio. Pero, por otro lado, el que perteneciera al municipio obligaba a que hubiera alguien que cuidara del parque, alguien que cortara las dos hectáreas de césped una vez al mes, como si en cierto modo fuese un auténtico castillo y se necesitara un auténtico administrador. Y en cierto modo, ese administrador era yo, al menos desde que el alcalde de entonces me lo propuso: algo para que salga usted del apuro, me había dicho él, habida cuenta de la catarata de problemas que se abatía sobre mí en aquellos años; bueno, un poco por amistad, un poco por compasión también, el caso es que me propuso ocuparme del castillo y vivir allí, en la casa vacía que había a la entrada del parque.

A cambio, solo tendrá usted que cuidar el terreno, me dijo Le Goff —sí, el alcalde se llamaba Le Goff y, en efecto, me hizo esa propuesta, que incluía además, a cambio del alojamiento, cortar y podar el seto—, y luego, cuando lo pongamos en venta (sí, porque estaba ya previsto, según el estado de los

fondos del municipio, estaba ya previsto que el castillo se pusiera a la venta algún día), cuando lo pongamos en venta, dijo él, se ocupará de las visitas. Recuerdo ahora muy bien la tarde que vino a verme y me dijo, con la mirada baja, después de haber intercambiado cuatro frases sobre la llovizna que humedecía el aire aquella tarde, me dijo, así como mascullando, como si el asunto le fuese más costoso que a mí, me dijo: Ya está, vamos a venderlo.

Y yo le pregunté: ¿Tal cual está? ¿Quiere usted venderlo tal cual está?

Sí, tal cual está, lo vendemos sin tocar nada, se deja todo como esté, incluidas las arañas y las telarañas, y los fantasmas que haya dentro, el que lo va a comprar se queda con todo.

Entonces insistí: ¿Y yo tendré que marcharme?

Kermeur, amigo mío, me dijo él, esto no cambiará nada con respecto a usted, solo tendrá que ponerse de acuerdo con el futuro propietario, porque las dos hectáreas también serán suyas.

Y a continuación añadió: Y si un día su economía va mejor, ya se verá...

Yo sabía muy bien lo que quería decir, y él sabía muy bien que yo lo sabía, que mi economía tenía que ir a mejor pronto, muy pronto, en cuanto tuviera en mi poder la indemnización del astillero, lo que supondría un nuevo despido para mí, para mí y para unos cuantos miles más, pues en los últimos tres años habían reducido la quinta parte del personal.

En menos de diez años, le dije al juez, el astillero será desmantelado. En menos de diez años, solo será un monumento funerario en el centro de la ciudad. Quizá siga habiendo verjas muy altas y gendarmes en la puerta para que no entre nadie. Quizá nos seguiremos preguntando qué se estará cociendo en su interior. Pero en realidad estará vacío, no contendrá más que gestos olvidados, máquinas polvorientas y la ausencia de una multitud. Yo no digo que esté bien o mal. Solo digo que eso nos cayó encima demasiado rápido y sin que siquiera todos esos despidos acelerados hayan provocado ningún revuelo, menos aún manifestaciones de huelga o de protesta, por la simple razón de que el Estado, o la Ciudad, o los dos juntos, por una vez no han escatimado en las condiciones del despido, considerando los cuatrocientos mil francos de media asignados a cada uno de nosotros a modo de indemnización, considerando lo que valían cuatrocientos mil francos en 1990,

el equivalente al precio de una casita en Finistère.

Como comprenderá, tanto sindicalistas como activistas aceptaron sin rechistar el lento y fatal cierre del astillero que iba a producirse, de manera que la mayor parte de nosotros, una vez despachados, estuvimos más ocupados en mirar los anuncios inmobiliarios o los escaparates con barcos nuevos que en tratar de rascar veinte mil francos más.

Todavía ahora, cuando paseamos por los caminos costeros que dominan el océano, incluso entre semana cuando miramos la bocana a pesar de la corriente y del mar que se levanta contra el viento, nos cruzamos con jóvenes que no tienen aún la edad de jubilarse pero que se pavonean al volante de su fueraborda de recreo mostrando el fruto de su pesca en los pantalanes, ya que como llevan diez años despedidos, en algo tienen que ocupar sus mañanas, o mucho antes que sus mañanas, claro, porque de sobra saben que, para pescar, es mejor levantarse muy temprano y recoger las nasas antes de que alguien lo haga por ellos. Pero no es cosa de que me ponga ahora a hablar de pesca, le dije al juez, podría estar todo el día haciéndolo y no es por eso por lo que estoy aquí.

Lo cual habrá que probarlo, dijo el juez.

A eso no contesté, porque no estoy capacitado para ello, carezco de la rapidez de palabra que tienen un juez o un abogado y que les permite fustigar como si dieran latigazos. En cualquier caso, no es porque se haya dicho mil veces: con ese dinero yo también podría comprarme un buen barco de pesca con un motor lo bastante potente como para salvar las olas a la salida de la rada y, en el peor de los casos, en fin, siempre lo he pensado, si la vida se torciera, podría irme a vivir en él, al menos de manera provisional, pensaba yo, sí, al fin y al cabo sería un cobijo. Y ya me veía acabando así, en el camarote acondicionado de un Antares o un Merry Fisher, acoplado finalmente al pantalán de un puerto cualquiera. Pero no fue eso lo que hice.

No, dijo el juez, no fue eso lo que usted hizo.

Si no, no estaría aquí, dije yo.

No, dijo el juez, si no usted no estaría aquí.

Se me hizo raro oír eso de la boca del juez, como con ironía o yo qué sé qué, como si metiera el cuchillo en la herida y volviera a abrirla en mí sin que

yo fuera capaz de distinguir si lo hacía por diversión o lo hacía siguiendo el hilo de los hechos, como si el hilo de los hechos fuera también la suma de omisiones y renunciaciones y cosas incumplidas, como si el hilo de los hechos fuera el encadenamiento de respuestas equivocadas en un enorme cuestionario.

En fin, sea como sea, yo estaba bien situado cuando llegó el tal Antoine Lazenec, con sus zapatos de punta; no sé por qué siempre he tenido problemas con los zapatos de punta, esos zapatos italianos que brillan hasta bajo la lluvia, como si fuera mi costumbre empezar por los pies al encontrarme con la gente, cuando normalmente no es así, pero allí, como estaba cortando el césped del parque y tenía la cabeza más bien gacha para vigilar el progreso de la cortadora por la hierba sin prestar demasiada atención a lo que pasaba a mi alrededor, lo primero que vi fueron sus zapatos de piel plantados en el paseo, lustrosísimos y tan negros sobre la gravilla blanca, así que levanté la cabeza y vi a ese tipo no muy alto y casi calvo, con una chaqueta negra y una camisa ligeramente abierta como un parisino, y él me miraba con una media sonrisa, esperando que yo apagase el motor del cortacésped. Entonces, cuando el motor se paró y se produjo un silencio repentino, fue cuando me dijo: ¿Está en venta todo esto?

Había un ruido, el de sus llaves, que removía constantemente dentro de su bolsillo al mismo tiempo que echaba un vistazo en dirección al castillo, como si con un solo movimiento de cabeza, con un solo «todo esto», circunscribiera el perímetro de la propiedad, es decir, las dos hectáreas que daban al mar más la vieja edificación de granito erosionado, y se apropiara de ello. Detrás de él, podía ver su coche deportivo color crema o marfil que relucía al sol, ya que, como puede imaginarse, había salido el sol, porque algunas veces hay sol por aquí.

Sí, le dije, todo esto está en venta. El castillo y las dos hectáreas del

parque están en venta.

Hubo un silencio, los dos allí parados a la sombra de la fachada, yo, quitando la hierba húmeda que se había pegado a la cuchilla del cortacésped, él, de pie, inmóvil, sin apenas viento aquel día, con las manos haciendo ruido en los bolsillos. Me di cuenta de que estaba esperando algo, así que le solté:

¿Viene a visitarlo?

En efecto.

¿Quiere que se lo abra?

No, dijo él, estoy esperando a alguien.

Así estuvimos un rato, entre trivialidades, con un ojo puesto en la espera y el otro en el huerto que descendía hacia el agua, donde ya las primeras manzanas inclinaban las ramas y un poco más abajo Erwan jugaba con su balón entre los árboles. Entonces, quizá porque ninguno de los dos sabía adónde mirar, quizá porque yo no me atrevía a poner otra vez en marcha el cortacésped, o quizá porque en aquellos instantes buscábamos a nuestro alrededor dónde poder colgar nuestros pensamientos como de un perchero, el caso es que él reanudó la conversación y dijo:

¿Es hijo suyo?

Sí, dije yo.

Parece que le gusta el fútbol.

Sí.

¿Sigue usted el fútbol?

Como todo el mundo.

¿Cómo se llama su hijo?

Erwan.

¿Qué edad tiene?

Diez años, casi once.

Daba la impresión de impacientarse un poco, mirando a ver si alguien se acercaba por la carretera, siempre con la mano en el bolsillo y el tintineo continuo de las llaves. En aquel momento no me figuré que fuera un posible comprador, al menos no más que cualquier otro, porque yo ya había visto a algunos y solían ser tipos con traje, seguramente con una billetera más gorda que su corazón, y cuando los llevaba a visitar el interior, cuando entraban en

el gran vestíbulo medieval y veían el estado de deterioro, la mayoría renunciaba. Por tanto, acabé por pensar que podría seguir aprovechándome de la situación por mucho tiempo todavía, al llevar a visitar el castillo como guía turístico a gente que no lo compraría nunca y vivir allí, en la casa del guardia, hasta que me hiciera viejo.

Al fin y al cabo, a nosotros dos, es decir, a Erwan y a mí, nos bastaban esos cuarenta y cinco metros cuadrados detrás del mar, con viento fuerte algunas veces pero con gruesos muros de piedra, dos habitaciones y el salón, aunque no había mucha luz, y los lirones habían hecho su madriguera entre la fibra de vidrio, y las agujas de los pinos impedían crecer la hierba en la sombra donde caían sus hojas perennes; estaba lleno de árboles de hoja perenne que durante el invierno impedían que entrara un poco de luz en el salón o en la cocina, al menos solo la filtrada por las ramas, como si directamente allí, sobre los azulejos de la cocina, volcaran su lote de hojarasca verde y marrón, pero eso nunca me molestó, porque yo también soy un poco así, un viejo pino perenne.

Erwan lo dice algunas veces últimamente, que yo soy un viejo árbol incapaz de cambiar, siempre con la misma vieja corteza seca y casi venenosa, arraigado debajo de los muros desde hace tiempo, lo dice Erwan, que ha crecido tanto en los últimos años, y es que los chicos pegan un estirón, en un abrir y cerrar de ojos parecen tan mayores como nosotros.

¿Qué edad tiene ahora?, preguntó el juez.

Diecisiete años. Debería decir que solo diecisiete, como si los seis años que acaban de pasar hubieran podido también ser veinte. Compréndalo, ahora, todos estos años que han pasado, todas las visitas que hago cada semana a mi propio hijo al otro lado del cristal de un locutorio, esperando que salga, sí, todo esto me hace ver ahora la historia de manera diferente. Pero aquel día, en el parque, con mi cortacésped volteado, Erwan con su balón en los brazos, aquel día, cuando Antoine Lazenec llegó, ¿quién habría podido leer en su piel el futuro que nos aguardaba a Erwan y a mí? Y créame, porque no suelo juzgar a las personas por una primera impresión, para mí era un visitante normal, un simple visitante, de los que venían a menudo los sábados por la tarde y aprovechaban que estaba abierto para darse un garbeo por allí.

Y solo cuando tanto él como yo oímos unos pasos apresurados por la gravilla, solo cuando vi a Martial Le Goff llegar desde el fondo del paseo, me dije que aquello no era como de costumbre, porque no era costumbre del alcalde venir a recibir a tal o cual eventual comprador, menos aún excusarse por el retraso como lo hizo, todo sofocado por haberse dado una carrera como si hubiera temido no ser el primero en llegar, chorreando sudor por culpa de su peso, porque Le Goff, claro, era más bien gordo, gordo como el típico alcalde de pueblo, con las venillas rojizas del típico alcalde de pueblo, unas venillas rojizas como las mías, y no es de extrañar: hemos debido de beber más o menos al mismo ritmo los dos toda nuestra vida, incluso a menudo juntos, porque nos conocíamos de sobra, votábamos juntos los mismos proyectos durante años en el consejo municipal, la cantidad de nasas que habíamos sacado del agua juntos en su pequeño barco de pesca, cuando podíamos pasarnos toda la jornada en el mar sin nada que hacer más que observar la sombra de los peces bajo el agua.

Y encima éramos vecinos. Desde mi habitación, a lo lejos, podía ver la silueta de Catherine escoger las legumbres en el fregadero y a él en segundo plano servirse un whisky delante de los informativos de la tele.

Y encima se llamaba como yo. Sí, es curioso, los dos nos llamábamos Martial, y militábamos en el mismo partido político, así que con todo eso que nos unía, creo que se puede decir que había cercanía, entre Le Goff y yo.

Y encima fue un buen alcalde. Al menos durante un tiempo fue un buen alcalde para la península. Pero, en fin, hace ya mucho tiempo que Le Goff dejó de ser alcalde, además tampoco está entre nosotros, que en paz descanse. Pero también eso, le dije al juez, también eso estaba seguro de que iba a ocurrir, que al menos uno iba a acabar suicidándose.

El juez no reaccionó. Cada vez que yo soltaba frases como flechas al aire, buscando a ver dónde caían exactamente, en qué dossier acabarían clavándose o rebotando y siguiendo su camino por la superficie de su escritorio como tantos relatos futuros, él no reaccionaba. Sin embargo, quedaba todavía el eco de la bala de la escopeta de caza de Le Goff, que resonaba por toda la ciudad, sin que nadie hubiera esclarecido de verdad las razones de aquel gesto, o más bien sin que nadie hubiera querido hacerlo jamás, salvo algunas hipótesis

prudentes de periodistas locales, como confitadas en unos titulares evasivos, del tipo «el suicidado de la península» o «extraña muerte de un alcalde», achacándole problemas con el alcohol o en su matrimonio. Pero no había nada de eso, dije yo. Martial no tenía problemas en su matrimonio. Si había algún problema conyugal, le dije al juez, sería más bien a mí a quien habrían hallado una mañana desplomado en el suelo.

A esto tampoco reaccionó, con la cara cada vez más impertérrita y como si ahora me hubiera dejado a solas con la palabra, con el desorden de la palabra, y mil pensamientos convergieran en un embudo cuyas leyes de selección internas él tratara quizá de comprender.

Pero, bueno, Le Goff estaba muy vivo y era alcalde a tiempo completo, ya lo creo, aquel sábado en que Lazenec y yo lo vimos llegar desde la carretera, contoneándose como podía por la gravilla del paseo, excusándose dos veces por su retraso y secándose la cara con un pañuelo de seda. Y le juro a usted que los dos parecían conocerse ya, al menos a tenor de los gestos amistosos que se intercambiaron, llamándose por el nombre, uno Martial y el otro Antoine.

¿Ya se han presentado?, preguntó Le Goff.

No, dije yo, no del todo.

Entonces el otro, el *cowboy*, como yo lo llamo algunas veces, acabó por mirarme a los ojos, estrechando su mano firme con la mía, y dijo: Lazenec. Nada más. No dijo nada más sobre él, como si con solo ese apellido hubiera bastado para hacerle brillar en el cielo de los nombres propios. Pero yo nunca había oído un apellido como ese, menos aún que estuviera censado para acogerlo como el mesías, y tantas otras cosas que yo no sabía y que Le Goff me explicaría un poco más tarde, cuando el tal Lazenec se hubiera marchado y yo dijera al alcalde: Tiene que explicármelo.

Sí, tiene que explicármelo, le dije a Le Goff cuando Lazenec se hubo marchado tras dar por terminada la visita a la propiedad, recorriendo todas las habitaciones sin interesarse demasiado en los detalles, cualquiera diría que era él quien nos las enseñaba a nosotros, porque iba delante precediéndonos por los pasillos y los cuartos, y recuerdo que varias veces, cuando miraba fuera desde las ventanas de la planta superior, varias veces dijo: Hay

potencial aquí, tiene usted razón, Le Goff, hay potencial. Y mirando el terreno que descendía en una suave pendiente hacia el mar, los pinos alineados que formaban una especie de paseo real hacia el agua, dijo que aquello le gustaba mucho. Y repetía esa palabra, potencial.

Allí, de pie, dándonos la espalda ante los viejos ventanales de roble, parecía que abarcara el cielo con sus brazos, que dominara ya con su mirada aquella vista que se extendía hasta la bocana, hacia la ciudad blanca como en descenso escalonado, sí, incluso el nombre de Le Goff se volvía un prisionero en sus frases. No diría yo que aquel día me pareció antipático, no, no es esta la palabra adecuada, porque incluso si aquel día una sola mota de sombra se hubiera escrito en el cristal de las ventanas con tinta invisible, se sabría y yo, que no me gusta lanzar flechas demasiado incendiarias desde el pasado lejano para iluminar el presente, pongo por caso, sé muy bien que no hay brújula que salga del fondo del mar para señalarnos el norte, sino más bien al contrario: el presente es el que arroja luz a las grandes profundidades marinas.

Cuando pienso otra vez en ello, ¿sabe usted lo que más me impactaba en el fondo, lo que más me impactaba de aquella visita? Yo creo que era su banalidad. Sí, su banalidad. Del tipo de individuos con los que te cruzas en la calle y que van con un maletín, quizá con unos fajos de billetes dentro o unos kilos de cocaína, pero tú piensas que lo que hay dentro son solo pólizas de seguros o catálogos de productos congelados. Quizá fuera por su coche deportivo, de los que apenas se ven por la región, un Porsche para ser precisos, y eso que yo solo no habría sabido decir de qué marca era, pero Erwan estaba allí, Erwan lo siguió durante toda la visita, incluso hasta cuando lo vimos alejarse en medio de su nube de polvo blanco, y Erwan dijo: Es un Porsche, un 911. Y con sus seis añitos, añadió: ¿Es el que va a comprar el castillo?

Entonces miré a Le Goff y repetí la frase de Erwan, dije: ¿Es verdad, va a comprar el castillo?

Y Le Goff, a su vez, me miró a mí, abrió los ojos más que de costumbre y dijo: Kermeur, ¿no lee los periódicos?

Y habría podido responderle que sí, que normalmente sí, pero

últimamente solo de vez en cuando, ya que estaba un poco más cansado de lo habitual, de hecho, aquella mañana ni siquiera había comprado el periódico. Entonces Le Goff sacó de su bolsillo trasero el ejemplar de ese día y lo desplegó ante mis ojos, con un enorme titular que decía algo así como «grandes proyectos para la península» y debajo la foto de un tipo un poco calvo con la camisa abierta, de modo que no tuve la menor duda de quién se trataba, menos aún de sus intenciones, ya que al lado había una entrevista en la que especificaba cada proyecto en cuestión, y en ella, haciendo como que barría la página entera con la mirada en busca de la solución de un enigma, me topé con unas palabras más grandes que otras y que causarían una especie de deflagración en mi cabeza, mientras leía aquellas frases con extrañas expresiones, tales como «complejo inmobiliario», o «inversión en propiedades de alquiler», o «parque residencial», y luego, en la parte de abajo, algo parecido a una conclusión febril que el periodista había creído adecuado destacar entre exclamaciones: «¡Un complejo turístico costero!».

Un complejo turístico costero, le dije al juez, ¿se da cuenta? Un complejo turístico costero en la rada de Brest. Y proseguí leyendo el artículo línea a línea, con grandes frases del tipo de que lo que le faltaba a la región era fe y coraje para afrontar el futuro, que había aquí un potencial inexplorado, según sus declaraciones, que desde hacía generaciones estábamos sentados sobre un montón de oro recubierto de coliflores y alcachofas, cuando en adelante se abriría ante nosotros la nueva era del turismo y del desarrollo, que había llegado el momento de hacer nuestra entrada en el nuevo milenio, de manera que al final del artículo cualquiera diría que aquel tipo era una especie de arcángel bajado del cielo de las grandes ciudades para fertilizar nuestras conciencias, primero desbrozándolas como es debido, y luego depositando las semillas en nuestros cerebros para esperar, finalmente, a que brotase en ellos un bulevar, o mejor que un bulevar, unos bloques de cinco plantas, todos acristalados y con maderas exóticas, con solárium, ascensores transparentes y piscinas climatizadas. Pero la expresión que se me quedó en la cabeza como broche de oro persistente no era la de «bloques» o «solárium», sino la de «complejo turístico costero».

Sin embargo, a nosotros, los habitantes, eso no nos pillaba de nuevas,

acostumbrados como estábamos a ver llegar de cuando en cuando a algún chiflado que nos subestimaba, explicándonos que no sabíamos sacarle provecho a nuestro paisaje, a nuestros kilómetros de costa en los que no había ni un hotel-restaurante ni un aparcamiento digno de ese nombre, ni una residencia mínimamente lujosa para disfrutar de las vistas, con esta luz tan bella que penetra en las rocas al atardecer, esa calma de los helechos que parecen absorber todo el dolor del viento, en fin, podría estar alabando estos paisajes sin parar, porque los amo más que todos los mercachifles del mundo juntos.

La bruma que va y viene ante un sol desvaído.

El follaje de los árboles cuando las tormentas se alejan.

Pero estas cosas no se ven, ni se pueden elogiar a voz en grito, en las columnas de un periódico.

Allí, en el parque del castillo, cuando ya el Porsche había desaparecido hacía un buen rato, me tomé mi tiempo para leer el artículo entero, y pensaba que no era posible, que era alucinante que yo fuera el último en estar al corriente, y así se lo dije a Le Goff.

Querido Kermeur, dijo el alcalde, no se ha enterado usted de nada últimamente.

Recuerdo haber tratado de entender qué quería decir con la palabra «últimamente». Últimamente, es cierto, yo estaba más bien metido en mi casa, viendo demasiado la televisión o yo qué sé, removiendo mis arriates al pie de los muros de piedra sin volverme hacia la calle ni hacia el pueblo ni hacia nada de lo que ocurría a mis espaldas, por así decir, cultivando mi jardín y ocupándome de un hijo, y a punto de cumplir los cincuenta como estaba, ya me parecía más que suficiente.

Tiene razón, le dije a Martial devolviéndole el periódico, me he aislado demasiado últimamente.

Y doblando el periódico para metérselo otra vez en el bolsillo trasero, él añadió: Kermeur, ha sido la Providencia la que ha puesto a ese individuo en nuestro camino.

En lo tocante a la Providencia, no cabe duda de que esta se prodigó con nosotros, en cuanto dejó de ser solo un rumor que corría por la ciudad para pasar a ser el anuncio, allí, en la sala de plenos del ayuntamiento, a bombo y platillo, de lo que nos esperaba; en fin, no se imagine una sala inmensa como la de las grandes ciudades, con arañas de cristal y ventanales desde los que se anuncia a todo el mundo la felicidad de los recién casados, no, era solo una habitación un poco más grande que las otras, un poco más luminosa también, con un parqué mejor encerado que retenía los rayos de sol por la mañana, a eso de las once —no sé por qué, pero siempre me ha gustado especialmente la luz de las once de la mañana, cuando entra así los días festivos, porque desde luego hay que calificar de «día festivo» la convocatoria de Le Goff de aquella mañana para presentarnos la maqueta del proyecto, con los arquitectos y obviamente con Lazenec en primera fila a su alrededor, como si fuera una inauguración en miniatura, pensé, ya con los quinientos vasos dispuestos en los manteles de papel y que parecían asistir también ellos a la ceremonia, si es que ese era el término adecuado, ceremonia—. En todo caso, se me hizo raro ver a varios centenares de habitantes de la península allí reunidos y muy concernidos, sí, aquello se me hizo raro.

La maqueta estaba aún tapada por una sábana de fieltro rojo que el propio Le Goff, haciendo el gesto más ufano y más majestuoso de todo su mandato, retiró después de haber acabado su discurso, y qué discurso dio, con el micro que funcionaba a medias; que si en este costoso fin de siglo, dijo el alcalde, alguien por fin se había atrevido a romper la grisura de la época, que si

teníamos que agradecer —y habría apostado que sería esa la palabra que diría: Providencia—, que si teníamos que agradecer a la Providencia, dijo, el que nos hubiera traído a nuestra casa a Antoine Lazenec, a quien a estas alturas ya era innecesario presentar, porque se le había visto en todas partes en que se precisaba que le viéramos; bueno, esto él no lo dijo exactamente así, dijo que se le había visto por aquí y por allá estos últimos meses, en el periódico local, en las tribunas del estadio, en tal banquete benéfico organizado por su club para la protección de animales, como si tuviera de repente el don de la ubicuidad, de manera que todo el mundo, al cabo de cierto tiempo, ya le había puesto nombre a su cara, esa misma cara que se hinchaba a ojos vistas a base de comidas de negocios en los grandes restaurantes —cualquiera diría que nosotros, los habitantes de la península, nosotros, los trabajadores del astillero o los empleados del puerto, lo mirábamos con una sonrisa mientras pisoteábamos nuestros propios huertos en los que todos habíamos cultivado nuestras vidas sin siquiera conocer la existencia de ese individuo, de cuyo abono no teníamos ninguna necesidad para que dieran frutos más rápido.

Antoine Lazenec actuó como un pionero que desembarca en una nueva tierra. Nosotros, cual indios asustadizos e ingenuos, dudábamos entre una flecha envenenada o recibirlo con los brazos abiertos, pero al final elegimos la segunda opción. Esa mañana, en la sala de plenos del ayuntamiento, cuando tomó el micro que le tendía Le Goff, a todos nos dio la impresión de que de pronto había un foco de luz dirigido hacia él, como si todo un pueblo al unísono esperara precisamente eso, las palabras de un promotor.

Cogió el micro y, en primer lugar, dio las gracias a Le Goff, luego a los arquitectos, cual momias con trajes negros que no abrían la boca, y después a todas las personalidades de la localidad que le habían abierto sus puertas —pero ¿las puertas de qué, señor juez, dígame, las puertas de qué?—, sin olvidar a nadie, ni a un banquero ni a un concejal ni a un vicepresidente ni a toda esa gente que parecía haber hallado en el subsuelo de la ciudad, empresarios de todo tipo que ya se frotaban las manos al haber firmado el mayor contrato en décadas, es decir, en aquel momento no lamentaban haber sacrificado sus domingos para dar tumbos por los campos de golf o beber una

enésima copa en tal o cual bar de esos nocturnos donde se cierran los negocios. En fin, no voy a descubrirle a usted nada nuevo a estas alturas, le dije al juez, pues se supone que, en cuanto juez, tiene una vista panóptica de todos los asuntos de la ciudad; claro que no al principio, pero sí poco a poco, al hilo de los días, a base de investigaciones, digo yo, porque no soy juez, pero tengo la impresión de que es como si ascendiera usted en globo por encima de las casas y con cada nuevo indicio alimentara la caldera para elevarse un poco más alto y al final, al final sobrevolase toda la ciudad y viera las conexiones que la mantienen unida, y también empezara a ver carreteras nuevas, no solo las calles comerciales que bullen de gentío los sábados por la tarde ni solo el viento que se mete por las callejas transversales, no, sino también calles nuevas, por así decir, más aéreas, más invisibles, calles que no están en los mapas, avenidas virtuales que se salen de los planos, que van desde la alcaldía hasta la sala de subastas públicas, y desde esta hasta el Banque de l'Ouest, del puerto comercial al palacio de justicia, pero en lugar de haber personas circulando por esas calles, por esas avenidas que abren zanjas más violentas que las de los arquitectos, lo que hay en ellas son palabras secretas, palabras y por supuesto dinero, y puede que también, claro, chicas, o no exactamente chicas, sino, digamos, sexo, es decir, en definitiva, si se suma todo, las palabras, el dinero, el sexo, pues bien, se tiene todo. Sí, todo.

Y después de esto, hubo como un silencio entre el juez y yo, como si ansiáramos reflexionar un instante para detener, no los acontecimientos en sí —ya era demasiado tarde para eso desde hacía mucho tiempo—, sino la saturación de cielo gris en la ventana.

Es un hecho que la gente como yo, proseguí, no sale lo suficiente como para conocer todas las claves de la ciudad. Sin embargo, desde nuestra casa, ¿cuánto hay hasta la ciudad? Doce kilómetros tan solo, bueno, sí, está el puente, y un puente, aunque suponga que está para acercar, no deja de ser un puente, con el mar debajo subiendo cada doce horas y recordándonos que vivimos en una península, lo que significa que para gente como yo o Le Goff siempre habrá allí abajo un océano que nos separa de ciertos lugares.

Tendría usted que haberla visto cuando retiraron la sábana roja y todo el

mundo se acercó a mirarla: allí, en un rectángulo de cristal de por lo menos dos metros por tres, iluminada desde arriba por un par de focos verticales, estaba la península entera a escala reducida, los campos y los acantilados, las granjas y las casas, la iglesia y la plaza del pueblo.

Nuestra península, pensé yo.

Y aplaudimos. No sé a qué exactamente, si al momento, a la maqueta, o al tal Lazenec, pero aplaudimos. Aquella maqueta en torno a la cual empezamos a empujarnos y a agacharnos para admirar lo cuidado del detalle, buscando cada uno su propia casa por los caminos de plástico, era como un circuito de tren eléctrico en el escaparate de una tienda de juguetes.

Pero en lugar de un tren eléctrico, lo que captaría de inmediato nuestra atención fueron los cinco futuros edificios que se alzaban frente al mar, erigidos por encima del resto, dando sombra al castillo y al soleado parque que los rodeaba. Tenían la manía de poner pequeñas figuritas de personas en las terrazas que daban al mar —bueno, no era exactamente el mar, sino el trozo de plástico azul que representaba al mar— y en la larga playa con arena verdadera extraída del mismo lugar que figuraba en el proyecto, hasta los arbolitos de plástico al pie de los edificios parecían haber brotado de pronto durante la noche. Por un momento, aquella mañana, todos vivimos allí dentro, en aquel rectángulo de cristal donde jamás penetrarían ni la lluvia ni el polvo. Estábamos como imantados por el futuro.

Una simple maqueta, sí, pero ya el sol se las había apañado para reflejarse en las ventanitas y en las líneas de aluminio, como si de repente, a causa de esa vista aérea que teníamos, en ese cuerpo a cuerpo absurdo y milenario de nosotros contra el litoral, por primera vez, al verlo reducido a escala tan pequeña, saliéramos vencedores. Recuerdo haber visto aquella mañana a mucha gente coger el folleto que había en la entrada, donde ponía «Gran Arenal, un futuro para la península» y al dorso aparecía la cara de Lazenec, como una octavilla electoral.

Ahora bien, le dije al juez, si Francia es un tapete de casino, entonces todo el mundo hace sus apuestas, y hay que ser muy jugador, un jugador de verdad, para querer saltarse a la torera las habituales normas de la economía local y ganarse a una población largo tiempo ducha en el fracaso, largo

tiempo hasta las narices de tanto fantasma que le ha vendido sus promesas en los periódicos locales sin que jamás haya visto ni siquiera el comienzo. Creíamos que los tiempos cambiaban, ¿verdad?, creíamos que algo más urbano llegaba por fin hasta nosotros y que eso era lo más lógico en el devenir de las cosas.

Puede, le dije al juez, puede que en adelante sea así en todas partes, en todos esos sitios que no se sabe todavía si hay que llamarlos ciudades, porque siempre han sido pueblos, pero en los que el hormigón recubre los campos y las raíces se vengán causando grietas en los patios de las escuelas. Aquí como en todas partes, le dije al juez, siempre ha sido un quebradero de cabeza cuando ha habido que hacer una nueva parcelación en el área metropolitana, como si nunca hubiéramos sabido muy bien cómo se fijaban los límites o se desplazaban las fronteras: bastaba con que cualquier promotor visionario, o que se creyera visionario, se adueñase de unos terrenos baldíos o de labranza, para que terminaran parcelados, porque a veces ha bastado con que tal o cual plan de construcción se presentase al consejo municipal para que, con solo la maqueta, se considerase una nueva recalificación del suelo.

Sé muy bien de lo que hablo. Yo he sido del consejo municipal. Más me valdría haber seguido siéndolo, ¿verdad?, sobre todo ahora que creo saber qué decisión habría que haber tomado, pero habría actuado como todo el mundo, ya que la derecha y la izquierda nos repartíamos sin demasiados problemas los asientos del consejo, y encima yo era de la mayoría, así que más cómodo para mí. Porque en aquellos años, si eras socialista, tenías todas las posibilidades de estar en la mayoría. Como en el resto del Estado, aquí también éramos socialistas. Habíamos ganado dos veces seguidas las elecciones generales.

Era usted demasiado joven, le dije al juez, pero hay que tener en cuenta lo que 1981 significó para nosotros. Es curioso el tono que adquiere un año concreto y los rostros de entonces que vuelven de repente treinta años después, pero sobre todo 1981 es el año en que nació Erwan.

Para serle franco, le dije al juez, fue en la clínica donde vimos aparecer por la televisión la cabeza del presidente Mitterrand, algo ya inolvidable, y al presentador dando el recuento de votos como si así quisiera ayudar a mi

mujer a parir y de hecho fue al día siguiente, justo al día siguiente, en efecto, cuando tuvimos un hijo, como si los cláxones de los coches en las calles hubieran estado toda la noche pitando más por la llegada de Erwan que por la del nuevo presidente. Al cabo de los años, el ruido de los cláxones hace ya tiempo que ha desaparecido de nuestros cerebros, a lo sumo está como encogido, sí, en mi cabeza está como encogido, dado lo rápido que se achican los acontecimientos actualmente. Quizá ya no se use este verbo, «achicarse», pero viene ahora al pelo, al referirme a los veinte o treinta años que acaban de pasar por nosotros, o junto a nosotros, tampoco sé muy bien cómo decirlo, pero lo cierto es que hubo un tiempo en que oíamos soplar al viento. No es que el mar sea hoy una balsa de aceite, sino que yo ya no tengo oídos para oírlo soplar como antaño. Erwan está convencido de ello. Con frecuencia me decía que yo ya estaba demasiado cansado para oír el viento fuera del mar, que había envejecido más deprisa que la vida normal, en cambio no cabe duda de que ese tipo de viento sigue soplando en él, tan fuerte y tan alto como la música que escuchaba en su habitación.

Pero yo estaba cansado y además Erwan crecía, así que pensé que estaría bien tener tiempo para ocuparme de él, por eso no volví a presentarme. En buen momento, ¿verdad?, visto que fue por aquel entonces cuando las cosas empezaron a flaquear con France —sí, la madre de Erwan se llamaba France, sí, bueno, se sigue llamando France, pero digamos que a mí se me hace raro seguir llamándola por su nombre—. Ella cree que todo lo que pasó después fue por mi culpa, que es culpa mía. Puede que tenga razón. Se lo dije un día: Puede que tengas razón, todo lo que pasó fue sin duda por mi culpa.

Coincidiendo con el momento en que dejé los asuntos públicos, a ella empezó a parecerle que me pasaba demasiado tiempo en casa, como si lo mejor para los hombres es que estemos muy ocupados, porque si no nos volvemos insoportables, aunque a las mujeres en seguida les parecemos insoportables, en cuanto nos ponemos a fumar delante de la chimenea en vez de limpiar los cristales o pasar el aspirador, pero en cambio que volvámos a casa a medianoche todos los días después de una reunión en el ayuntamiento les parece normal. Creo que ella nunca aceptó que me pasara las horas en blanco en el salón, leyendo el *Télégramme* si por ventura había tenido el

valor de comprar el periódico y de repantigarme allí, en el sofá, para leérmelo de cabo a rabo. Lo mejor para ella fue marcharse, sobre todo desde que en los últimos años se duplicó mi número de horas en el sofá, delante del espejo que domina sobre la chimenea, ese mismo espejo con el azogue tan picado y que se ha vuelto tan opaco que con frecuencia, cuando me miro en él, apenas veo el reflejo de mi rostro, más bien sombras y masas que parecen pasar por delante. Le rogué que me dejara conservar ese espejo de encima de la chimenea. No es que no quiera ver lo que refleja, le dije al juez, es algo más fuerte que yo, como si, a base de mirarlo, me sintiera atrapado en el grosor del vidrio y a mi cerebro lo capturase una niebla que podría confundirse con la de cualquier mañana invernal, cuando el sol trata de reflejarse en ella pero queda desteñido o engañado por la textura opaca del cristal. Y cuanto más me acerco, más me atrapan las picaduras nubosas del vidrio. Algunas veces me pierdo en las brumas del espejo, en ese tenue reflejo de mí mismo, algunas veces incluso me gusta perderme allí, pero también algunas veces, le dije al juez, algunas veces monto en cólera contra la bruma.

Habría sido preferible, dijo él, que hubiera montado en cólera contra la bruma y solo contra la bruma.

Sí, por supuesto, dije yo.

Y para no sostenerle demasiado la mirada, bajé los ojos hacia el código penal puesto verticalmente sobre el escritorio, sin atreverme a alzarlos ni un centímetro por encima de su cubierta, cual muralla demasiado alta que hubiera que escalar para ver un poco de lo que había al otro lado, como si en ese otro lado de las leyes, en ese otro lado de los artículos y de los párrafos, estuvieran ya en su mirada, no los delitos ni los escenarios espectaculares de los delitos, sino solo las penas y los castigos, de modo que allí, al otro lado del libro, en el rostro del juez que yo no quería mirar, no surgieran más que los pasillos de la prisión por los que yo ya me veía pasear, cabizbajo y esposado, mirando la rada desde lo alto de las ventanas y esperando la visita de France. Pero eso, todavía, pensé yo, tiene pocas posibilidades de suceder.

Así que ya ve, le dije al juez, se metió a todo el mundo en el bolsillo. Y ahora digo yo: si pudiéramos solo entrever el demonio que hay en el corazón de la gente, si pudiéramos verlo a través de una piel lisa y sonriente, nos daríamos cuenta, ¿no?

Entonces el juez fijó la mirada en la mesa, como si buscara alguna cosa entre los mil papeles allí amontonados, empezó a abrir una carpeta tras otra para luego coger una fotografía, mirarla un momento y después deslizarla delante de mí, una foto recortada de un periódico en la que estaban retratados Lazenec y Le Goff y otros más dentro del recuadro, todos bien trajeados y delante de la maqueta, sonriendo como alumnos en una foto de colegio.

Mírelo, dije yo, ¿a quién se parece? A usted y a mí.

¿Y qué esperaba, dijo él, no querrá que el diablo se parezca a Robert Mitchum?

A Robert Mitchum seguro que no, aunque podríamos haber visto en más de una película una foto como esa, de caras marcadas dentro de un círculo con rotulador negro y clavada con chinchetas en el corcho de una comisaría. Pero bueno, bien que me las doy de decir esto ahora, cuando en realidad aquella mañana, entre los vasos de vino blanco que empezaban a circular, la palabra promotor nos parecía luminosa.

Nunca olvidaré la voz de Le Goff, pavoneándose él también por allí delante de la maqueta y diciéndome: ¿A que parece de verdad?, al mismo tiempo que me daba golpecitos en la espalda como si tratara de recuperar con ello algo de la amistad que habíamos perdido, algo que a partir de ese

momento se arriesgaba a perder, por el modo como se movía entre la gente, con el mismo vigor que si estuviera festejando su victoria en las elecciones, porque parecía que, con aquella simple maqueta, justificaba sus dos mandatos de alcalde ante todos los peces gordos regionales que se habían desplazado hasta allí, los mismos que, uno por uno, desgranarían en sus discursos un elogio del futuro o ironizarían sobre el clima. Aquel día comprendí que era aquí, que a pesar de la bruma que no levanta en el astillero y a pesar del viento que sopla dos días de cada tres, era aquí, sí, donde habían decidido construir aquel complejo turístico costero —expresión que unos y otros se cuidaron mucho de no pronunciar, empleando tan solo términos más modestos como «residencia» o «complejo», o la que más les gustaba, que era «complejo inmobiliario».

Al final, le dije al juez, aquello parecía una boda. Las mujeres iban de punta en blanco. Los niños correteaban de acá para allá, menos Erwan. Erwan permaneció a mi lado todo el tiempo. Lo recuerdo muy bien, porque era la víspera de sus once años y le había prometido que por la tarde iríamos a la ciudad para celebrar su cumpleaños y comprar una nueva caña de pescar. Sí, tenía solo once años cuando empezó toda esta historia, todavía con voz aflautada y ni remota idea de agujerearse la nariz. Hoy no puedo pasar la mano por su cabeza como hice aquel día, ni tampoco me miraría él alzando los ojos hacia mí para decir: ¿Vamos a comprar uno de los pisos de la maqueta?

Y yo, lo recuerdo perfectamente, le respondí sonriendo: No, creo que no, Erwan, no es un proyecto para nosotros.

Le Goff, que no estaba muy lejos y me había oído, se inclinó hacia Erwan y le dijo:

Ya sabes que tu padre no es de esos a los que les da por las propiedades...

Sonreí sin decir nada, y con razón, porque no tenía nada que decir, en ese asunto estaba al mismo nivel que un chaval de diez años, como Erwan, que veía en la maqueta un juguete que le habría encantado construir. Y si yo hubiera podido comprender aquella mañana en qué engranaje no tardaría en ir a meterse su pensamiento, si yo hubiera podido comprender que a los diez u once años era ya tan poroso a los asuntos de su padre, no cabe duda de que le

habría obligado a ir a jugar al escondite o a cualquier cosa con los otros niños.

Puede que Le Goff me creyese un poco lejano, o inquieto, no lo sé, el caso es que se sintió en la obligación de añadir algo así como: Martial, huelga decirle que para nosotros usted seguirá siendo nuestro administrador.

Precisamente, dije yo, de eso quería hablarle, me fastidia tener que preguntárselo, pero me alegra que esté delante Erwan: ¿cree que podremos seguir viviendo allí, con todos estos grandes proyectos?

Cerca estaba el mismísimo Lazenec —durante todo el rato no debió de haberse apartado de la maqueta más de tres metros, como si siempre hiciera falta que su sombra se proyectase por encima de los edificios y de los espacios verdes y sobre las pequeñas figuritas de las azoteas, cual nubarrón ocultándoles el sol—. Entonces Le Goff aprovechó para hacerle una señal. Y él se acercó a nosotros.

Señor Lazenec, dijo Le Goff, ¿conoce usted a Kermeur?

Por supuesto, respondió.

Es que le gustaría preguntar por su casa a la entrada del parque, pero...

No tuvo tiempo de acabar la frase porque Lazenec le soltó: Ah, sí, es verdad, ya me comentó usted esta mínima servidumbre.

¿Servidumbre?, dije yo, ¿qué servidumbre?

En ese momento vi que Le Goff, quien tampoco se había esperado una palabra como aquella, no iba a contradecirle al otro, así que salió al paso como pudo, balbuciendo los típicos «es decir», «en fin» y «vamos a ver», ya que en definitiva yo comprendo que con «servidumbre» quizá no quisiera decir esclavo, pero, bueno, lo que sí significaba era «un peso encima».

Entonces el otro, el *cowboy*, todavía con su mano en el bolsillo, acabó por mirarme fijamente y dijo: Claro, por supuesto, tendremos que volver a hablar de ello. Y como si quisiera cambiar de tema, no sé si por instinto o qué, en aquel momento miró a Erwan y le preguntó si le gustaba el fútbol. ¿Se da usted cuenta?, le dije al juez, él no dijo: «no se preocupe» o «tranquilo, todo se arreglará», no, ¡le preguntó a un chiquillo de diez años, en cuya bufanda rojiblanca alrededor del cuello había reparado, si le gustaba el fútbol! En ese momento, Erwan me miró sin saber qué responder, porque Erwan era así,

más bien tímido.

Sé que hoy en día puede parecerle extraño imaginar a Erwan tímido, pero le aseguro que si el muchacho se hubiera podido esconder en mi bolsillo en aquel momento, lo habría hecho, hasta el punto de que fui yo quien respondió, fui yo quien le dijo que claro que sí, que le gustaba mucho el fútbol.

Me abstuve de decirle que teníamos abono para ir al estadio, que por nada del mundo nos habríamos perdido un partido, en la esquina donde se ponían los hinchas, entre los gritos y el frío y las sirenas para la niebla que suenan en la noche. Me abstuve de decirle que ya le habíamos visto a él, a Lazenec, en el palco acristalado, bien calentito, reservado a los peces gordos locales —allí estaba él, siempre con la camisa abierta y departiendo con el presidente del club o con el director del supermercado cuyo nombre estaba escrito con letras grandes en las camisetas de los jugadores, mientras que nosotros nos subíamos nuestros anoraks hasta el cuello por el viento que azotaba la tribuna norte—. Me abstuve de decirle que la primera vez que lo vi allí fue la tarde de su primera visita al castillo: desde la tribuna norte, en seguida reconocimos a Lazenec, o al menos me di cuenta de que Erwan lo había reconocido cuando me tiró de la manga para señalármelo con el dedo, allá en el palco, diciéndome: Es el señor de esta tarde. Y yo miré también hacia los palcos del estadio. Entonces comprendí de una vez por qué Le Goff corría detrás de él como una sombra. Pero lo que yo tendría que haber pensado aquella tarde, lo que aprendí a pensar después, era que nunca es buena señal cruzarse dos veces en un mismo día con alguien a quien no conocías el día anterior.

Allí, en el salón del ayuntamiento, mientras la concurrencia empezaba a marcharse poco a poco y cada quien se iba con su folleto en la mano y sus sueños balnearios, Lazenec se agachó hasta Erwan como un viejo amigo de la familia y le dijo: Si quieres, la próxima vez te llevo, tengo unos asientos en el palco central y hay jugadores que luego, al acabar el partido, se pasan a vernos.

Trate de imaginar, le dije al juez, trate de imaginar la luz que inundaba la rada el día en que él llegó en su coche deportivo y se llevó a Erwan a la

tribuna oficial del Stade Brestois. Yo mismo, aquella misma tarde, en la parte ventosa de siempre de la otra punta del estadio, podía ver a mi propio hijo bien calentito al otro lado del cristal, con azafatas que le llevaban zumos de naranja en una bandeja, al lado de Lazenec, sentados los dos junto al presidente del club. Sí, trate de imaginar ese momento en que, al acabar el partido, en vez de regresar con todos nosotros un poco borrachos, Erwan se quedó con los mismísimos jugadores que habían ido al palco para entregarle una camiseta previamente firmada por ellos. Si abre su armario, todavía hoy puede encontrarse con una docena por lo menos. Hasta tiene una firmada por Juan César. ¿Se da usted cuenta?

Yo, dijo el juez, no sé nada de fútbol.

Sí, bueno, por supuesto, toda esta historia es para que se haga usted una idea...

Toda esta historia, repuso el juez, es, ante todo, la suya.

Sí. Por supuesto. La mía. Pero entonces déjeme que se la cuente a mi manera, que sea como un río salvaje que se desborda a veces de su lecho, porque no tengo como usted toda la parafernalia de conocimiento ni de leyes, y porque al contarla a mi manera, no sé, es como si se me ablandara el corazón, como si flotara o algo así, quizá como si nada hubiera ocurrido, o incluso, o sobre todo, como si aquí, mientras hablo, mientras no deje de hablar, aquí delante de usted, no pudiera pasarme nada, como si por primera vez pudiera detener la cascada de catástrofes que parecen haberme caído encima sin cesar, como fichas de dominó que yo hubiera estado colocando pacientemente durante años y se desplomaran unas sobre otras de golpe y porrazo.

En todo caso, no hubo que esperar mucho tiempo para empezar a ver ternos de franela surcando las calles de las urbanizaciones, sentándose en torno a las mesitas de los salones para desplegar sus planos y repetir sus frases aprendidas de memoria, dispuestos a forzar la compra de un apartamento de dos habitaciones con vistas al mar, tratando de ocultar su desprecio por los mantelitos que cubrían las mesas de comedor porque seguramente les recordaban demasiado a las de sus padres. Ellos, en cambio, tenían ¿qué? treinta, treinta y cinco años como mucho. Y si estaban allí, con su maletín de hombres de negocios, sus camisas rosas y sus zapatos negros de imitación, era precisamente para no tener que parecerse a sus padres, es decir, a esa generación asentada en unos años prósperos cuyo enlucido de fachada construida veinte años antes daba ya muestras evidentes de agotamiento y de desgaste, y que se desmoronaba a mayor velocidad todavía que el capital a plazo que había en sus cartillas de la caja de ahorros. Sé bien de qué hablo. Yo también tenía una de esas cartillas.

¿Sabían que hacía poco había ingresado en mi cuenta los cuatrocientos mil francos del astillero? No, ellos no. Los de los trajecitos de franela no. Yo los veía ir y venir por la calle de al lado, como si fueran esos testigos de Jehová que vienen a explicarte la Biblia, y más de una vez me escondí debajo de la ventana mientras llamaban a la puerta de mi casa; tenían en la mirada esa misma extraña luz que atravesaba el umbral de las casas para traer la palabra de Dios. Con la salvedad de que su Dios era Lazenec.

Cualquiera diría que Lazenec lo tenía todo programado desde hacía

mucho tiempo, como si a los quince o diecisiete años ya hubiera escrito en una agenda los treinta años siguientes, y estaba lo suficientemente grabado en su mente como para no dudar ni un instante en la consecución de sus objetivos, porque a este respecto, la experiencia me ha enseñado que todo depende del punzón que se utilice para grabar en el mármol que nos sirve de cerebro. Y seguro que él no habrá tenido el menor titubeo al ceñirlo con fuerza en su interior, con tal de no impedir esa, digamos, escarificación mental que lo habría de llevar a donde se propusiera. Y a nosotros con él.

Sí, a nosotros con él, pensé a menudo al contemplar las dos hectáreas de la propiedad que se extendían bajo mis ventanas y empezaban a alzarse verticalmente en nuestras cabezas, y solo en nuestras cabezas, a base de palabras como *duplex*, *solarium*, *fitness*, incluso un día, se lo juro, un día se puso un cartel a la entrada del parque que decía: AQUÍ, EN BREVE, EL SAINT-TROPEZ DE FINISTÈRE.

Por eso hoy no sé si todo aquello, a la larga, me perjudicó a la hora, digamos, de tener ciertas ventajas; me refiero al hecho de no haber tratado con vendedores de poca monta que van a comisión y cuyas frases parecen conchas pegadas al dorso de una ballena. En cierto sentido, tuve el extraño privilegio de hablar con Dios antes que con los santos, lo digo por las veces que Lazenec vino por su propiedad —sí, tuve que acostumbrarme también a eso, a que el castillo, esa cosa que había pertenecido a todo el mundo durante tres siglos, ahora fuese propiedad de una sola persona que venía casi todas las semanas siempre con mil solicitudes ensartadas, unas para el terreno, otras para el catastro, etcétera—, y a base de venir, ya me llamaba por mi nombre y, sí, a base de todo eso terminó por abrazarme.

Ha oído usted bien, le dije al juez, él me abrazó. Usted viene del Sur. Ha debido de ver allí a individuos de esos que abrazan a todo el mundo con un puñal en la otra mano. Para nosotros son cosas más propias del Sur que de nuestro ámbito. Pero por mucho que lo sepas, por mucho que lleves impreso negro sobre blanco en el fondo del cráneo que un tipo que te abraza tan calurosamente es algo sospechoso, por mucho que lo sepas, cuando te llega el momento, siempre te pilla por sorpresa.

Quizá Le Goff tuviera razón y yo estuviera demasiado aislado

últimamente, y entonces llega uno y te saca de la soledad, importándote un bledo quién sea, porque todo se mete y encaja en ti como la pieza de un puzle que hubieras recortado adrede para que casara con los contornos de tu alma. Así es. Y ¿sabe qué le digo?, quizá aquella fuera la cosa más importante que he aprendido en estos últimos diez años: que siempre acabamos por estimar a quien nos estima.

No pensaba hablarle de estas cosas antes, pero he tenido tiempo de reflexionar últimamente, he tenido tiempo de mirar las rayaduras en el cristal de encima de la chimenea y de meditar el distinto color de cada hora, he tenido tiempo de comprender, sí, que yo era una tierra de brezo en la estación propicia, que todo habría arraigado y brotado y florecido en mí como en un concurso floral, y esta es la razón por la que, bueno, Lazenec y yo creo que, por así decir, simpatizamos.

Pero espero que usted me entienda bien, he dicho «por así decir», porque en realidad habría que introducir un gran silencio, abrir un paréntesis enorme y que se quedara vacío, a lo sumo inflado con ese aire viciado que empezaba a soplar por la rada y porque, ya ve, rehíce el camino cien veces en mi cabeza, y le juro a usted que busqué cuándo se torcieron las cosas entre él y yo y lo máximo que he encontrado seis años más tarde, aquí, delante de usted, le dije al juez, lo máximo que he encontrado ha sido este «por así decir» que he añadido. Porque es un problema sin solución, saber cuándo alguien como él se acerca a ti, saber en qué instante se produce la picadura.

Estoy seguro de que en aquel momento levanté los ojos al techo que nos hacía las veces de cielo, igual que todo nuestro mundo, el del juez y el mío, estaba contenido por completo en aquel escritorio.

Bueno, no se corte, repuso él, hubo un comienzo entre ustedes.

Sí, es verdad, hubo un comienzo para mí, aunque debería decir una fisura. Hubo una fisura en mí y él entró como el viento, porque soplaba tanto como el viento, siempre dispuesto a meterse por cualquier brecha o raja del falso muro que yo había tratado de hacer pasar por ladrillo, pero no estoy hecho de granito. Si no, cómo explicar que un día me hallé junto a él en el asiento de pasajero de su Porsche, bordeando el mar por la autopista para ir a beber una cerveza en el puerto, con el único pretexto de hablar de pesca y de barcos, sí,

sobre todo de barcos, porque precisamente él acababa de comprarse uno, del mismo tipo que el que yo pensaba comprarme con el dinero del astillero; sí, qué coincidencia, le había dicho un día a Lazenec, porque pensaba comprarme el mismo modelo.

Pero ¿cómo podría haber sabido yo que allí, al decir eso, una frase como cualquier otra de las miles dichas en el umbral de mi puerta, cuando él ya se iba a ir como de costumbre, y hablábamos de pesca como de costumbre, y tuve la mala suerte de decirle eso de que a mí también me gustaría comprar uno, un Merry Fisher de nueve metros de eslora, cómo podría haber sabido yo que al pronunciar esas pocas palabras iba a causar su desgracia?

No. La desgracia no es esa. La desgracia es que di a entender que tenía dinero para hacerlo, que podía hacerlo, quiero decir que él debió de pensar que cómo era posible que un tipo como yo pudiera pagarse un Merry Fisher.

En seguida comprendí que él lo estaba pensando, por la manera que tuvo de dominar su rostro, de paralizarlo un poco para ocultar su sorpresa. Entonces hizo la pregunta a su manera, indirectamente, con la necesaria condescendencia:

¿De segunda mano?

Nuevo, dije yo. Voy a comprar uno nuevo.

Se quedó un poco de aquella manera, sin decir nada. Quizá le sobrevino un pequeño alzamiento de hombros. Pero, dígame, le dije al juez, ¿qué habría hecho usted ante un rostro impenetrable que parece suponer que tienes que darle explicaciones? Porque fue eso lo que pasó: me figuré que él pensaba cosas, así que me figuré que tenía que respondérselas, que allí, delante de él, debía justificar cómo era posible que yo, Martial Kermeur, obrero especializado en el astillero de Brest, pudiera pagarme un Merry Fisher de nueve metros de eslora enteramente nuevo. Entonces ¿qué hice? Pues se lo conté todo. Lo de mi despido. Lo de todos los tíos de la región que habían cogido el dinero. Lo de mi indemnización de cuatrocientos mil francos. Y me di cuenta de que eso le interesaba mucho.

¿Sabe por qué me di cuenta? Porque fue la única vez que yo hablé más de un minuto seguido sin que él dijera nada. Nada en absoluto. Me escuchaba sin hacer ninguna pregunta, como un psicólogo la primera vez que vas a

contarle tu historia y él te deja que la extiendas a los pies como una alfombra roja. Pero ¿cómo podría haber sabido yo, allí, en el umbral de mi casa, cómo podría haber sabido yo que le estaba extendiendo a él mi alfombra roja?

Siguiendo con aquella tarde, él se fue como si nada, se puso al volante de su Porsche como si tal cosa y se largó. Después de eso, le dije al juez, usted pensará que en adelante se acercaría a mí directamente, ¿no? Pues para nada. Además, no crea que yo habría cedido tan fácilmente. Para nada. Después de aquello, al contrario, dejé que transcurriera todo el tiempo que hiciera falta, que los días se acumulasen sobre las frases para hacerlas olvidar, o más aún, para olvidar que esas frases tenían un lazo en común; solo hoy, cuando pienso en ello delante de usted y reúno mis recuerdos, solo hoy levanto el velo que él supo desplegar lo suficiente como para cubrir los pedazos esparcidos debajo.

Pero no fue hasta quizá un mes más tarde o así, de nuevo en el umbral del castillo, después de que él sacara en la conversación ese asunto de la pesca y del barco y volviera a hablar del Merry Fisher que acababa de comprarse, cuando vi el nexo que se había creado en su cabeza, no sé si me entiende, quiero decir que para él aquello era un buen pretexto para simpatizar, porque es lo que él quería desde el principio, simpatizar, simpatizar lo suficiente como para que un día estuviéramos juntos los dos delante de su barco nuevo.

Y eso fue lo que pasó. Me llevó hasta el puerto. En su Porsche. Puso en la radio una espantosa música y atravesamos el puente que pasaba por encima de la rada. Y allí nos quedamos mucho rato, en el pantalán A del puerto de recreo, con los brazos cruzados ante un Merry Fisher 930, discutiendo pacíficamente, sí, pacíficamente, porque los pantalanes de un puerto pueden pacificar la tierra entera, en particular si usted baja alrededor de las seis de la tarde y el sol declina sobre la bocana y forma esa inmensa luz tajante antes de desaparecer.

Allí, encima del mar en calma, al otro lado de la rada, se podía ver, justo enfrente de nosotros, inamovible y eterno, nuestro castillo absorbiendo toda la luz.

Desde aquí, dije yo, casi parece un castillo de verdad.

Sí, es verdad, repuso él. Da casi pena destruirlo.

¿Destruir?, dije yo.

Y mientras estaba todavía digiriendo la frase, al mismo tiempo que él había empezado a subir hacia los muelles conmigo detrás, siguiendo sus pasos, traté de decirle que no lo había entendido bien, que en la maqueta me había parecido que, al contrario, el castillo...

Sí, pero qué quiere que le diga, dijo él, el proyecto evoluciona y ya verá, Kermeur, cómo al final quedará mucho más bonito.

Le seguí por la pasarela, sin saber qué pensar. Pero él, en aquel momento, sabía pensar por los dos, si se puede decir que ir a beber juntos una cerveza era pensar por los dos, a la vez que nos alejábamos de los mástiles silenciosos de los barcos y nos sentábamos en la terraza del único bar abierto en el puerto de recreo, montada sobre una tarima más alta que el mar. Y francamente, le dije al juez, francamente, cuando un individuo como ese te invita a beber una cerveza, es imposible saber si lo hace solo porque esa noche no tiene a nadie más con quien beber, si tiene una idea preconcebida o si es que está orgulloso de sí mismo porque tú eres la última persona a la que él habría llevado allí, orgulloso de condescender, en definitiva, ya que un individuo como ese, lo comprendí después, un individuo como ese siempre quiere el oro y el moro, y lo del moro... pues bien, lo del moro es que, durante un tiempo, Lazenec se sintió amigo mío. Y yo, en cierto modo, lo acompañé en esa amistad.

En definitiva, dijo él, usted y yo nos parecemos un poco, somos, a nuestra manera, dos administradores.

Creo que hice una especie de mohín indeciso, de esos de aprobación y de rechazo al mismo tiempo, pero que no obligan a tener que decir nada; él, que seguía mirando a lo lejos, parecía que con su sola mirada había borrado ya la vieja edificación que nos hacía las veces de castillo, y hasta yo mismo la vi desaparecer lentamente en el futuro, cuando él empezó a decir que la ventaja de la región era que el metro cuadrado era asequible y que se había consolidado y que este era uno de esos lugares en los que no se podía perder dinero, al contrario, gracias a inversiones como la suya, pronto subiría el metro cuadrado, sin hablar del tejido económico de la península, y yo le escuchaba soltar su discurso con esa manera tan suya de hacerlo como si todo eso, todas esas historias de propiedades y de un futuro radiante, que en

realidad no me concernían, me lo dijera solo para mí, quiero decir que él lo evocaba con el desparpajo, fíjese bien, le dije al juez, con el desparpajo de quien te está hablando pero podría no hacerlo, y te da la impresión de que todo lo que te está contando ocurre en otra parte, muy lejos, sin ti, hasta el punto de que al final, si todo sale bien, al final te vale con saber que formas parte de ello. Y Lazenec lo sabía. Que las cosas funcionan así, lo sabía.

Ahora le estoy contando esto como si yo hubiera tenido todas las llaves en mi mano desde el principio, pero para nada fue así, porque yo me quedé ciego como san Pablo después de caer del caballo. Le diré que las cosas se sucedieron una tras otra, que el tiempo empezó a diluirse en días lluviosos, no, lluviosos no, sino en uno de esos mantos de niebla que uno nunca sabe dónde ha empezado a caer ni qué parte de la carretera ha cubierto. Tengo la sensación de que aquella tarde todo se desarrolló en un único y lento movimiento, como un tejido muy prieto del que no se vieran los puntos, a causa de la manera como sus palabras se sedimentaron, igual que aluviones en el fondo de un río. Así pues, no hubo ningún resquicio para el azar cuando él dijo, como interrumpiéndose a sí mismo:

Creo que le debo una disculpa, Kermeur.

¿Una disculpa?, dije yo. ¿Por qué?

Porque aún no le he propuesto nada.

Dejó esa frase un poco en el aire, por compromiso tal vez, o al menos creí que la había dicho así, porque puso un billete encima de la mesa para pagar nuestras dos cervezas, y yo no sabía aún que una decena de individuos como yo habían debido de pasar más o menos por la misma situación, es decir, vivir horas similares de una amistad creada para la ocasión, que, según él, no sería otra que la de aprovechar una oportunidad semejante, la de un piso completamente nuevo con vistas a la bahía.

Hay que decir que él nunca presentó el asunto como un sitio concebido como vivienda, él habló de inversiones y de rentabilidad, pero nunca de vivienda, lo suyo era como líneas arquitectónicas pero sin ningún cuerpo dentro, y durante las dos horas que pasamos en el puerto, al fresco del atardecer, no le oí decir ni una sola palabra que tuviera que ver con vivir o habitar, y cualquiera diría que términos como «funcional» o «luminoso» o

«moderno» eran empleados tan solo para redondear la expresión «a término». Recuerdo que le pregunté: ¿Qué quiere decir exactamente «a término»? No estoy seguro de haber comprendido bien la respuesta, pero recuerdo que a término se debía de ganar mucho, aludiendo a entre el 10 y el 12 por ciento de rentabilidad anual, sin que tampoco tuviera muy claro qué quería decir con eso, salvo que sería el plus de dinero que ganaba el propietario.

Yo habría querido añadir entonces unos adverbios a cada una de sus frases, algún «probablemente», algún «eventualmente», ciertos «quizá», o por lo menos hoy, que estoy contando esto, estoy seguro de que no me habrían faltado adverbios, pero aquel día no creo que tuviera tiempo de ver las cosas así, con adverbios, abrumado por los datos que se acumulaban a la vez que él seguía hablando como si tal cosa, es decir, hablando para todo el mundo menos para mí y esforzándose en hacerme parecer más independiente de lo que yo era, así que lo hizo muy bien esa tarde cuando dijo: Kermeur, no seré yo quien vaya a decirle lo que tiene que hacer, solo usted sabe cómo llevar el timón.

Imagínese, le dije al juez, la sola idea de llevar el timón de su barco, así de repente, en un cerebro como el mío, olas de tres metros que se alzaron en mi cráneo como paredes de agua, yo en el barco en cuestión, era como si me hallara solo y perdido en medio del océano con un buque gigante a mi lado que navegara hacia América. Entonces, sentí que en mi cabeza había una bola mágica que iba de un lado a otro rompiendo todos los cristales. Y a la vez que rebotaba esa bola causando más estrepitos que una piedra en un lago, y repito que «a la vez», había algo en mí que se hinchaba de orgullo o algo similar, una especie de soberanía, algo que decía sí, es verdad, tú sabes llevar el timón de tu barco, y no me di cuenta de que Lazenec no iba a tardar en revolcarse en mi orgullo, en mi resistencia y en mi albedrío como en un sofá de cuero del que él mismo había reforzado las costuras.

Seguimos bebiendo nuestras cervezas al atardecer, mirando el mar. Y seguimos hablando de pesca y de su nueva vida en la región, y de todo el futuro que se abría para la península, lo que equivalía a decir que él no dejaba de plantar semillas en mi cerebro, cuidadosamente, casi como cuando se siembra un campo, esto es, con la misma ligereza de quien sabe que no todas

las semillas van a fecundar, que también habrá granos que se pudrirán sobre una piedra o habrá pájaros que los picotearán, pero no le importa, porque el número de granos aventados será más que suficiente para crear un manto de hierba uniforme; pues bien, le dije al juez, él procedió exactamente así.

El caso es que, en fin, el grano germinó.

A partir de aquel momento, le dije al juez, fue como si el capitán que habitaba conmigo en mi cerebro abandonase el barco antes de que empezara el naufragio. Y luego, en una roca lejana, con los ojos despavoridos, ese mismo capitán que había habitado mi cuerpo durante más de cincuenta años sin encallar jamás, desapareciera de un solo golpe y, desde la orilla, viese zozobrar el barco.

Es algo extraño, el pensamiento, ¿verdad? No es que haya mucha distancia entre los labios y el cerebro, pero a veces pueden parecer kilómetros, como si el trayecto para una frase supusiera atravesar un territorio en pie de guerra con un saco de piedras al hombro, hasta el punto de que, en un momento dado, el pensamiento firme y sólido y rumiado cien veces prefiere atrincherarse detrás de sacos de arena. En todo caso, lo que quiero decir es que, durante los días que siguieron, en vez de decir claramente «no», como sentía en mi interior, en vez de dejarme acompañar a mi puesto de guardián con la mirada amigable que yo llevaba en mi corazón, en vez de eso, con la voz de un fantasma que se oye a sí mismo, cogí el teléfono una tarde y dije «¿Lazenec?», dije «¿por qué no?», y dije «¿cuándo firmo?».

II

Ahora el juez estaba de pie y miraba por la ventana. A contraluz, con las manos cruzadas a la espalda, podría haberle echado veinte años más, hay que ver cómo cambia la edad de la gente de un minuto a otro, basta con que varíe la luz o el rostro se ensombrezca. Al darse la vuelta de golpe, su rostro no se modificó y siguió oscurecido por el contraluz, solo su voz salió de la oscuridad al decir: Pero, Kermeur, por el amor de Dios, Kermeur, ¿qué es lo que hizo usted?, al mismo tiempo que daba un puñetazo sobre la mesa con el que temblaron todos los documentos que había encima.

Creo que eso me asustó, que alguien que se supone que ha de aparentar la serenidad y la frialdad de las leyes se pusiera nervioso y se mostrase tan emocional, sí, me asustó y me quedé con la cabeza baja, mandando su frase al limbo de las vetas del viejo parqué de madera que crujía bajo nuestros pies. Ya no me acuerdo de qué pasó en aquel momento, no sé si repitió la pregunta dos o tres veces o si solamente se replicaba en mí, pero sé que después de eso lo único que alcancé a decir fue: ¿Puedo salir dos minutos?

Miró su reloj de pulsera y luego también el de pared colgado detrás de mí para asegurarse de que estaban bien sincronizados y, a continuación, sin responderme, rodeó su escritorio, abrió la puerta y llamó al gendarme de fuera para que me escoltase por el pasillo. Quizá, en ese momento, yo podría haber echado a correr y bajado a toda velocidad por la escalera del palacio, pero quizá también él sabía que no lo haría.

Su frase seguía resonando en los desangelados corredores, incluso mientras estaba mirando el chorro de orina que no dejaba de verter en el agua

de la taza del váter, esa voz que repetía delante de los azulejos del cuarto de baño: Por el amor de Dios, Kermeur, ¿qué es lo que hizo usted?, y que parecía devastarme como un pesticida que se hubiera echado sobre un escarabajo, porque mi propio cuerpo, en ese instante, era eso, un escarabajo mecido por el viento. Luego rehíce el mismo camino en sentido inverso y volví al mismo despacho mal pintado, con el juez sentado al otro lado de su código penal, el juez que se había sentado de nuevo y dominaba la cólera que recorría todo su cuerpo, como si el cuero de su sillón hubiera diseminado a su alrededor una molécula apaciguadora, y sin que yo pudiera discernir si quería reprocharme que hubiera firmado o si solo se reprochaba a sí mismo haberse comportado así, quiero decir, lo de ser tan emocional con una persona a la que seguramente no tardaría en acompañar a la puerta de la cárcel.

Y él no decía nada. Y yo no decía nada tampoco. Y en medio de aquel silencio que se prolongaba, me pregunté si lo mejor para ver el fondo de las cosas no sería ese silencio, un poco como el agua de un estanque que no se remueve y que por eso es más limpia así en calma, porque estos últimos años habían sido lo contrario, estos últimos años fueron como si el cieno hubiera subido a agitar la superficie y a remover todo ese tipo de imágenes que me vienen a la mente cuando pienso en el agua clara. He pensado a menudo que de buen grado me habría contentado con eso, con la superficie de un lago, por así decir, pero el juez no, él quería que yo fuese hasta el fondo, allí donde las cosas duermen y patinan o colisionan como placas tectónicas, él quería perforar para llegar a entrever algo así como la esencia. Él quería, pero yo no quería. Le dije repetidas veces que no había más que lo que estaba ante nuestros ojos, que era un error pretender remontarse a un tiempo muerto o imperfecto o perdido, en cualquier caso un tiempo que no haría regresar ni las horas ni la vergüenza, y aun así, le dije, ¿qué era lo que tenía que regresar?

Un fantasma, dijo él.

Sí, claro, un fantasma.

Y me dieron ganas de levantarme y cruzar también mis manos a la espalda como un viejo sabio que explicara la vida a su discípulo, pero en lugar de eso me quedé sentado frente a él, girando la cabeza únicamente hacia la estantería llena de libros gordos con tapas granates o burdeos, todos esos

códigos civiles o marítimos que se descoloraban allí, a merced del escaso sol, y que parecían contener todas las respuestas del mundo. Entonces, una vez más, ahora más tranquilo, como si yo fuera un animal salvaje al que no había que excitar, el juez se puso casi a murmurar y, retomando la pregunta, masculló: Kermeur, ¿qué es lo que hizo usted?

¿Conoce la anécdota del tipo que estuvo a punto de ganar la loto?, dije yo. ¿Verdad que es raro que conozcamos a alguien que haya ganado la loto, no? Pues mucho más raro aún es conocer a alguien que estuviera a punto de ganarla. Mire, durante diez años el tipo va y juega a los mismos números, todas las semanas sin saltarse ni una, y de repente, justo el día que no rellenó su boleto, va y salen los seis números. De verdad, es increíble: una posibilidad entre trece millones de ganar la loto, casi las mismas de no rellenar su boleto, y hay quien logra multiplicar más aún esas posibilidades. Sé de uno al que le pasó, y no me refiero a un vecino o a mi tío, no: me pasó a mí.

Durante años, le dije al juez, llevé en mi bolsillo un boleto de la loto, debidamente doblado y sellado. Muchas veces, durante el día, lo tocaba con la punta de mis dedos fantaseando con que, quizá, una de esas noches sería por fin millonario. Así que cada semana, con Erwan y France, nos poníamos delante del sorteo televisado, delante de la chica que anunciaba los números y sonreía en la pantalla, y luego la vida reanudaba su curso normal, es decir, el de siempre, pero del que yo, durante todo el día, durante toda la semana incluso, me había desviado cada vez que había metido la mano en el bolsillo, donde estaba el boleto que aquella semana, por algún motivo lógico o sin ningún motivo, en cualquier caso, se me había olvidado sellar.

Allí estábamos los tres en el sofá aquel sábado, delante del televisor como de costumbre, y como de costumbre perderíamos y seguiríamos igual de contentos. Menuda cara debí de poner con el primer número, con el segundo número, con el tercero, pero de pronto caigo en la cuenta, palidezco, caigo en la cuenta de que esa mañana no, que esa mañana, ah, no, no puede ser verdad, no es posible, pero ya era demasiado tarde, y cuando el sexto número salió era ya definitivamente tarde.

La cabeza de Erwan que no sabía. La cabeza de France que se había

levantado y decía que allí estaban en la pantalla, que esos eran de verdad nuestros números. Entonces, sin moverme ni mirar a nadie, dije: No lo sellé.

El silencio que vino después. La chica que sonreía estúpidamente en la tele, que repetía los números, el 2, 5, 12, 24, 27, 31, y el complementario, el 7, claro, siempre el 7 de complementario, y la chica en la pantalla, que sonreía y nos miraba.

Entonces, no sé, France cogió el mando, apretó el botón y se fue a la cocina sin decir nada. Erwan y yo nos encontramos allí, solos, delante del televisor apagado. Recuerdo que Erwan y yo, reflejados en la pantalla gris, con nuestras caras apenas visibles debido al polvo, nos quedamos como la tele, apagados también.

No pasa nada, intenté decirme, no pasa nada, quise articular alguna palabra, cada vez más lentamente, cada vez más erróneamente, hundido como nunca en la espuma del sofá; incluso mi cuerpo, si hubiera podido, se habría fundido con los cojines, la nuez de mi garganta que subía y bajaba de emoción, y el extraño impulso de verificar una vez más si, por casualidad, por pura costumbre, estaría o no sellado el boleto, porque no podía creérmelo todavía. Me acosté sin creérmelo. Traté de convencerme de que eso no cambiaría nada, hasta traté de convencerme de que lo que cambia la vida es ganar, pero perder no, perder es lo normal, no cambia nada, porque siempre se pierde. Pero hay maneras de perder y maneras de perder. ¿Cómo saber cuál es mejor, si el destino puede cambiar por tan poco, cuando en realidad ni siquiera sabemos qué queremos decir al llamar «tan poco» a un revés así, tan torturante en la cabeza durante mucho tiempo, porque no es lo mismo contar esta historia que vivirla tú, un sábado por la noche, en un sofá?

¿Y su esposa?, preguntó el juez.

Mi esposa nada. Mi esposa ni una palabra. Quizá ya había mar de fondo entre nosotros, no sé, no digo que eso precipitara su marcha, no digo que ese día se abriese una fisura, pero el hecho es que, en realidad, todo se produjo a la vez, porque en la vida, bien mirado, todo converge en unos cuantos puntos y el resto del tiempo, nada, o más bien el resto del tiempo pagamos los platos rotos.

En cualquier caso, hasta hoy, que he atado todos los cabos delante de

usted, no había vuelto a representarme el último decenio, y se me figura una cometa de la que yo manejara los hilos desde una playa, como si de pronto tuviera una visión clara y sobrenatural del paso del tiempo, pero, dije yo, siempre es fácil hacerlo en retrospectiva, coser las cosas al destino y delimitar los años poniendo estacas o trancas en las esquinas, incluso aplicarles un color que los tiña para siempre. Solo que cuando estábamos dentro, en cada año abierto cual botella de champán, nunca hubo un mapa que se nos hubiera regalado el primer día del año para poder transitar en adelante por el futuro. Nunca hubo nada, salvo las líneas un poco borrosas que cada uno trataba de dibujar para seguir el curso de las estaciones, pero nada más. El problema es que había que seguir tomando las curvas uno mismo. Y por mucho que me concernían, no tuve la impresión de tomar muchas curvas. Es la ventaja de los necios: nos quedamos en medio de la carretera y nos dejamos atropellar por un coche. Quiero decir: ¿acaso fui yo quien decidió que mi mujer se marchara de un día para otro, sin apenas avisar? ¿Fui yo quien decidió despedir a las tres cuartas partes de los obreros del astillero?

De todos modos, le dije al juez, ella encontró a alguien. France encontró a alguien, a un nuevo compañero. Ella lo llamaba así, «un nuevo compañero», cuando venía a buscar a Erwan el fin de semana y se quedaba en el umbral de la puerta, y si alguna vez yo le proponía que entrara, ella siempre se negaba.

Porque Erwan vivía con usted, ¿no?, me preguntó el juez.

Sí, Erwan vivía conmigo. Él eligió vivir conmigo. No me pregunte por qué. Pero fue así. Solo sé que a France eso nunca le gustó. Imagínese, una madre, su hijo. Y él va y escoge a su padre. Quizá lo de su «nuevo compañero» era para ella una manera de salir del apuro. De hecho, yo nunca supe, cuando hablaba de su nuevo compañero, yo nunca supe distinguir si lo que ella me tenía era pena o piedad, o simplemente el orgullo de haber tomado la decisión correcta, la de no haberse hundido conmigo, y hoy bien puedo decir, después de todas las horas de soledad en las que he sentido en mi cabeza, uno a uno, algo parecido a unos golpes de pico que ella me asestaba, bien puedo decir que hizo lo correcto.

Lo único que no quiero saber, señor juez, es si eso había empezado antes.

¿Qué? ¿Qué es lo que habría empezado antes?

La relación con él. Lo de su nuevo compañero. Porque he de precisar que, desde que ella se fue, tengo derecho a preguntarme, como usted comprenderá, tengo derecho a preguntarme desde cuándo, y perdone que lo diga así, desde cuándo conocía ella el dormitorio de él.

Pero esto al juez no le interesaba, tan indiferente como un médico a los lamentos de sus pacientes. Médico o juez, pensé luego, no son personas que se muevan por sentimientos, al contrario, están demasiado ocupados en apartar los ramajes y hendir la espesura de la maleza en la que viven. Incluso, a veces, cuando me miraba, parecía que el juez tenía un machete en los ojos con el que abrirse camino a través de mi interior, como si se dirigiera a un punto central que ni yo mismo conocía, a algo que él sencillamente habría llamado «los hechos», porque creía que en el interior de esos «hechos» estaba la verdad. Como si la verdad fuera a emerger ella sola del agua, seca y sin arrugas. Al fin y al cabo, ¿por qué no?

En el fondo, nunca sabré si existe algún vínculo entre el boleto de la loto y la marcha de France, no, no sabría decirlo, y si supiera decirlo, me abrumaría demasiado, pero lo que sé es que los cuatro o cinco años que siguieron fueron los más estúpidos de mi vida, si consideramos estúpidas en sí mismas las horas de su ausencia. El hecho es que France se fue y yo nunca más volví a jugar a la loto, porque sé que ese tipo de suerte no toca dos veces en la vida.

Sí, dijo el juez, salvo si un individuo medio calvo le invita a beber unas cervezas para hablar del futuro.

Sí, salvo en ese caso. Solo que el boleto de la loto, esta vez, iba a costar quinientos mil francos.

Y que en cierto sentido, repuso el juez, el sorteo jamás se llevó a cabo.

Sí, es verdad, jamás se llevó a cabo.

Va a hacer seis años, dije yo, que firmé un cheque por valor de quinientos doce mil francos a nombre de un tal Antoine Lazenec, seis años.

Y al decir esas palabras, habría querido absorber cien litros de aire, de lo estrecho que se me volvió el despacho de repente, quizá porque la tarde avanzaba cada vez más y la claridad se degradaba paulatinamente, porque en ese momento el juez aún no había encendido las lámparas que no tardarían en iluminar nuestros rostros. Allí, en aquella semipenumbra, hasta las palabras mismas se iban oscureciendo, como si cada minuto tuviera su propio espesor, una densidad rugosa y obstaculizadora, como si estar allí, hablando y pensando y viendo cómo las imágenes se mezclaban con la ociosidad, fuese el tiempo en sí mismo, el tiempo acumulado y enmarañado de todos los días transcurridos, y como si poco a poco yo ya no reconociera nada de aquellos días fósiles, salvo la masa aglutinada, convertida en algo informe, del pasado.

¿Y firmó usted el cheque así, sin más?, repuso el juez. ¿Quinientos doce mil francos? ¿Así sin más?

Me toma por idiota, respondí. Por supuesto que no, claro que no firmé un cheque como ese en una esquina de la mesa de un restaurante, no, esas cosas se hacen seriamente, ante notario. Ante notario, repetí, y al decir esa expresión, ante notario, me dio la impresión de desplegarla como una vieja carta de navegar encima del escritorio del juez. Ante notario, sí, lo que quiere decir ante un oficial jurado que se arriesga con la cárcel si te hace firmar una gilipollez. Me acuerdo de que estábamos Lazenec y yo en la sala de espera, con el *Figaro Magazine*, que yo hacía como que leía, y el *Paris Match* en

manos de Lazenec, cuando el notario vino a buscarnos, sacó su cabeza de notario por el marco de la puerta, con su cabello gris y la raya a un lado como todos los notarios de Francia, y dijo «su turno» como si estuviéramos en el dentista o en el peluquero, y en aquel preciso momento, ante ese hombre que no sonrió ni una vez en las dos horas, sí, sentí que me hallaba delante de la ley en persona. ¿Comprende? La ley en persona, eso debería sonarle, ¿no?, le dije al juez.

Sentados allí en dos sillas de plástico, frente a su mesa de caoba, nos hizo una lectura casi integral del acta de compraventa, según la cual yo iba a firmar conscientemente por un apartamento de tres habitaciones con vistas al mar, cuarto piso, residencia «Gran Arenal», entrega en dos años, con menciones y cláusulas que no puede usted ni imaginarse, párrafos que te protegen de todo, del fuego, del agua, de los bancos, de los desperfectos y de las catástrofes naturales.

¿Y sabe usted lo que dijo Lazenec en el despacho del notario? ¿Sabe lo que dijo en el momento en que le llegó el turno de plasmar su firma sobre el contrato con su pluma Montblanc? Dijo: Los contratos, Kermeur, son como el matrimonio, sirven sobre todo en caso de divorcio.

Aquel día rubriqué cuarenta y nueve páginas por triplicado, es decir, escribí cuidadosamente M. K., de Martial Kermeur, exactamente 147 veces y firmé con todas las letras al final de cada contrato con anotaciones muy serias, tales como «leído y aprobado», «jurado por honor» y «en prueba de conformidad».

Así que cuando salí de allí una hora más tarde con mi acta de compraventa firmada y sellada, era como si llevara el santo sudario autenticado por Cristo en persona. De vuelta con mis cincuenta páginas con las tres firmas aún calientes, no vaya usted a creer que me arrepentí de haber firmado sin saber, no, al contrario, volví a mi casa muy orgulloso, puse el contrato encima de la mesa y me pasé la noche entera leyéndolo hasta en los menores detalles. Recuerdo que preparé rápidamente algo de comida, ya que Erwan estaba allí también, claro, y cenamos como de costumbre. Aquella noche, bien podría haber estado hablándome de lo que quisiera, que yo desde luego no habría oído nada.

No le dije nada, a Erwan. Durante mucho tiempo no le dije nada. Se me hace raro, cuando vuelvo a pensar en ello. Pero luego me digo: ¿qué clase de persona habría sido yo si le metiera en la cabeza historias como esa a un niño de once años?

Ahora yo pregunto: ¿acaso el silencio es como la oscuridad, un clima óptimo para los champiñones y para los malos pensamientos? No me cabe duda de que hoy por hoy yo diría de buen grado que las plantas y flores naturales crecen a plena luz del día, y que hay que hablar, sí, hay que hablar y hacer las cosas con claridad en todas partes, en efecto, en cualquier edad de la infancia no hay que permitir que ni la noche ni la inquietud se impongan. Ahora lo sé, señor juez, sé que transmití tantas cosas malas a mi hijo, sobre todo si, ante la falta de frases, había siempre un aire cargado entre los dos, según esa porosidad de las cosas que circulan en una cocina por la noche cuando se cena uno frente al otro, y, al final, en la trama de los días, se terminaron encadenando todas esas cenas en las que él me contaba cómo le había ido en el colegio y el oficio que quería desempeñar cuando acabara, todas esas noches en las que yo no lo escuchaba verdaderamente, todo eso, créame, que actúa como una capa freática que no termina de salir a la superficie. Y tú, padre con apariencia de roca ausente, ni siquiera te tomas la molestia de intentar mentir, no dices «claro, por supuesto, cuéntame», porque él, como cualquier otro niño, sabe perfectamente si le estás escuchando o no, si le estás creando no sé qué bucle infinito en su cabeza, como si te pusieras un cristal delante de los ojos que te separa del mundo, y entonces, a medida que tu pensamiento parece aislarte, aunque no lo sepas todavía, estás abandonando a tu hijo a su suerte.

Así que firmó, dijo el juez. ¿Y qué pasó después?

¿Después qué? Después nada. Después, hostias, pues nada, si no yo no estaría aquí. Si no, estaría mirando el mar en una hamaca con una manta sobre las rodillas. No me vería obligado a estar delante de usted, con esta serie de chirridos que resuenan a mis espaldas cada vez que me meneo.

A continuación solté un enorme suspiro. Y luego adelanté mi silla, que rechinó sobre el viejo parqué.

Lo que nunca sabré, le dije al juez, y me muero por saber es desde qué momento él lo supo. ¿Cuándo supo que todo se detendría antes de que se empezara a echar la capa de hormigón bajo mis ventanas, pero cuando ya estaban abiertas las zanjas por las excavadoras? ¿Y que, además, en lugar de cada piedra y de cada cristal que debería haberse edificado ante nuestros ojos, en lugar de un edificio de seis plantas con una terraza sobre el tejado y una piscina interior, en lugar de eso, lo que habría sería un enorme hueco rectangular? Pues eso era, un rectángulo vacío perfilando la hipótesis de un futuro, pero tan solo la hipótesis.

Ahora el juez metía las manos entre sus dossiers y de una de las carpetas que abarrotaban su escritorio sacó toda una serie de fotografías, que puso delante de mí y que atestiguaban el grado de avance de las obras en el parque, si todavía se puede llamar a eso un parque, dije yo, o antiguamente un parque, dije mientras miraba las fotografías que figuraban como pruebas de la masacre, las de la piedra vista, las de la tierra removida en las dos hectáreas frente al mar, algunas estacas en las esquinas que parecían delimitar una obra,

y luego un hoyo, un rectángulo vacío como una cantera que hubiera empezado a excavarse para extraer minerales preciosos, y ya está, nada más, nada, salvo los carteles publicitarios deslucidos, pegados a las verjas y prometiendo todavía un futuro radiante, y detrás de ellos y en lontananza, toda la ironía del césped convertido en barro y las ruinas del castillo, y bien digo las ruinas, porque destruir era lo único que él había sabido hacer.

A veces, en una esquina de la imagen, se veían una o dos hormigoneras perdidas en el cielo mal encuadrado, o también una o dos siluetas a lo lejos que parecían discutir, e incluso, en ciertas fotos, estaba él mismo sonriendo, igual que hizo durante todos esos años, que se los pasó sonriendo y dando golpecitos en la espalda a todo el mundo y abrazando al primero que llegara, como un marsellés, allí, sobre el terreno, con traje y corbata y con un casco, ¡válgame Dios, dije yo, pero si nunca necesitó ningún casco porque allí no había nada!

Desde luego, le dije al juez, eso era lo que había en lugar de los sacos de cemento y de los palés de bloques de hormigón, primero durante unas semanas, y luego empezaron a sumarse los meses y luego los años, formándose como un bloque sólido cada vez más opaco, un tiempo horizontal y macizo que pasó y que yo vi también acumularse como una edificación ante nuestros ojos, pero de ese tipo de construcciones que no se pueden destruir cuando ya están hechas.

Y era ese mismo tiempo el que aparecía como un fantasma en las fotos, viéndose a lo lejos los balcones de la ciudad que formaban una especie de ring pugilístico, donde los espectadores esperaban la prolongación del combate entre Lazenec y su propia sombra, la cual aún planeaba sobre las ruinas, si se puede llamar ruinas a las marcas de algo que nunca existió. Y por tanto, mi pequeña casa a la entrada del parque, mis cuarenta y cinco metros cuadrados de piedra que compartía con Erwan, se quedaron temblando en medio del desastre, rodeados solo por las roderas de las excavadoras y por el color ocre rojizo que parecía entrar por las ventanas en nuestras habitaciones, bajo nuestras sábanas, sobre los juguetes poco a poco relegados a los desvanes.

Como puede usted comprender, no tuve necesidad de hablar mucho de

esto con Erwan. Obviamente, él se enteraba de todo. Obviamente, sentía crecer la inquietud. Vio cómo cambiaba el aspecto de mi cara con los meses, y parecía compadecerse de mí cuando yo miraba hacia la no-marcha de la no-obra, donde solo estaban las huellas de Lazenec, cual jabalí en un campo de flores, yendo y viniendo de un lado a otro con los inútiles empleados de sus empresas fantasmas, como figurantes pagados para actuar cada día en aquel escenario. Y por supuesto, él seguía haciéndonos ostensibles gestos amistosos cuando nos veía a Erwan y a mí en la ventana de la cocina, como esos maniqués de plástico de eterna sonrisa.

¿Sabe usted qué fábula aprendió Erwan ese año?, le pregunté al juez. *El cuervo y la zorra*. Y le juro que cuando me la recitaba, cada vez que llegaba a la frase «abre el largo pico y deja caer su presa», algo dentro de mí se crispaba, era como si yo estuviera colgado en la rama de un árbol y abajo llegara Lazenec, y Lazenec me mirara todo risueño y dijera: «¿No crees que esta lección vale por un queso?». Comprenda usted que cuanto más pasaba el tiempo, menos ganas tenía yo de explicarle nada a Erwan. Qué remedio, eso equivaldría a echar sobre sus hombros todo el peso acumulado en los míos, porque hasta entonces había sido a la inversa, yo lo había estado protegiendo del silencio mantenido contra mis malos pensamientos, como si hubiera llegado a construir un muro estanco que nos dejaba a cada uno a una y a otra parte del mundo, es decir, yo más en el barro del tajo de una obra que no avanzaba y él, simplemente, en la infancia. Pero las cosas no son así, ¿verdad? Quizá incluso ni siquiera la infancia exista. Quizá a cualquier edad asumimos el mundo tal cual es y punto. Solamente hay ciertas horas que, al pasar, crean esas líneas negras con las que te construyes a ti mismo.

Erwan ante el televisor apagado. Erwan en la cocina mirándome pensar. Erwan detrás de la ventanilla del banquero. Erwan detrás de la puerta de su habitación. Erwan sobre los pantalanes mirando el gran barco de Lazenec. Yo creo que cada una de esas escenas se ha convertido en una imagen fija en su cerebro, hasta el punto de que actúan como la hoja de un cúter que ha terminado por rasgar la piel, o no la piel sino la carne que hay debajo, extrayéndola con solo tocarla y, finalmente, por desgarrar su cara interior. Quién sabe si la memoria no es más que eso, los bordes cortantes de las

imágenes interiores, quiero decir, no las imágenes mismas sino el traqueteo desgarrador de las imágenes dentro de nosotros, como aprisionadas por cadenas que les impiden desatarse, pero cuyos roces al tensarlas y apretarlas se convierten en un buitre que te desgarrar la carne, y entonces, si no hay un demonio o un dios para liberarte, el suplicio puede durar años.

Me callé por un instante. El rostro de Erwan parecía flotar por la habitación, entre el juez y yo. Incluso el juez mismo parecía sumarse a mis pensamientos.

Querría preguntarle una cosa, le dije al juez.

Adelante.

¿Cómo se habría pronunciado usted en el juicio contra Erwan?

Sacudió la cabeza, alzó la ceja izquierda y dijo: No sé, él cometió una gran estupidez.

Sí, por supuesto, dije yo, una gran estupidez.

Luego se prolongó un poco el silencio, como una manera, tal vez, de llenar la distancia que me separaba de Erwan, aquí y ahora, en el despacho del juez, entre sus libros y dossiers cual muros de una prisión, convertido en un holograma de sí mismo dando vueltas en su celda.

El juez no se movía. Joder, de pronto creí que estaba en la consulta de un psicólogo o alguien así, al verlo tan inmóvil y callado, con las manos juntas bajo el mentón, y porque a medida que pasaban las horas tenía la impresión de que me estaba pidiendo que profundizara en mi interior como lo habría hecho un psicólogo, que desenterrara hasta el polvo de los huesos, con tal de sacar a la luz, de iluminar más todavía, y sin preguntarse si, con tanta luz, la gente como yo no podría acabar ciega. Y bien sabe Dios que conocía esa sensación de considerar mi cerebro como una cantera de piedras de la que extraer día tras día lo que pudiera, a la espera inevitable —lo cual me liberaba de hurgar demasiado—, inevitable, digo, de hacer algo distinto a solo mirar cómo zarpaban los barcos al amanecer y a los pescadores que desde el mar me hacían señas misericordiosas; los pescadores, es decir, los compañeros del astillero despedidos y cuyo dinero se habían fundido en el comercio del vendedor de barcos, donde, sin dudar ni discutir, señalaban con el dedo el barco que codiciaban desde hacía años, porque lo habían conseguido, tenían

un don o un programa genético inscrito en ellos y habían conseguido mantener su idea fija y paciente y llevarla a cabo en el momento oportuno con decisión, o no solo con decisión, sino también con el índice apuntando a tal o cual modelo, diciendo: ese, quiero ese. A mí, sin embargo, me faltaba ese programa.

Y ahora que habían derruido el castillo, ahora que ya podía ver el mar sin obstáculos delante desde la ventana de mi cocina, cada vez que uno de ellos me saludaba desde la barra del timón, con las nasas listas para ser echadas, me daba la impresión de que nos tomaba el pelo, a Erwan y a mí, ambos de pie al otro lado del cristal mirando al mar. Algunas veces Erwan me preguntaba: ¿Por qué no compras un barco? Y, con todo el aire evasivo que podía adoptar, yo le decía: Sí, claro, voy a comprar uno, voy a comprar uno muy pronto. Y para convencerlo un poco más, esa misma tarde nos fuimos los dos al puerto a ver barcos, visitar los concesionarios y comparar los precios; pero era como si él, a base de promesas incumplidas, con sus trece, catorce años quizá, y esa voz que iba transformándose, me estuviera diciendo: Sé que no comprarás nada, sé que nunca has sabido tomar una decisión, pero no olvides que un día habrá una decisión que se tomará sola por sí misma, sin ti, y esa decisión no te preguntará tu opinión.

Yo leía eso en su pasividad, ahora que se habían como invertido los papeles, quiero decir, al principio era yo quien lo llevaba y luego, poco a poco, empezó a ser él quien se esforzaba en venir conmigo, como para complacerme o, peor aún, para no gritar a los cuatro vientos su compasión o su vergüenza, porque ahora sé que no importa desde dónde abordes el problema, tu hijo no quiere ver nunca tu debilidad. Tu hijo no está programado para tener compasión de ti.

En cierto sentido, habría sido más fácil si él hubiera desaparecido, si hubiera dejado la región y cambiado de nombre, nosotros habríamos corrido de bufete en bufete de abogados, intentando procesos perdidos de antemano contra los bancos, las compañías de seguros y los notarios vinculados al asunto, en fin, por lo menos eso nos habría tenido ocupados. Pero digo y repito que su hazaña fue quedarse aquí como una flor en medio de todos nosotros, un girasol que se orienta según la luz del día, como si fuese uno premiado en un certamen floral, y se mantuvo entre nosotros todos estos años, verano e invierno, ¿y sabe usted por qué? Porque cuanto más resistía él, más decíamos nosotros: no es posible, si se queda aquí es porque es un hombre honrado. Si se queda aquí es porque cree en sí mismo. Pero era justamente lo contrario: se quedaba para que nosotros lo creyéramos, quiero decir, para reavivar a diario la pequeña hoguera interior que llevamos cada uno, como si pudiera pasearse dentro de nuestras almas alimentando los hornos a espuestas llenas a base de aquel combustible inagotable. El caso es que la cosa funcionaba. Porque lo más alucinante todavía no es que un solo individuo hipnotice a un pueblo entero, lo más alucinante es el tiempo que tardamos en regresar de aquel extraño país: el haberle dado un cheque tan gordo como el que le dimos, y el ver cómo el tipo que lo había cobrado se lo gastaba como si tal cosa, no nos impidió que aun así siguiéramos diciéndonos que habíamos puesto el dinero en buenas manos. ¿Y sabe usted por qué? Porque eso quería decir que si el dinero lo tenía él, la cosa iba bien, lo que equivalía a decir que pronto, muy pronto, nos tocaría el turno de estar

contando fajos de billetes; ya ve lo que me veo obligado a decir, como si la gente como yo estuviera ansiosa por contar fajos de billetes, y no es eso, no vaya usted a creer que alguna vez ese fue mi deseo, tener esa pose de nuevo rico, pero el caso es que acabé por adaptarme, eso es, acabó por parecerme normal que él se pasara la vida en los mejores restaurantes, sin recapacitar que lo que tenía en sus manos, en sus bolsillos, era nuestro dinero, nuestro propio dinero, que él quemaba alegremente o pasaba de una cuenta a otra como si fueran monedas llevadas en cubiletes de plástico.

Todo esto a usted le puede parecer de locos, y es normal, porque usted observa los hechos, únicamente los hechos, pero por mucho que los ponga uno tras otro alineados en el tiempo, no podrá hallar una explicación, estoy seguro, porque para comprender nos haría falta, en el fondo, una ciencia nueva, una nueva física, ¿me entiende?, con un nuevo Einstein que nos explicara el alma o el pensamiento o yo qué sé, esa cosa interior que vibra con la luz, esa cosa que canta con su propia música, con notas sordas y extrañas como el canto de las ballenas corcovadas, sí, porque Lazenec y yo éramos eso, ballenas corcovadas, y nuestras ondas se entrecruzaban bajo el océano.

Y no es cuestión de que no me lo hubiera llevado aparte mil veces para preguntarle cuándo iban a empezar de verdad las obras, incluso más de una vez le dije si no sería mejor dar marcha atrás, un arreglo en plan amistoso, figúrese, rompemos el contrato, tú me devuelves mi dinero y no se hable más; pero ¿sabe usted lo que me decía?, me callaba la boca cien veces dándome un golpecito en la espalda y me decía: Kermeur, dígame la verdad, está sin un céntimo, ¿no es así?

Eso era totalmente de locos, joder, un tipo que te ha arruinado, que te ha metido una puya hasta el fondo, que encima deja la puerta abierta para que le grites al oído hasta dejarlo sordo, y vas tú y le contestas, tranquilamente: No, en absoluto, no es eso, tengo dinero, pero, entiéndalo..., cuando en realidad lo que estás demostrando es que estás sin un céntimo, que el día anterior estabas en el banco negociando un descubierto como la copa de un pino, mirando a tu hijo que te esperaba dándole patadas a una lata vacía al otro lado del escaparate, prometiendo al banquero que muy pronto todo se iba a arreglar,

que tienes plena confianza en ese negocio y en la persona que lo lleva, y toda esa escena, toda esa escena en la que le imploras al banquero, en la que sientes que cada día te falta más el resuello, toda esa escena pasa desfilando por delante de la pregunta de Lazenec. Pero aun así, sigues diciendo «no, en absoluto», y tan solo añades que durante todo este tiempo solo te has inquietado un poco. Pero en ese «un poco», un tipo como él calcula el margen de maniobra que le queda todavía y lo calcula con sus propios instrumentos, instrumentos que tienen nombres extraños. Creo que se llaman instinto o intuición o astucia.

De todos modos, le dije al juez, que un tipo como yo se haya dejado hinchar como una rana puede ser normal, pero ¿los otros, la gente de la ciudad o del club de fútbol, gente que invirtió diez veces más que yo?, eso es completamente de locos.

¿Cuántas viviendas me ha dicho usted?

Treinta. Treinta viviendas. Treinta pisos a una media de quinientos mil francos, lo que supone un buen montón, ¿no?

Y entonces, como si todo esto poco a poco se hubiera ido endureciendo dentro del juez, como si yo hubiera accionado un transformador eléctrico del que lentamente hubiera aumentado la potencia, el juez, enervado cada vez más, exclamó:

Pero, por el amor de Dios, ¿qué pudo hacer ese hombre con todo ese dinero?

¡Todo ese dinero, señor mío, todo ese dinero se lo gastó! ¡Y ante nuestros ojos! Ante los ojos de los treinta mindundis que como yo soltaron quinientos mil francos por una maqueta, así es, y él se los fundió, se los fundió ante mis ojos y ante los del alcalde y ante los de Erwan, no es difícil de entender, los quemó delante de todos, no cabe duda, y le diré que yo también bebí de los mejores vinos, pero ¿sabe usted con qué dinero? Con el dinero del Merry Fisher que nunca compré, pero que él sí se lo pagó nuevecito y hasta se permitió el lujo de darnos un paseo por la rada en él.

El juez trató de calmarse, más de una vez lo había tratado de hacer con la pluma que tenía en sus manos, con la que jugueteaba desde hacía unas horas, fingiendo que anotaba algo o sencillamente mantenía la compostura.

Treinta, repuso. Pero, entonces, ¿los otros veintinueve?

Sí, los otros veintinueve, es verdad, los otros veintinueve, pues deberían estar aquí, conmigo, delante de usted, quiero decir, deberían haberme ayudado a tirar a Lazenec al agua, ¿no? Porque, con el debido respeto, no es fácil pasar uno solo por todo este lío.

El juez no dijo nada, no preguntó cómo había procedido yo exactamente, cómo había esperado a que el barco se parase, a que subiéramos las nasas con el bogavante y los dos bueyes de mar y a que, a continuación, Lazenec empezara a inclinarse para echar de nuevo la cuerda de la nasa a unos veinte metros de profundidad, y cómo entonces, colocado detrás de él, solo tuve que coger las dos pantorrillas como si fuera un saco de patatas y tirarlo al mar, eso es todo, así de sencillo.

Pero al juez esos detalles no le interesaban. Lo que a él le interesaba era algo más mental, como una ecuación matemática que tuviera que resolver o que formular. Pues también yo, le dije a él, también yo necesito resolver el enigma, pero no soy tan cerebral, esa es la diferencia, así que necesito resolverlo físicamente. Y tampoco soy una persona impulsiva, si se fija usted en lo que suponen, día tras días, seis años de paciencia, seis años creyendo que en lugar de un champiñón incomedible podría haber ventanales de cristal reflejando el sol.

De acuerdo, repuso el juez, pero ¿por qué no unió usted a los otros veintinueve contra Lazenec?

Porque..., dije yo.

Y como un niño pequeño terminé mi frase apenas empezada diciendo de nuevo, más bajo, «porque...».

¿Porque qué?

Porque no quería que se supiera.

Y en el silencio de las fotos que había delante de nosotros estaba también mi vergüenza, que parecía hincharse como una cámara de aire, mi vergüenza por no haber dicho nunca nada a nadie, y todo porque yo, el socialista de 1981, había invertido toda la pasta en un proyecto inmobiliario. Usted no puede entenderlo, le dije al juez, pero yo no podía contarle, no podía haber tirado toda mi indemnización en un negocio inmobiliario, no un viejo

socialista como yo, ¿lo entiende?

Sin embargo, hay más personas que, como usted, si no le he entendido mal, invirtieron también sus indemnizaciones.

Sí, claro, pero las personas como yo, como usted dice, por increíble que parezca, no eran más visibles que yo, escondido cada uno en el silencio de su propia trampa. Más vale no conocer la lista de quienes se dejaron atrapar, compañeros míos, sí, claro que sí, que tampoco supieron ver la mano enguantada que se deslizaba suavemente dentro de sus carteras. No digo que hayamos hecho bien en callarnos. Solo digo que es algo personal. Por eso, durante mucho tiempo, nadie supo nada. Ni Erwan. Ni France. Ni Le Goff. Durante mucho tiempo vivimos solos con un agujero bajo los pies y sobre una rejilla inestable como único apoyo. Aquello tenía mal arreglo. Por eso le digo que fue una obra de caridad echarle el guante a un tipo como aquel.

Acodado encima del escritorio, el juez continuaba mirando cada foto del desastre sin hacer comentarios, pasándoselas una a una ante sus ojos; el barro, el mar, el cielo, eran como postales que hubiera reunido en diferentes viajes o, mejor dicho, como una mano perdedora que hubiera desplegado en un ignoto póker.

Ahí, mire, dije yo, ese es Erwan, es mi hijo con él.

Parecen llevarse bien, dijo el juez.

Un chaval de doce años, con un tipo que lo lleva en un Porsche a los palcos del estadio a ver a su equipo preferido... ya me dirá usted.

Puede que durase unos dos años, esa costumbre que él había cogido de pasarse por nuestra casa para recoger a Erwan y llevárselo a alguna parte. ¿Cree usted que lo hacía para redimirse, quiero decir, para compensar que mi pasta hacía tiempo que había volado y tal y cual? No, de eso nada. Porque el problema es que, incluso un mal tipo, incluso el peor de los sinvergüenzas, tiene momentos en que no es un sinvergüenza, momentos en que tienen buenas intenciones. Y créame que eso no simplifica las cosas para la gente como yo. La gente como yo necesita lógica, y la lógica dictamina que un individuo malvado sea malvado todo el tiempo, no solo una tercera parte del tiempo. Quizá, añadí yo, quizá sea hasta peor que eso, quizá ese individuo nunca haya tenido mala intención, quizá no exista el verdadero mal, el mal

que está grabado deliberadamente en lo más hondo de su ser, quizá siempre haya algo en él que lo justifique o lo absuelva o lo limpie, quiero decir que ese tipo siguió su línea y su línea le decía que vendiera apartamentos perorando en las terrazas de los cafés, y su línea le decía que el dinero ajeno es indoloro en sí mismo. Por tanto, esa misma línea era la que lo había llevado a tomarle afecto a Erwan, hasta el punto de ir a buscarlo para los partidos, tocando el claxon a la entrada del paseo, prefiriendo no tener que presentarse demasiado a menudo delante de mí; no se vaya a creer que él era de los que se salen con evasivas, a pesar de todas las veces en que le di la vara para saber si la cosa avanzaba y si podíamos esperarlo para pronto, sí, para pronto, porque incluso después de dos años, incluso después de tres años, yo seguía creyendo en ello como el primer día, por supuesto, seguía creyendo a pies juntillas y algo en mi interior me decía: venga, tres años no son nada para un proyecto como este, entre normativas y firmas que hacen falta, pues claro, es normal. Y ya lo creo que él sabía mantener viva la llama, si por casualidad nos poníamos en plan curioso, o si preguntábamos por algo técnico o por algún material, él se remitía a tal proveedor sin escrúpulos, o a cual normativa de construcción que le impedía avanzar, y era como jugar al tú la llevas y él siempre ganaba. Y si todo esto daba vueltas dentro de mí, me refiero a esa paciencia o disolución de los obstáculos en una promesa sonriente, imagínese entonces, señor juez, dentro de un chaval de doce años.

Me callé por un instante, para dejarle tiempo al juez para que se lo imaginara de verdad. Luego pregunté: ¿Usted también tiene hijos?

Él dijo: Tengo un hijo, sí.

Le deseo todo lo mejor para él, dije yo.

Y el juez movió la cabeza dos o tres veces de arriba abajo como un autómatas al que yo hubiera dado cuerda por la espalda, haciendo esa especie de mueca confraternal que se hace cuando, en vez de ser él un juez y yo un hombre acusado, fuésemos solo dos padres que nos sosteníamos la mirada y proyectábamos nuestra historia cada uno en los ojos del otro.

En cualquier caso, una cosa es segura: ya no existe aquel pequeño Erwan que me miraba alzando la cabeza para saber si podía subir al Porsche del señor. Ahora más bien empotraría el Porsche contra un muro, si lo viera pasar

por las calles del pueblo con la ventanilla de Lazenec bajada, siempre igual, distribuyendo sus gestos ampulosos entre la gente. Porque si hay alguien que no ha cambiado hasta hoy, es Lazenec.

Hasta ayer, corrigió el juez.

Sí, perdón, hasta ayer. Pues bien, hasta ayer él estaba allí, como un rey en medio de la plaza de la iglesia, y seguía fanfarroneando delante de nosotros, sus acreedores, y, con la misma reputación de víbora que seguía teniendo al cabo de cinco o seis años, trataba aún de dar con cualquier imbécil inocente que le firmara un bonito cheque. El dinero continuaba saltando de una silla de montar a otra porque siempre había un caballo nuevo que llegaba a la carrera para figurar como el último eslabón de la cadena. Pero ya sabe usted la regla, le dije al juez: una cadena no tiene más fuerza que la de su eslabón más débil. Porque si uno cede, la cadena se rompe y el barco se va a la deriva durante la noche. Con un poco de suerte, al despertarte al amanecer te das de bruces con la luz rasante del sol. O te puede pasar que, al cabo de un rato, te llegue en la noche el ruido terrible del casco contra las rocas, el agua que entra a raudales en el camarote y, en el mejor de los casos, en el mejor de los casos, puedas alcanzar la costa a nado.

No es que me arrepienta, le dije al juez, pero algunas veces tengo imágenes extrañas que cruzan por mi mente. Nunca se quedan demasiado tiempo, se van. Solo que, mientras están ahí, mi mirada se pierde y se nubla y los ojos se vuelven como hacia una pantalla que se bajara ante mí, y entonces tengo que esperar. Y entonces el juez esperaba. Y en mi cabeza era como si una especie de marco de hierro con ángulos rectos desgarrara el tiempo.

En ningún momento pareció que al juez le molestaran esos largos segundos vacíos que pausaban mis palabras, dependiendo de que algunas frases dentro de mi cabeza dejaran tras de sí un rastro prefijado, una imagen duradera que no quería borrarse.

No le culpo por no comprenderlo, proseguí, visto el tiempo que llevo tratando de comprenderlo yo, de ponerle el nombre adecuado a todo este mecanismo, pero ahora he comprendido, he comprendido cómo hizo él para permanecer entre nosotros en su Porsche y en todos los restaurantes de la ciudad: en el fondo, cuanto más repites una cosa absurda, más margen de

maniobra tienes, porque el otro, enfrente, como no lo ha metido en su calculadora mental, como no ha fabricado una maquinita personal para domesticar la absurdidad, se queda paralizado. Los grandes boxeadores lo saben, saben que solo mientras el otro mantenga la pegada dentro de la caja, sin sacarla, es decir, solo mientras la tenga cerrada en su cerebro como la tapa de una cajita de música, podrá pelear, recibirá tan solo unos cuantos golpes y nada más. Pero cuantos más golpes reciba, menos lúcido estará, y cuanto menos lúcido esté, más golpes recibirá, ¿comprende? Vaya usted a preguntarle a Le Goff en su tumba qué piensa al respecto.

El juez se hundió aún más en el cuero de su sillón, suspiró como si estuviera cansado y luego preguntó:

¿Le Goff también había invertido?

Lo de Le Goff, señor juez, es más complicado que eso.

Y me callé otra vez; Le Goff aparecía como una diapositiva puesta allí, en la onda aérea que circulaba entre el cielo y mi silla, y que se resistía a abandonar la pantalla demasiado rápido.

Creo que lo primero que me viene al pronunciar el nombre de Le Goff es la cara de Catherine. Especialmente sus lágrimas cayéndole por sus mejillas el día del entierro. Ella hizo todo lo que pudo, le dije al juez, todo lo que una mujer puede hacer para mantener a su marido lejos de los pozos. Pero hay un momento en que ya no se puede hacer más por la gente. No se puede hacer más para sacarla de allí donde parece provenir a voz en grito un «sálvame», lo dicen, sí, pero su cuerpo tira en el otro sentido y tampoco se puede hacer nada contra eso, contra el vidrio roto que uno lleva dentro, algo así como el ruido de un espejo bamboleándose sobre un muro, un ruido contra el que a veces es imposible luchar. Y yo creo que en casa de Le Goff ese ruido había empezado a crecer desde hacía mucho tiempo, desde todas aquellas veces que él venía a mi casa para constatar por sí mismo la marcha de las obras, cosa que hacía cada vez más a menudo, como si desde las ventanas de mi cocina fuésemos dos soldados relevándose en el puesto de guardia, dos soldados que miran con prismáticos si el enemigo se ha movido. Le Goff nunca dejó de poner buena cara. El optimismo seguía planeando por encima de los escombros y de las orugas de las excavadoras cuando fumábamos juntos en mi terraza y veíamos cómo los árboles caían uno tras otro bajo los golpes de las palas mecánicas; incluso aquel movimiento de las máquinas nos emocionaba un poco, pero ambos teníamos la mirada puesta en el futuro.

Nunca le dije a Le Goff que yo también había invertido. Nunca le hablé del apartamento de tres habitaciones con vistas al mar en el cuarto piso, claro que no, al contrario, le decía que todo ese proyecto estaba muy bien para el

municipio pero que a mí, en el fondo, no me concernía. Y al igual que intentaba sostenerle la mirada con mi propia mentira, a medida que transcurrían los meses, escrutaba en su rostro las nuevas rayas de preocupación que dibujaba su frente. Y como lo veía seguir sonriendo en mi terraza o en las páginas del periódico junto a Antoine Lazenec, yo me quedaba tranquilo. A fin de cuentas, era él quien había firmado la venta del terreno. A fin de cuentas, él era el alcalde.

Martial creyó hacer lo correcto. Y nosotros con él, quiero decir, la mayoría de nosotros, desde en el consejo municipal hasta en los cafés, todo el mundo lo siguió, porque, en efecto, él creyó estar actuando como un hombre de su tiempo, pero ¿cuál era su tiempo? Un astillero que cierra y unas vagas promesas de futuro, nada más, así que, por encima de todo, insistió en decirnos que ya era hora de que nosotros, la gente de izquierdas, empezáramos a cambiar.

Y cambiar, se puede decir que cambiamos. Él, más rápido aún que yo, se volvió cada vez más sombrío o preocupado o abrumado, lo cual se podía medir por la intensidad que adquiría la rojez de sus mejillas, causada por la tendencia creciente a dejarse caer por los mostradores de los bares; y aunque es cierto que los alcaldes siempre es fácil que decaigan, en su caso se notaba que era diferente, no había más que ver a la propia Catherine sacarlo del fondo de los cafés y cómo en los dos últimos años había acabado por parecerse a otro, quizá a uno de esos viejos capitanes que empiezan a comprender que ya no mandan nada, como si en su cabeza se hubiera detenido hasta el movimiento de las mareas, dejando proliferar las algas por su cerebro, o así es al menos como hoy se me aparece Le Goff, con la cabeza contaminada por un agua sucia y estancada.

Me habría gustado que hubiera dejado de venir a mi jardín para decirme mil cosas que yo habría preferido no saber, porque aquel ruido de espejo rompiéndose poco a poco en su cerebro pasó a convertirse en el de una cascada que se estrella contra una roca, y al cabo del tiempo empecé a comprender, sí, a comprender —voy a decir una idiotez— la opacidad de las cosas.

Y, claro está, hubo una gota que colmó el vaso.

Siempre hay una última vez, ¿verdad?, incluso se dice que es la definitiva, puesto que es la última. Pero, en fin, el hecho es que volvió por allí una noche de noviembre, el hecho es que yo lo vi acercarse como una sombra que desde el paseo venía dando tumbos y mascullando frases incomprensibles. Inmediatamente, ya solo por su modo de andar, me di cuenta en seguida de que no caminaba como de costumbre. Demasiadas veces se había perfilado su silueta sobre la gravilla blanca. Demasiadas veces había deambulado errático por la península.

Entonces, no tardé mucho en comprender que no era el viento lo que le hacía caminar así, sino los muchos vasos bebidos a solas en su despacho, mientras empezaba a discernir las palabras que emitía su voz cascada, decía algo así como que él era el último de los últimos, que se había dejado engañar, que nos habíamos dejado engañar, decía. Luego él me vio desde lejos, de pronto titubeaba menos, como si tuviera una dirección que seguir, como si se hubiera reorientado por eso, como si yo fuera un punto de referencia luminoso en medio de la noche en que él se encontraba. Y al mismo tiempo que aceleraba el paso hacia mí, todavía a varios metros en la penumbra, se puso a gritar: ¡Tú también, Kermeur, tú también te has dejado engañar, ya lo creo, tú incluso te has dejado engañar a lo grande!

Y al oírlo así, en medio de la noche que caía, era como si los árboles, más negros y más nudosos que de costumbre, hubieran empezado a caerme también encima y pareciera que circulara entre ellos una comidilla insistente, una mofa que serpenteaba en el aire. Tuve muy clara la sensación de que todos los pinos y los helechos y el pasto de las dunas poseían un secreto y murmuraban contra mí, a mi lado, orgullosos de habitar su propio mundo, su mundo sin frases ni ideas malignas. Aquel día, sepa usted que yo habría querido ser un árbol. Y allí estaba él, acercándose, lanzando sus palabras espantosas al caer la noche, diciendo: «No, Kermeur, tú no eres mejor que los demás», y, al cabo de todos esos años, era la primera vez que me tuteaba.

Oí el chirrido de un postigo no muy lejano, una o dos luces que parecieron apagarse a la vez, y pensé que yo mismo habría querido cerrar mis postigos en aquel momento, de tanto como gritaba mi nombre en el aire húmedo, como si hasta entonces ni yo mismo supiera que me llamaba

Kermeur. Parecía reírse de manera forzada, entre frase y frase, y seguía acercándose, y ya delante de mí, más suavemente, pero más irónicamente también, dijo: Así que has invertido en una vivienda, ¿eh?... Qué callado te lo tenías... pero al alcalde no se le escapa nada, nada en absoluto, el alcalde lo ve todo, el alcalde lo sabe todo...

Pero ¿qué le pasa?, dije, ¿de qué está hablando?, dije, está usted completamente borracho.

Y Le Goff continuó diciendo: «Todos tenemos nuestros secretillos, ¿eh?», a la vez que se balanceaba de un lado a otro delante de mí como un tentetieso, sí, eso es lo que él parecía aquella noche, un tentetieso incapaz de estabilizarse, intentando encender un cigarrillo al abrigo del alero de mi casa, inhalando una bocanada como si fuera oxígeno puro. Pegó su cara al cristal para mirar en el interior, como para verificar que yo estaba solo —y solo sí estaba, Erwan había ido a ver el partido en el estadio, desde hacía poco tiempo yo ya no lo acompañaba—. Le Goff trató de aplastar su cigarrillo, pero el viento lo empujó antes de que su pie acertara. Y qué otra cosa podía hacer yo, allí parado sufriendo las mil sandeces que arrojaba sobre mi techumbre, que invitarlo a la fuerza a entrar, no se quede ahí, dije, pase dentro. Y es lo que hizo, entró en mi casa y no se hizo de rogar para tomar asiento, debería más bien decir para apoltronarse, como hizo en el sofá, mientras yo empecé a buscar en la cocina algo que poder ofrecerle de beber y beber también yo mismo, porque comprendí que íbamos a estar juntos un buen rato y lo mejor sería estar a la par. Así que saqué una botella de whisky, sí, de whisky, le dije al juez, aquella noche me apeteció beber whisky.

Y en cierto sentido, apoltronarse en el sofá, hundiendo con todo su peso los cojines, lo calmó un poco, y yo veía que intentaba servirse e incorporarse. Incluso volvió a tratarme de usted y se excusó porque, quizá, dijo él, en su estado, no tenía otro sitio adonde ir salvo este, porque no había mucha gente con la que él pudiera hablar en esos momentos, y luego añadió que el primero al que debía pedir excusas era a mí.

¿A mí?, pregunté yo.

Se las debo a toda la ciudad, dijo él, a toda la ciudad.

No había necesidad de que dijera mucho más para que surgiera ante

nuestros ojos, bajo la bombilla del plafón que nos iluminaba, la silueta deformada de los hechos, es decir, la cantidad un tanto imprecisa de edificios ausentes, de falsas sonrisas y de miles de billetes.

A mí puede decírmelo, repuso él, sé muy bien dónde están sus quinientos mil francos.

¿Y qué más da?, dije yo. ¿Qué cambia eso?

Poca cosa, respondió él, poca cosa. Y, sirviéndose de nuevo, como si ahogara su mirada en el fondo del vaso, se limitó a añadir: Yo, verá usted, he venido aquí para ayudarle a despedirse.

No sé, señor juez, si comprendí todo el alcance del significado de aquella palabra, despedirme, pero sé que en mi cabeza equivalió a una enorme lona con la que empezó a cubrirse toda la península, algo así como una marea negra que hubiera venido de lo más profundo del océano y hubiera pringado toda la rada. Contribuía a ello el viento que soplaba, que de repente parecía también un manto espeso y oscuro, y contribuía asimismo la imposible velada en que las cosas, todas las cosas, parecían endurecerse y gravitar como alrededor de una luna negra.

Lo más extraño era que él no me estaba informando de nada, sino que era como si hubiera venido con la última pieza que se pone en el remate de un castillo de naipes, la que sabemos que puede hacer que todo se venga abajo, un hundimiento hacia el que siempre supimos que nos llevaba cada nuevo piso de cartas que poníamos, así que creo que únicamente dije, por orgullo también quizá, únicamente dije: Usted es el alcalde, Martial, es usted quien tiene que hacer algo.

Pero él, mirándome como si se compadeciera de mí o como si fuera un poco de tiempo por delante de mí, con unos ojos que le costaba fijar en cualquier parte, dijo esta frase más bien seca: ¿Hacer qué? No, no hay nada que hacer, hace demasiado tiempo que él me tiene atado aquí, como una cabra a una estaca.

No comprendí de inmediato, le dije al juez, lo que entendía él por aquí, ni tampoco a qué se refería con eso de «como una cabra a una estaca». Pero tuve tiempo de comprenderlo después, comprender sobre todo que un tal Antoine Lazenec lo sabía muy bien, sabía muy bien cuál era la estaca a la que

cualquier edil de Francia podía encontrarse con el lazo al cuello, transformado en cabra o en asno, eso lo sabía muy bien. Y seguro que a Le Goff no le había costado mucho meter la cabeza en una de esas cosas que salen en los periódicos, como un cinturón de explosivos bien ajustado que explota a voluntad en cuanto se lo afloja.

No le entiendo muy bien, dijo el juez.

Bien, deje que le explique. Déjeme que termine y verá cómo lo entiende. Se supone que yo lo entendí en seguida, se supone que mi pensamiento, aquel día, con un whisky en el estómago, supo encontrar un atajo, porque, como un relámpago, mi mente se iluminó y le pregunté: Martial, ¿también usted ha invertido?

Entonces Le Goff alzó los ojos hacia mí, me miró muy fijamente, muy solemnemente, y se quedó así un momento muy largo, en silencio.

El problema, señor juez, no era que Le Goff hubiera invertido. Él habría podido comprar los diez pisos, si le daba la gana. El problema era que él había invertido, en efecto, pero no su propio dinero.

No, señor. Era el dinero de la ciudad. Invirtió el dinero de la ciudad, ¿se da usted cuenta? Diez pisos pagados sobre plano, más o menos como yo, solo que diez veces quinientos mil francos, lo que hace cinco millones, y cinco millones, para un municipio como el nuestro, es el abismo que separa la fortuna de la ruina. Le Goff, lo único que había venido a decirme esa noche era eso, que él había arruinado a la ciudad. Creo que incluso lo dijo así: He arruinado a la ciudad.

Me vino a la cabeza la palabra providencia, como un parásito imposible de erradicar por culpa de todos esos años que le habían visto marchitarse y pudrirse de pie. Veía en mi salón esa palabra, providencia, agrietada por todas partes, golpeando en los cristales y desintegrándose hasta pulverizarse y deslizarse por debajo de la puerta cerrada y airear su pestilencia por toda la bahía. Y en un silencio sólido, Le Goff hizo un ruido con la boca, una especie de «pshitt» al mismo tiempo que abría las manos, como para decir, así es, el dinero, todo el dinero, pshitt, se ha evaporado. Y como si se hubiera vuelto sobrio de golpe, mirándome como si fuera a anunciar gravemente algo en el consejo municipal, concluyó: Lo he jodido todo.

Entonces, figúrese, a mí, que nunca había sido más que un pobre hombre embarcado en la misma historia que él, va y de repente me lo cuenta todo, me dice cosas como que somos hermanos y no sé qué más, y además el alcohol y la resignación se incrementaban mutuamente, así que Le Goff no quiso ocultarme nada y era como si su noche interior se hubiera iluminado por, qué sé yo, por...

¿La lucidez?, dijo el juez.

Sí, eso es, exactamente eso, dije yo, la lucidez. Usted siempre tiene la palabra adecuada.

Ahora estamos juntos en el mismo barco, me dijo Le Goff, y ese barco, me cuesta mucho decirlo, el barco en el que estamos usted y yo, aunque hace veinticinco años que navega tranquilamente por nuestras costas, últimamente tiene demasiadas vías de agua que le impiden mantenerse a flote. Puede que haya llegado la hora de abandonarlo.

Y no sé qué más habría dicho Le Goff, ni a qué torbellino de palabras nos habría arrastrado, si en ese instante la puerta no se hubiera abierto violentamente, abalanzándose dentro del salón un viento repentino, y no hubiéramos visto perfilarse allí la silueta de Erwan, delante de nosotros, con su bufanda de hincha anudada al cuello.

Y eso, claro está, nos hizo sobresaltarnos, yo, además, sorprendido de verlo, como si no tuviera que estar allí, como si todavía fuera un niño que estuviera dormido en su habitación, pero, obviamente, Erwan ya no era un niño desde hacía mucho tiempo. De pronto era como si me hubiera olvidado de los años que habían transcurrido, como si Erwan hubiera pasado de los once a los diecisiete años sin que yo me hubiera percatado del abismo que se había abierto bajo mis pies, lo había olvidado, había olvidado que él tenía la edad de cuidarse solo y de salir solo, y de volver a casa sin previo aviso. Pero si había alguien que debía de estar más sorprendido, era precisamente él, por encontrarnos allí a semejante hora, con la botella de whisky casi vacía y flotando aún en el ambiente el aroma de nuestras conversaciones emanado desde el fondo de los vasos.

Ah, si hubiera podido ver usted su mirada en aquel instante, escrutándonos como a dos animales en un zoo, con su voz ya de adulto con la que dijo únicamente: «¿Qué es esto, un burdel?», y yo sentí que no era el momento de discutir. Erwan, a medida que había crecido, se había ido volviendo colérico. A él no le habría quitado usted las esposas. Ya le habría saltado al cuello tres veces para estrangularlo; siempre pasa lo mismo entre padres e hijos, y si algo he aprendido en esta historia es que hay un momento en que los hijos dejan de ser una prolongación de sus padres. Pero cuántos años se precisan para darse cuenta de esto, y no lo digo por nosotros, sino por ellos, cuántos años necesitan para un día comprender que no son el brazo armado de nuestros sueños y que no están aquí para compensarnos de todas

las gilipolleces que hemos hecho en la vida.

Por el decir de su cara, el juez parecía estar de acuerdo.

¿Qué edad tiene su hijo?, pregunté yo.

Siete años.

Entonces todavía no se hace idea de lo que hablo.

Él negó con la cabeza y dijo que todavía no.

Siete años, repuse, ¿sabe usted lo que nos pasó cuando Erwan tenía siete años? Creo que toda la ciudad se acuerda aún. No digo que eso explique nada, pero aquel día, sin embargo, estuve a punto de morir delante de mi propio hijo, sí, delante de Erwan, y hasta delante de la ciudad entera. Me acuerdo como si fuera ayer. Habían instalado una noria en la ciudad, en la plaza del ayuntamiento. Creo que era el primer año que funcionaba una tan alta, con las barquillas formando un gran reloj gigante en el cielo, así que lo normal fue proponerle a Erwan que nos subiéramos. Compré dos billetes y nos sentamos Erwan y yo uno frente al otro, en el asiento redondo de escay, y le dije que no se moviera porque podía ser peligroso y porque yo siempre he tenido vértigo, más incluso por los otros que por mí —y allí, necesariamente más, ya que se trataba de mi propio hijo y el viento balanceaba las barquillas y la ciudad se reducía como un póster a medida que ascendíamos—. Y, ah, sí, veíamos muy bien la ciudad, y a lo lejos la península y hasta nuestra casa, que nos imaginábamos allí en medio de ella, y todavía no había pasado lo del divorcio, ni lo de Lazenec ni ninguna de esas cosas, y durante unos minutos fue magnífico, parados allá arriba en el cielo, el mar casi a nuestros pies, sí, fue magnífico. Y luego la barquilla empezó a descender. Entonces, cuando llegamos abajo, cerca ya de la rampa de madera, salté el primero, lógicamente, para ayudar a Erwan a bajar, y una vez en el suelo, claro, le tendí los brazos para cogerlo. Solo que en aquel momento, cuando ya lo tenía casi en los brazos, no sé lo que le pasó al tipo que estaba a los mandos, no sé si miraba para otro lado o yo qué sé, el caso es que la enorme noria se puso otra vez en marcha de golpe, el carrusel empezó de nuevo y Erwan fue proyectado hacia atrás en la barquilla y, al ver allí a Erwan solo, encima de mí, yéndose sin mí, no sé qué me pasó pero por un acto reflejo, en lugar de dejarlo ir hacia arriba, me agarré con las dos manos a la barra metálica y

empecé yo también a subir, con la diferencia de que yo estaba en el exterior de la barquilla, imagínese, los brazos sujetos a la barandilla de hierro y todo el cuerpo colgando en el vacío, notando que me elevaba lentamente como en un globo aerostático. Le puedo jurar que una noria va rápida si la ves desde la parte de fuera, sin embargo nadie se daba cuenta de nada, salvo yo mismo, y Erwan, por supuesto, que se puso a gritar y a llorar y, al cabo de poco tiempo, yo también empecé a gritar como un salvaje diciendo: ¡Paren esta máquina, bájenme de aquí!, y no cuento el rosario de insultos que eché por la boca en aquel momento. Sonaba una música fuerte que retumbaba en los altavoces y nos envolvía a Erwan y a mí, junto con el viento y el frío que aumentaba a cada metro, y yo era incapaz de calcular cuántos segundos podría seguir así mientras la noria continuaba subiendo y subiendo como una especie de pianola mecánica que va desgranando sus notas. Podía ver a la gente allá abajo que empezaba a mirar y a preguntarse cuándo me caería, pero en muy poco tiempo yo ya me encontraba a un cuarto de la altura, es decir, no sé, a veinte o veinticinco metros quizá, lo que quería decir que forzosamente, forzosamente, si me soltaba, era hombre muerto. No es que sean muy frecuentes, ¿verdad?, esos momentos en que uno está casi muerto, pero le prometo que hay como un infinito que se abre entre la supervivencia y la muerte, un tipo de abismo que llenamos con toda la inquietud de que somos capaces para contener el aliento y dejar que el cerebro invente todo tipo de artimañas para abordar la idea de la muerte. Hoy no sé si tuve tiempo de pensar todo esto así de repente o fue más tarde, no sé si quedó alguna grieta que hubo que taponar después, el caso es que a menudo me digo que morir no es tan grave, que si aquello hubiera sido el fin, necesito creer que ahora seguiría formando parte del mundo físico, que yo sería parte de la tierra o de la arena, o incluso, vaya usted a saber, quizá una parte de mí quedará todavía en este mundo dentro de mil años, convertida en una planta, pero lo que le garantizo es que, después de aquello, terminé para siempre con la idea de que algo mío volviera a subir por los aires.

Volviendo a aquel instante, por lo que se refiere a subir por los aires, yo era como un resorte que se extendía hacia el cielo y que no tardaría en ceder. Todo lo que sé es que en los ojos de Erwan estaba escrita una distancia

infinita entre los dos cuando sus manos de niño trataban de agarrarse a mis muñecas, y yo le decía, no, Erwan, no me agarres o caerás conmigo, déjame. Pero él, con siete años, ¿qué podía saber sobre decisiones que tomar o sobre posibilidades de vivir después de mí? En cierto sentido, era demasiado tarde para explicarle y garantizarle que por supuesto podría vivir sin mí, que cualquier niño puede cuidarse y crecer sin su padre, y, visto desde hoy, más le hubiera valido.

Pero aquí estoy, delante de usted. No morí aquel día, porque, en fin, a base de gritar, el tipo de la barquilla de debajo empezó también a gritar al de más abajo y así sucesivamente hasta que ese grito, como una cadena humana, llega a oídos del hombre que está en la cabina, quien comprende lo que sucede y lo para todo, y como pone la marcha atrás tan rápido, noto que la barquilla se detiene y que lentamente empieza a descender, la misma película pero en sentido contrario, sí, como si nos retrotrajéramos en el tiempo, como si lo borrásemos y no hubiera transcurrido, yo no me hubiera agarrado a la barandilla de hierro ni Erwan hubiera llorado ni nunca nos hubiéramos subido a una gran noria; recuerdo cuánto me habría gustado luego que esa sensación fuera posible, la de sentir que algunas veces en nuestras vidas se pudiera dar marcha atrás.

Pero, en fin, en tiempo normal convendrá usted conmigo que la marcha atrás no existe. En todo caso, nunca había experimentado algo parecido a eso en mi vida, salvo que diga que todo fue en sentido inverso a las agujas del reloj, algo así como que aquel día me había quedado dormido en lo más alto de la noria y aún no me había despertado, que oía murmullos en lo más hondo de mis sueños y que Erwan ni siquiera había crecido aún, quiero decir, aún no había visto a su padre hundirse más y más cada año en la espuma de su sofá, con una calculadora en lugar de cerebro, libando botellas con sus viejos amigos, a cual más rojo y a cual más gordo. Pero Erwan creció. Erwan bebe whisky y fuma y sus hombros son más anchos que los míos.

Y bien puede decir él que quien ha envejecido soy yo, bien puede decir él que por cansancio mi cerviz se curva en el fragor de mil batallas que él sería capaz de ganar, pues en el fondo está empezando a comprender que es él quien ha crecido, que ya no necesita ponerse de puntillas para darme un beso,

y descubre en su interior la única cosa que de verdad lo inquieta: que su padre soy yo y solamente yo. Bueno, es lo que todos descubrimos a los dieciocho o veinte años. Que tendremos el mismo padre toda la vida. Que toda nuestra vida pasará con los mismos fantasmas. Los mismos cantantes en la radio. Los mismos políticos. La misma infancia a la espalda.

Erwan no se quedó mucho tiempo con nosotros. En seguida se dio la vuelta y corrió a encerrarse en su habitación, donde puso la música a todo meter y quería que la oyéramos. Le Goff y yo nos echamos a reír como dos chiquillos pillados en flagrante delito, solapando cada uno la carcajada del otro. Y luego, en fin, oímos el portazo que dio en la habitación, nos miramos y dejamos de reír. Entonces Le Goff se levantó, se apoyó como pudo en los blandos brazos del sofá y dijo, un poco cansado: Creo que me voy a ir.

Y lo extraño, en ese momento, era que yo no quería que se marchase. Pero no sé si por la llamada del viento que soplabá fuera, o por la sensación de que mi casa era demasiado pequeña para nuestros accesos de ira, o solo porque aún no era tan tarde, el caso es que, en fin, yo dije: Lo acompaño, Martial, me sentará bien. Y es lo que hicimos. Nos levantamos más bien rápido. Nos pusimos las chaquetas. Salimos.

Caminamos en medio de la noche ventosa y era obvio que yo había regresado a mi atolondramiento, quiero decir que allí, en la humedad del aire, estaba tan borracho como él, tan liviano como él, y parecía que el alcohol y el viento formaban dos sujetalibros que nos mantenían rectos, perfectamente rectos en la noche clara.

Hay dos cosas por las que alguna vez querría dar las gracias, le dije al juez, por el viento y por el alcohol. Sí, por el alcohol. Quizá le sorprenda que le diga esto, máxime porque no lograría usted que me bebiera ni una cerveza a estas horas, pero le juro que algunas noches incluso el peor whisky, ese que te retorcerá el estómago al día siguiente, forma con el viento una aleación

excepcional, sabes que te arregla el corazón, que te lo desgarró pero para reparártelo, para vaciarlo de todas las toxinas acumuladas durante el mes y que de pronto dejan de circular por tus venas porque han sido eliminadas por litros de alcohol y de sueño olvidado. Sabes muy bien que le debes todo eso que no harías más que a ciertas horas y en ciertos estados, todas esas ideas que solo tendrías a esas determinadas horas y en esos determinados estados, ideas que son el más poderoso detergente que conozco.

Fue ese mismo detergente el que nos llevó hasta más abajo de la playa, donde teníamos frente a nosotros el mar agitado. Solo puedo decirle que aquella noche, con todo ese viento fuera y todo ese alcohol dentro, nos alivió mucho insultar a Lazenec mientras mirábamos el mar y decíamos que no íbamos a hacerle la menor concesión a ese bastardo. Lo gritamos al océano. Ese cabrón. Casi era como un concurso de insultos. Ese malnacido. Cada insulto rebotaba sobre el agua. Ese hijo de puta. Y el viento se los llevaba lejos. Ese estúpido redomado.

Cuando volví más tarde, recuerdo que Erwan estaba sentado allí, en el salón, con las piernas cruzadas como en una sala de espera, con esa manera tan suya de esperarme, y esa manera tan mía de girar suavemente la llave en la cerradura para no despertarlo, como si el pobre hubiera podido dormirse. Allí estaba él mirando la botella de whisky como una prueba acusatoria contra mí. Me preguntó qué hacía allí Le Goff, en realidad, exactamente me dijo qué cojones hacía ese allí.

No sé si fue por haberle sostenido la mirada que me lanzaba desde el sillón del que su cabeza sobresalía ampliamente, pero el hecho es que sentí una punzada al oírle hablar como un padre a su hijo, sí, me ha oído bien, como un padre a su hijo, porque al abrir la puerta y entrar como lo hice en mi propia casa, me convertí de pronto en un adolescente que se merecía una buena tunda. Era como si en ese momento yo estuviera dentro de su bolsillo, porque seguro que era ahí donde habría querido estar en ese instante, escondido entre los repliegues de la inglete, con tal de poder escapar de la vergüenza o de cualquier otro sentimiento poco loable entre un padre y un hijo.

Entonces sirvió un whisky y me pareció estrafalario ver a mi propio hijo

con un vaso de alcohol tan fuerte en la mano y llevárselo a los labios.

Estas cosas no te conciernen, le dije yo, son historias de adultos. Si fueras un chico normal, no estarías ahí vigilándome, a estas horas un sábado por la noche deberías estar con una chica o, yo qué sé, en un bar bebiendo cervezas con tus amigos, pero no ocupándote de cosas que no van a cambiar tu vida. Porque mira, le dije yo, a tu edad uno se ocupa de cosas que cambian la vida.

Él siguió bebiendo su vaso de whisky y, al exhalar el humo de su cigarrillo, pareció que en el humo, en esa nube que se formaba delante de su cara, había escrito ya la respuesta que me daba, sin que yo pudiera distinguir cuánto revelaba de evasión o de insolencia. Y entonces, apenas habíamos acabado de hablar, oímos una detonación, un ruido seco y profundo en la noche. Creo que me di cuenta en seguida. Creo que dije: Le Goff.

Siempre hay un día y una hora en que las cosas cambian y ya no podemos hacer nada, quiero decir que es como si no hubiera sucedido. Quizá no sea más que un grano que cae en el reloj de arena, pero, en fin, es el grano de más, después del cual ya nada es lo mismo, todo se desploma o se precipita, los acontecimientos se suceden unos tras otros como los versos de un poema.

Creo que todavía, debajo de los paraguas negros que cubrían la tumba el viernes siguiente, oíamos la bala, la cual estuvo chocando contra las paredes del campanario durante al menos tres días, rebotando en el tañido a muertos de la campana antes de silbar por los viales del cementerio. Allí, en medio de la gente que acudió a centenares, su eco se confundía con el latido de nuestros corazones, los crujidos de la gravilla, el goteo de la lluvia, porque llovía.

Por supuesto, allí estaba Lazenec. Y yo miraba a Lazenec, separados ambos tan solo por el hueco de una sepultura abierta, mientras el ataúd descendía lentamente, asido por los marmolistas que lo depositaban en aquel lugar para siempre.

Una cosa es segura, señor juez, si nos hubiéramos fijado bien de dónde provenía realmente esa bala de fusil que Le Goff se había metido en el cráneo unos días antes, si hubiéramos querido ver la verdadera procedencia de la bala, no digo la verdadera procedencia factual, sino la verdadera procedencia de pensamiento, la verdadera procedencia en el circuito interior de imágenes y de bajezas, no habríamos dudado lo más mínimo en saber quién había apretado el gatillo.

Yo arrojé una rosa sobre el ataúd y luego lo hicieron otros después de mí, decenas, y caían como lágrimas de color encima de la madera negra. Bajo la lluvia verdadera que no amainaba, cada quien estuvo recogido unos instantes, los amigos, los alcaldes vecinos, los habitantes del pueblo, y también Catherine, por supuesto, sujetándose el sombrero con una mano debido al viento que todavía soplaba muy fuerte aquel día. France estaba también allí. Toda de negro. No me atrevo a decir que ella tuviera clase y que nosotros nos ciñéramos solo a la categoría de «gente corriente», pero ese día, por el velo negro que le cubría el rostro, los tacones altos y la chaqueta de terciopelo alzada hasta el cuello, me pareció muy bella, sin ser consciente de lo que esa idea desencadenaba en mí, o no realmente una idea, más bien un sentimiento, porque nunca he sabido distinguir entre una idea y un sentimiento.

France no quiso seguirnos luego al ayuntamiento, donde, después del cementerio, se organizó un último homenaje en el salón de ceremonias, se escabulló como solo ella sabía hacer, y cuando por un momento Erwan y yo quisimos buscarla con la mirada entre la multitud que había ido hasta el cementerio, ella ya había desaparecido. Incluso Erwan ese día no fue el adolescente rebelde que me miraba con desprecio, porque creo que a él también le había afectado la muerte de Le Goff. Fuimos juntos hasta la sala municipal, indiferentes a la lluvia, indiferentes al agua que chorreaba y empapaba nuestro calzado y nuestra ropa.

Finalmente nos hallamos todos allí, en esa misma sala antaño tan festiva, y hubo que ayudar un poco a preparar las cosas, como poner los vasos vacíos sobre los manteles de papel. Bajé a la bodega a por algunas botellas. En un rincón, estaba la maqueta del «Gran Arenal» envejeciendo allí sola. Todavía se podían distinguir las figuritas de plástico, que parecían faltas de aire por el polvo que se acumulaba sobre el cristal, como un vaho que acabaría por asfixiarlas.

Puse las botellas sobre la mesa del bufé y luego la gente comió su correspondiente brioche y bebió su vasito de sidra, lo que se suele decir un paréntesis antes de reanudar la vida normal, cualquier cosa que nos sacara de la muerte o de la idea de la muerte, como si en todo entierro siempre nos metiéramos un momento con nuestros muertos dentro del panteón y luego

inventáramos un sinfín de estratagemas para salir de allí y desprendernos de esa muerte que, invariablemente, parece querer seguir pegada a nuestra ropa durante mucho tiempo. Allí, con un vaso de sidra en la mano, el único que parecía no haberse dejado nada dentro del panteón era Antoine Lazenec, eso se lo garantizo, al menos si me atengo a la manera como se atiborraba de brioches para disimular por decencia sus sonrisas. Nuestras miradas se cruzaban. En esos largos minutos en medio de las siluetas ensombrecidas de cada quien comiendo para olvidar a Le Goff, Lazenec y yo éramos como dos ciervos en el bosque que se observan y se tantean para empezar el combate.

Y mira por dónde, en el momento en que yo fui a recoger mi abrigo en el guardarropa, mientras Erwan estaba ya en el pórtico de la entrada fumando y esperándome, Lazenec se acercó rápidamente a mí y se puso a hablarme como él bien sabía hacer, que si tal y cual, que era terrible lo que había pasado, dijo, y que quedara entre nosotros, dijo, pero que él jamás habría pensado que Le Goff fuera tan débil.

Le contesté que sí, que era terrible, en efecto, y ya me estaba poniendo el abrigo para irme, cuando me llevó aparte, lejos de la gente, y se puso a decirme cosas un tanto vagas, como que en el mundo de la política, es triste decirlo, pero hay que ser de una pieza, que quizá Le Goff fuera más oscuro de lo que parecía, desviando la conversación cada vez más lejos; yo asentía en silencio, ya que de todas formas no había nada que contradecirle en ese momento, con un alzamiento de hombros como si dijera: No sé de lo que me habla, seguramente él tenía sus razones, nunca llegamos a conocer de verdad a las personas.

Y en el fondo, yo pensaba: ¿qué quieres saber, Lazenec? ¿Crees que sé algo que te puede afectar? Y por un instante, fue como si hubiera visto la figura sombría y descarnada del demonio que llevaba dentro, como si esa figura se hubiera puesto a danzar ante mis ojos llevada por aquellas frases bien torneadas y conformaran una aparición. Y pensé también: ahora soy como una mala hierba que él desearía arrancar, una mala hierba que él teme que brote y brote indefinidamente, y era como si echáramos un pulso de silencio y frases trucadas, como si cada uno moviera sus peones en un tablero de ajedrez. Aquello, en medio de la decoración gris del ayuntamiento, era una

especie de Yalta local, donde con unos apretones de manos todo parecía replantearse de nuevo, pero lo que él se preguntaba era a qué estaca podría todavía encadenarme, cual asno o cabra o perro apaleado, sin darse cuenta de que yo ya estaba encadenado allí como el perro de la fábula.

¿Encadenado a qué?, preguntó el juez. Usted no estaba encadenado a nada en absoluto, como mucho a su orgullo, quizá.

No. No era cuestión de orgullo. Usted no conoce ese sentimiento de que una cosa extraña sigue tirando en el fondo de ti, insondable y, usted diría, absurda, sí, claro que absurda, pero lo peor es que, para esa cosa extraña que tira en el fondo de ti y de la que no puedes librarte, hemos inventado una bonita palabra, y esa bonita palabra es «esperanza». Le dije eso al juez, precisamente eso, con ese mismo tono, para que en mi voz él también pudiera ver la cursiva que creaba como un ribete dorado alrededor de la palabra «esperanza».

Pero esperanza ¿de qué?, dijo él.

Y esta vez, sin bajar la mirada, esta vez como un derecho que yo hubiera reivindicado ante cualquier jefe de Estado, dije: Esperanza de recuperar mi pasta.

Entonces, el juez se echó de golpe contra el respaldo del sillón y pareció encajar mi frase como un espectador en un cine de los de antes, preguntándose únicamente cómo acabará la película, o más bien si acabará alguna vez.

Usted no sabe, dije yo, lo que significa el dinero en el cerebro, no tiene nada que ver con lo que puedes hacer con él o con lo que necesitas a diario, quiero decir, si yo hubiera tenido por un solo instante la capacidad de convertir ese dinero en determinado bienestar material, me habría sentado encima como si se tratara de un cojín, pero no es eso, no tiene que ver con el dinero en tanto que dinero, no, tiene que ver con un trozo de carne arrancado a la fuerza, ¿comprende?, un trozo de carne viva que arde ininterrumpidamente, como si él, el *cowboy*, me hubiera anestesiado primero en un quirófano y me hubiera sacado un órgano, no sé, cualquiera, el corazón tal vez, uno muy importante en todo caso, que me lo hubiera sacado, digo, y después yo no me hubiera despertado, y que solamente cuando yo volviera a

hallar ese órgano, solamente entonces, podría levantarme y continuar una vida normal y fecunda. Así es, incluso cuando sientes que todo está perdido, cuando ya no miras hacia el futuro, solo ves los peldaños de la desesperación, bajas por ellos muy lentamente, uno a uno, pero nunca todos de una vez. Le juro que hay algo en tu cerebro que te impide bajar deprisa.

Entonces sí, durante los mil novecientos cincuenta días hasta ayer, he estado esperando mi dinero, óigame bien, hasta ayer, y no me refiero a los beneficios de ese dinero, no a los porcentajes mínimos que seguramente, durante los quinientos días primeros, estuve recalculando una y otra vez, no, esos hace mucho tiempo que comprendí que no los recibiría, me refiero al importe invertido originariamente, ¿comprende?, a los quinientos doce mil francos, yo seguía con esa idea de que siempre se puede dar marcha atrás, como la noria que se pone a funcionar por arte de magia en el momento en que menos te lo esperas, de que igual algún día en mi cabeza, en lugar de toda esta historia, habría una página en blanco de la que todo se ha eliminado con una goma de borrar mágica, y cuando ya estuviera pescando una lubina salvaje desde mi propio Merry Fisher, podría sonreír al pensar en todo esto. Pero las cosas no funcionan así. Ahora lo sé. Y Lazenec no hay duda de que también lo sabía. Entonces, lo único que se me ocurrió decir, allí, frente a Lazenec y nuestros vasos de sidra ya sin burbujas, lo único que dije para poner fin a la conversación, fue tan solo: Señor Lazenec, ¿no cree que esta vez ha llegado al final?

Y es más bien extraño, pero esa simple frase, en esa simple pregunta retórica, pareció calmarlo, como si yo hubiera dicho, en esa expresión más sibilina aún que las suyas, yo hubiera dicho: Déjeme en paz y yo le dejaré en paz. Y mostró algo parecido a una sonrisa, si hay que llamarlo así.

El juez dijo: ¿Un rictus, se refiere usted a un rictus?

Pero me vi obligado a decirle que no, que yo conocía esa palabra, rictus, y que si hubiera tenido que emplearla, con toda seguridad lo habría hecho, pero no, aquello no fue un rictus. Una sonrisa, dije yo.

A continuación le di la espalda y fui a reunirme con Erwan afuera, un Erwan que iba y venía de un lado para otro ante las puertas acristaladas apurando su cigarrillo, con la cabeza debajo de su capucha con la que tan

bien sabe cortar con el mundo que le rodea. Pero yo sé que él vio toda la escena. Sé que no necesitó leer mis labios para darse cuenta de la situación de enfrentamiento hostil entre Lazenec y yo, ¿comprende?, porque habría que ser verdaderamente ingenuo para creer que esas cosas se mantienen solo a un nivel de frases, cuando hasta un niño de cinco años sabe leer en el encorvamiento de los hombros o en los movimientos de la nuca quién agarra al otro y lo aplasta con una sola mano.

Pero Erwan no dijo nada, echó a andar a ese paso huidizo del adolescente que no sabe qué hacer con su cuerpo y con las manos en los bolsillos, como diciendo que estaba tranquilo o quizá ajeno, o quizá al contrario, para ocultar la violencia y sus nervios al límite, con los puños seguramente apretados, esperando el momento decisivo, dado que a Erwan, como comprendí más tarde, todo eso le poseía más que a mí.

¿Qué significa que le poseía más que a usted?

La lucha de clases, dije yo. Y por primera vez desde que había entrado allí, en el despacho del juez, sonreí.

No era culpa suya, si yo le había mentado, si había intentado mentirle por su bien, por el bien de todos, por la paz social, ¿comprende?, le dije que todo se arreglaría pronto, se lo dije de camino a casa, bajo la lluvia, le dije que habíamos hablado mucho con Lazenec, que pronto, muy pronto iban a cambiar las cosas, pero en realidad en lo más profundo de mí yo sentía que debería haber empezado por la única frase verdaderamente conclusiva que merecía ser pronunciada, algo así como «vale, tu padre es un cretino, tu padre te ha mentado indecentemente y ya no puede más y se arrastra ante ti, que eres su hijo y lo ves derrumbarse». Y solo con imaginarme decirle esto a mi hijo, ya sentía aligerarme de todo el peso que arrastraba desde hacía tantos años, como si soñara que descendía un montón de peldaños hacia el vacío y que en el fondo de ese vacío quizá hubiera una salida subterránea, una luz que fuera a emerger de los confines de una cueva donde yo iba a depositar, una a una, todas las armas tanto tiempo mantenidas en la superficie de mi acorazada piel. Pero, claro está, no dije nada. Seguimos caminando sin más, en el silencio húmedo.

No había mucho trecho entre el ayuntamiento y mi casa, apenas un

kilómetro por las aceras saturadas de agua antes de llegar al camino del castillo, antiguamente del castillo, claro, ahora solo de la casa, de nuestra casa, como un puesto fronterizo en un país todavía en guerra. Tendrá que venir un día a verla, le dije al juez, no basta con las fotografías, hay que ver cómo es esa casa tan solitaria ahora, en medio de un descampado, como perdida en el fango. En esta región, debido a la densidad de las nubes o yo qué sé, los árboles se echan a perder muy rápido porque se forma como un falso manglar que se mete en el mar. Un día le llevaré, hay por aquí lugares, en lo recóndito de la península, que parecen América del Sur. Nunca he ido a América del Sur, pero he visto en la televisión esos ríos fangosos en los que los árboles se inclinan sobre el agua gris para echar una apática mirada, pues bien, a veces aquí es parecido, y sentimos que allí uno puede perder su alma o que en todo caso se resbala sin dificultad por las ramas de los árboles, en la gama de verdes que recubren el agua y los muretes de piedra, que está presta a perderse en la superficie plana y las dunas rocosas que no se sabe dónde acaban. Hay que entender bien esto, le dije al juez: una vez pasado ese obstáculo, no es el ancho océano ni la fuerza del viento lo que te echa para atrás, sino el agua estancada, el olor a fango que hay en los ríos, pues a eso es a lo que se parece el fondo de una rada. En cierto sentido, la rada es el océano sin el océano.

Y cuando llegábamos al tejadillo, cuando mirábamos nuestra soledad enterrada en aquella tierra empapada, recuerdo haberle dicho a Erwan: Ojalá que por lo menos brote algo de hierba, solo eso, que la hierba crezca y esto parezca otra cosa. Pero antes de plantar césped, antes de borrar la violencia causada al terreno, habría que limpiar, dije yo.

Él, mirando directamente hacia alta mar como si apuntara hacia los acantilados que encerraban la rada, sin pestañear ni volver la cabeza hacia mí ni un centímetro, únicamente respondió: Sí, hay muchas cosas que habría que limpiar.

Y éramos como dos actores que no se hubieran atrevido a mirarse el uno al otro y miraban hacia el público, si el público fuese la rada entera, el agua, el cielo y el barro, los tres atentos y conteniendo el aliento. También yo miraba a alta mar, hacia los rompientes que distinguíamos mal por la lluvia

que empañaba el cielo, y tampoco yo volvía la cabeza ni un centímetro hacia él cuando, callados, compartíamos poco menos que nuestros pensamientos, cuando el lenguaje mismo era un lujo inútil, porque no había nada más que decir, nada más que comprender, al menos si comprender es hacer una frase que precisamente se articule y se explique diciendo «pues» y «entonces», pero no, comprender en aquel contexto, le dije al juez, era más bien sentir con todas las fuerzas, y entonces puse mi dedo, no en el corazón, no en la frente, sino en el estómago, justo aquí, debajo del plexo, sí, aquí, comprender produce un dolor que el hombre, se lo puedo jurar, conoce desde la Antigüedad, sin saber nunca si quema, pica o destruye.

Los dos atontados por el viento y la lluvia.

Los dos allí plantados frente al mar. A veces el mar, de repente, se apartaba. Y con las pocas palabras que había logrado extraer del silencio, Erwan preguntó:

¿Qué vas a hacer ahora?

¿Qué quieres que haga?, dije yo. Ese individuo es como la lluvia, no hay nada que hacer más que esperar a que escampe.

¿Cree usted, le dije al juez, que un chaval de diecisiete años puede soportar todo eso sin rechistar? No, claro que no. Así que siguió con la mirada fija en el horizonte o más bien en la ausencia de horizonte, y ¿sabe usted lo que me dijo, mi propio hijo? ¿Sabe usted lo que dijo, después de haberlo rumiado durante horas en el miedo y el dolor de su habitación? Pues preguntó, siempre sin mirarme, preguntó: ¿Tienes pensado acabar como Le Goff?

No contesté. No podía contestar. Me sentía una sombra invisible a su lado, una sombra átona y silenciosa que solo quería apaciguarlo y rodearlo de una inmensa ternura, mi ternura, sí; todavía hoy sigo deseando depositar en él esa ternura que casaba tan mal con su cólera, quizá, o con su miedo, y he de admitir que debería haberlo apaciguado con más frecuencia, silenciar más a menudo el viento que silbaba a lo largo del zócalo, y en lugar de eso, he comprendido ahora, sí, he comprendido que Erwan era como una pila eléctrica que yo habría estado cargando todos esos años sin interrupción.

III

He ido a ver a Erwan con frecuencia estos últimos tiempos. He podido observarlo a través del cristal del locutorio de la sala de visitas. He visto nuevas arrugas que se le han formado debajo de los ojos. He pensado: no es la fatiga, solo es que ha envejecido más rápido que su edad y ha sido por mi culpa. No. No por mi culpa. Por culpa de Lazenec. El mismo Lazenec que testificó contra Erwan en el estrado del tribunal. El mismo Lazenec que iba de víctima, como tan bien sabía hacer, cuando dijo: Señora presidenta, como usted sabe, la violencia no soluciona nada, yo mismo tengo defectos pero jamás empleo la violencia para arreglar las cosas.

Y luego vi a Erwan de pie, en el estrado, cuando iba a empezar a hablar. Nunca podré olvidar, le dije al juez, el momento en que entré en la sala de audiencia y busqué a Erwan con la mirada en el banquillo de los acusados, él allí de pie, esposado, apoyándose en la barandilla metálica del estrado como en la proa de un barco, brillante por la lámpara de neón que destacaba sobre ella y húmeda por el sudor de los juicios precedentes. Había mucha gente en las bancadas de madera que parecía que había ido como a un cine, y Erwan, allí solo, bajo la luz, sin atreverse a mirarme. Ahora que lo pienso, no sabría decir si me llegó a mirar verdaderamente una sola vez, ni durante las largas horas de audiencia en la sala del tribunal ni en todas las visitas a la cárcel en las últimas semanas.

Luego, la presidenta, desde su estrado, dio comienzo a los interrogatorios diciendo concretamente: Erwan Kermeur, ¿reconoce usted los hechos que se le imputan? Y a su vez, muy claramente y con calma, él dijo: Sí, los

reconozco.

Entonces Erwan lo contó todo, hasta los menores detalles: cómo cogió las llaves de mi coche que estaban en el mueble de la entrada y se fue. Cómo condujo sin permiso hasta el puerto de recreo y aparcó allí, a la altura de las verjas que rodean el astillero. Cómo bordeó los hangares y caminó hasta la dársena donde se resguardaban los veleros y las lanchas a motor. «Resguardaban» es una palabra excesiva, se zarandeaban sería más justa: se zarandeaban los barcos, sacudidos sin descanso por el viento que soplaba aquella noche. Puede que fuera ya medianoche, porque no había nadie en ninguna parte, solo los espíritus malignos salidos de las olas y que se erigen ante ti con cada cresta de espuma blanca, murmurando a tu oído alguna mala acción. Imagínese, una noche de noviembre, el ruido de un viento de fuerza ocho, del que nada puede ponerse a salvo y cuyos silbidos parecen desplazarse más rápidos que unas rapaces aullando en el aire, no, no había nadie por allí, absolutamente nadie, dijo Erwan, si no, como puede suponer, dijo él, yo no lo habría hecho.

Abrió la pequeña portilla del pantalán A, en cuya parte superior estaba escrito RESERVADO PARA TRIPULANTES, bajó agarrándose para no resbalar en la pasarela metálica, en medio del ruido de las drizas mal tensadas que chocaban contra los mástiles y del de las vergas que colisionaban unas con otras, y descendió hasta el pantalán. Usted ya conoce ese ruido, ¿verdad?, el golpeteo metálico que se oye hasta aquí cuando el viento viene del norte, como una orquesta incapaz de armonizarse. Entonces, a continuación, puso pie en el pantalán de madera, caminó siguiendo las luces que bordean los accesos, acallados sus pasos por la locura del viento que se arremolinaba entre los cascos, y se detuvo ante el Merry Fisher que no se había movido de allí desde hacía dos meses, se quedó ahí de pie mirándolo, tal como se lo contó él mismo a la presidenta del tribunal, dejándose empapar por los golpes de mar que el dique, un poco más lejos, trataba de contener.

Se quedó un buen rato así, observando tan solo los movimientos del barco, las sacudidas que daba a las maromas atadas a los topes, por detrás, por delante, a los lados, sólidamente amarrado en previsión de días como ese, en los que cada centímetro suplementario de tensión era una garantía a la

hora de dormir bien pensando en tu barco —en mi caso, como mínimo, si ese fuera mi barco, doblaría las guardas y las puntas para estar seguro de que no se moviera, y aun así rezaría para que nada se soltara—. Pero, claro, ese no era mi barco. Era el de Lazenec. Y sin duda Lazenec no había rezado con la suficiente fuerza como para que un joven imbécil... vaya, creo que es la primera vez que llamo imbécil a mi hijo, aquí, delante de usted, sí, pero no se imagina lo bien que sienta algunas veces hablar mal de tu hijo. Normalmente, es al revés, normalmente decimos que es sano para los hijos hablar mal de sus padres, pero en realidad eso funciona en los dos sentidos, y es el cariño tan grande que les tenemos lo que a veces nos hace creer que nuestro hijo es una persona como cualquier otra, que podemos ejercer su razonamiento o el juicio que tiene de sí mismo como haríamos con un desconocido, y eso, a veces, nos sienta bien.

Así pues, el imbécil de mi hijo reflexionó, sopesó cada gesto que iba a hacer y luego se inclinó sobre el tope fijo del pantalán, cogió la maroma recubierta de sal con una mano y empezó a aflojar el nudo tranquilamente, metió el extremo por su propio lazo para deshacer la presión y lentamente retiró la punta que impedía al barco ir para atrás. Dijo: Fue el mar quien me pidió que lo hiciera, todas esas olas que se abatían a ambos lados, todas esas amarras que sujetaban a ese espantoso Merry Fisher en medio del duro chapoteo, eran como un caballo salvaje enjaezado en el box que solo pedía poder partir, se lo juro, señora presidenta, relinchaba sobre el agua con aquellos movimientos, y, francamente, señora presidenta, tuve que hacer lo que hice.

Yo le oía contarle y me decía, a cada imagen tan precisa que me venía a la cabeza, me decía, no, no es posible, él no ha hecho eso. Pero por supuesto que sí. Lo hizo. Avanzó por el pantalán a lo largo del casco, se acercó a las otras maromas que seguían sujetando el barco, se agachó ante una y luego ante otra y aflojó cada nudo, deshizo cada uno de los cabos que retenían la embarcación, sí, los liberó, los liberó en medio de la tempestad.

Y así, el Merry Fisher fue libre.

Imagino los golpes que debió de darse como un loco contra la madera de los pantalanes, sus dudas entre avanzar, brincar o recular como si solo fuera

él el único barco que allí había, decidiendo su destino, como si tuviera una soberanía que reivindicar, aunque, en realidad, en todo mar un poco inquieto, cualquier barco, sea de Lazenec o de otro imbécil, por muy limpio que tenga el casco y por muchos cuatrocientos caballos que tenga en los dos motores con las hélices levantadas, no puede decidir hacia qué lado va a balancearse, ni contra qué roca o dique va a golpear primero, porque ya era como un juguete de niño en una bañera agitada por todos los dioses de la venganza y de la justicia juntos, y no tardaría en abrirse boquetes y en llenarse de agua.

Allí, en la sala del tribunal, durante unos instantes me gustó mucho ver a Lazenec escuchar la debacle de su espantoso barco, aunque dos días después se volvió a comprar otro, un Merry Fisher exactamente igual, con el dinero de un asegurador corrupto a quien habría atiborrado de vino blanco y marisco, pero, en aquel momento, se lo juro, eso ya no tenía la menor importancia, comparado con el placer que disfrutaba Erwan contando aquellos hechos, como una máquina carente de estados de ánimo que se dispusiera a descargar ordenadamente la continuación de sus actos.

Porque hubo una continuación.

Porque, en fin, no fue suficiente para Erwan ver bailar en el agua el barco de Lazenec mientras él seguía allí de pie, azorado sobre los pantalanes, y a fuerza de ver todos esos barcos como tantas otras insolencias que despertaban un dolor en él, no sé lo que le pasó, pero se puso a desamarrarlos todos, uno a uno, todos los Merry Fisher y los Antares y demás portagilipollas a motor, se recorrió todo el pantalán hasta el final, los treinta barcos uno a uno desatados en medio de la tempestad, sí, hizo eso, y cuando lo contaba en el juicio, casi sonreía todavía, imaginándolos a todos como patitos, dijo él, patitos en una bañera que empezaban a entrechocar unos con otros, como autos de choque que descubrían el gozo recíproco de golpearse mutuamente, listos para reunirse con su hermano mayor, que había ido a encallar en la playa.

Portada del periódico al día siguiente.

Todas las teles de Francia grabando la misma escena: treinta barcos llevados por la corriente hasta la playa, amontonados allí como en un desguace de coches, apilados según los había ido arrojando en ese lugar el fuerte oleaje. La muchedumbre en las barandillas admirando la proeza. Y

todos los allí presentes diciendo: lo nunca visto. Porque nunca habíamos visto algo parecido.

El juez ni se movía. Cualquiera diría que en ese momento, entre él y yo, había una aglomeración de barcos en miniatura puestos encima del escritorio.

Es verdad, dije, nunca habíamos visto algo así. ¿Comprende usted ahora dónde descargaron los cien mil voltios que fui acumulando en él durante todos esos años?

Traté de explicar eso también a la presidenta del tribunal. Las circunstancias. Sí, las circunstancias, dije yo. No pretendo enternecerla, dije, pero, en fin, hay circunstancias.

Aferrado, a mi vez, a la barandilla metálica del estrado, me acuerdo de la primera frase que dije ante la sala a rebosar, dirigiéndome a la presidenta que estaba frente a mí, dije: ¿Conoce usted las fábulas de La Fontaine, señora presidenta?

Ella dudó si sonreír o no, pero únicamente dijo: «Continúe...». Entonces le expliqué todo lo que yo sabía. Todo lo que sabe usted. Los seis años pasados. El castillo. El dinero. El vacío. La infancia de Erwan.

Lo único que le pido, dije yo, es que me crea cuando le digo que me ocupé mucho de Erwan. Durante todos esos años juntos, nunca lo dejé vagar solo por las calles desiertas del pueblo, nunca lo abandoné en la parada del autobús con los demás chicos de su edad, por esa costumbre que tienen de ir a aburrirse allí, bajo la marquesina de hormigón, los sábados por la tarde, pero Erwan no. Para evitar eso, cogía el coche y nos íbamos a pasear, íbamos hasta las rocas o sencillamente a beber algo al puerto y mirar los barcos, sí, a menudo hacíamos eso de mirar los barcos desde los pantalanés. Ahora me pregunto si fue buena idea.

Dije todo eso a la presidenta, que si me había equivocado, que si había hecho las cosas al revés, pero que sin duda ese era el sino de los padres, dije yo, un día mirar atrás y temer haber fallado. No estoy muy seguro de que ella hubiera entendido bien lo que yo quería decir, dado que después no hubo más que un silencio un tanto denso, un poco sentencioso, de hecho, como si fuera necesario que yo mismo meditara mis propias frases, a la vez que buscaba en la sala miradas de apoyo, como la de Erwan y alguna otra, sí, alguna otra, la

de France, tal vez: ella, sentada a la derecha en el lado opuesto al de Erwan, yo en el medio, en la barandilla —como si los tres dibujáramos un perfecto triángulo cuya punta fuese yo, y frente a mí, simétricamente, por así decir, estuviera la presidenta en su estrado, quien, con su sola presencia, como un poderoso imán, atrajera hacia ella esa punta del triángulo—. Yo me daba cuenta de que tenía que hablar, tenía que continuar hablando, para que ese triángulo de Erwan, France y yo, ese triángulo no desapareciera completamente.

Allí, en la barandilla del tribunal, ¿sabe usted lo que me dieron ganas de contar delante de toda la concurrencia? Quizá por la frialdad metálica de la barra a la que me sujetaba, lo que me dieron ganas de contar al mirar a Erwan, al mirar a France, era el día en que me quedé colgado de la barquilla de la noria, suspendido en el vacío, y cómo miraba las manos de Erwan, que me agarraban las muñecas, que se esforzaban por abarcar mis muñecas, sí, me dieron ganas de contar eso. Pero no lo hice. Tan solo dije: Señora presidenta, en toda esta historia, Erwan no tiene la culpa de nada, únicamente quería evitar que yo cayera.

Y tampoco estoy seguro de que fuese a ella a quien me estaba dirigiendo en realidad en aquel momento, porque casi todo el rato mi mirada dejaba el centro para ir hacia la derecha, hacia France y sus ojos que, por supuesto, me rehuían, y que quizá estuviera haciendo esfuerzos para no cubrirme de insultos; y aunque allí, en la sala del tribunal, es muy poco frecuente, algunas veces pasa que dos miradas se evitan hasta ese punto, y sin embargo algo en cada una de ellas sabe que se buscan y se imantan, como si se delimitara con luz fluorescente la línea que se niegan a cruzar, como un campo magnético invertido, cual dos amantes que se repelen pero que no dejan de querer volver a estar juntos, eso éramos, France y yo, los dos, al compartir entonces la culpa y remontarnos al hecho mismo de ser padres.

Entonces, en cuanto el veredicto se pronunció al mediodía siguiente —esa condena de dos años que se abatió sobre Erwan por vandalismo grave, atentado a la propiedad y turbación del orden público, esa condena de dos años que pareció oscurecer hasta las vigas que sujetaban el techo—, France se marchó en seguida, apenas escuchó la suma de días que formaban una especie de nasa alrededor de Erwan, yo la vi levantarse y salir, como una periodista que solo hubiera venido en busca de una información; al menos eso es lo que ella habría querido parecer, no una madre desgarrada por dentro, incapaz de aguantar por más tiempo sentada en su silla, incapaz de imaginar a su hijo detrás del cristal de una sala de visitas, sino una periodista indiferente que hace su trabajo, y así no tener que derrumbarse en la sala gritando «Erwan» o «Martial», como ella habría necesitado hacer.

Un murmullo se elevó en la sala, un movimiento general al final de la sesión, Erwan inmóvil en su banquillo y el cuchicheo de comentarios de cada uno. Entonces, salí a mi vez y nos encontramos los dos, France y yo, en el vestíbulo del palacio de justicia, bajo la gran cristalera que daba al mar. Nos sentamos en un banco sin decir nada, sin ni siquiera valorar si la sentencia era dura o ligera o solamente justa. France no hablaba, miraba las baldosas desgastadas del suelo, y de repente me dijo: Es por tu culpa. Lo dijo una sola vez, pero una sola vez es suficiente para derribar a un hombre como yo y reflotar en él la armada de la culpabilidad. Quizá ella no lo pensó de verdad, quizá la empujó tan solo la cólera o la desesperación, pero ya es demasiado tarde, ella lo dijo una vez y se me quedó grabado aquí, en las paredes de mi

cráneo, lo juro, cuando lo oí, fue como si en ese momento me hubieran retirado toda la piel que recubre mi cráneo, como si me desollaran a lo vivo, y vertieran alcohol de noventa grados en mi cerebro directamente.

Y aunque hubiera podido responderle, aunque hubiera tenido fuerzas para esa conversación con ella y hubiera llegado a decir alguna cosa, lo habría hecho con la respiración entrecortada para que ella entendiera bien, no lo que realmente yo tenía que decir, sino el hecho mismo de que no podía decir nada. Creo que ella comprendió algo de mi silencio.

Al menos eso fue lo que interpreté yo, cuando ella se levantó un poco después para irse —porque es siempre al irse cuando estas cosas ocurren, como si no estuviéramos allí ya, ¿comprende?, como si el hecho de ya no estar nos da algo así como el derecho de hacer las cosas que nunca nos habríamos atrevido a hacer cuando estábamos allí plenamente, el derecho a todas las confianzas, una vez ya de pie, con el cuerpo en el marco de la gran puerta de cristal, cuando sientes ya el aire en el cuello reclamándote desde fuera—, y al irse, nuestras manos, solo nuestras manos, y solamente un segundo, se agarraron, solo por un segundo, sí, y después no sabríamos decir en ese instante qué cambia eso, pero lo que sé es que ella y yo estrechamos nuestras manos un poco más fuerte y nos acercamos un poco más el uno al otro y, sí, nos besamos, nos besamos y hacía tanto tiempo que ya ni recordaba qué sentía al besarla, y luego, con un pequeño sobresalto, ella retrocedió ligeramente y se marchó.

Allí, en la salida del tribunal, sobre los pocos escalones de la entrada que daban al puerto, traté de recapacitar como pocas veces en la vida lo hacemos, como cuando queremos rectificar las coordenadas sobre un mapa marítimo y con un compás calculamos las distancias de las balizas y marcamos en el papel una pequeña cruz a lápiz como señalando «aquí es donde estoy». Solo que, en adelante, entre las balizas, no eran grandes campanarios ni torres de agua lo que se alzaba como puntos de referencia en el océano, sino más bien frases secas y solitarias, rostros que se alejaban, los «es por tu culpa» y los «vuestro hijo». Recuerdo la gaviota allí posada, el mar sereno que se extendía delante. Luego Erwan, a su vez, salió del palacio con la cabeza baja y los policías lo metieron en el coche que lo conducía hasta el centro de detención

preventiva donde estaba internado.

Vi alejarse el coche, su nuca apenas distinguible a través del parabrisas, mientras me repetía una y otra vez: hay algo que no funciona, hay algo al revés en esta vida. En un mundo normal, debería ser yo quien estuviera ahí, en la parte trasera de un sedán blanco con la palabra «policía» escrita encima, pero no Erwan, no mi propio hijo de diecisiete años.

Fue aquí mismo, señor juez, en este mismo palacio de justicia, unos pisos más abajo. Se diría que desde el principio todo convergía hacia aquí, no sé, como un cuadro que mirásemos desde no importa dónde y sintiéramos algo así como una llamada que nos arrastrase hacia el centro, como si me imantara una luz que me trajera siempre aquí. Puede incluso que esa luz sea usted, le dije al juez, puede que usted imante mis recuerdos y los haga girar a mi alrededor como anillos de Saturno.

Sí, puede ser, dijo el juez, puede ser.

¿Sabe?, creo que este palacio se acuerda de todo. Creo que guarda todos los procesos y veredictos del mundo, silenciosa, metódicamente, que los archiva en sus entrañas durante siglos. Creo que un día, cuando lo derrumben, lo vomitará todo de golpe, todas las injusticias de la Tierra, y se expandirán como polvo negro por las ciudades del futuro. Pero el problema, le dije al juez, es que yo ya no estaré aquí para verlo. Ni yo ni ningún protagonista de esta historia. Y Lazenec menos que nadie.

Comprenderá entonces que no podemos seguir esperando siglos a no sé qué tipo de justicia natural que nunca llegará.

Por lo demás, Lazenec salió, rodeado de los periodistas que le pedían alguna declaración, con los micrófonos tendidos hacia su boca silenciosa, y tal vez esos periodistas pensaban como yo, que era el mundo al revés, que el único que debería ir bajo los faros azules de la policía era él. Pasó a mi lado, pero no me vio. Lo observé hasta que se metió en su coche, en el parking de enfrente, y tuve la sensación de que jamás lo volvería a ver.

Un error, evidentemente, le dije al juez.

He comprendido después que a un tipo como ese, señor juez, a un tipo de esa calaña, si no eres tú mismo quien lo hace desaparecer, no desaparecerá nunca. Volverá. Siempre. Lo único que en el fondo sabe hacer es volver, eclipsarse temporalmente pero volver, agazapado a la sombra de un reloj que cuenta las semanas más que las horas, esperando que se nos pase la cólera, esperando que deje de dar vueltas en la cama durante tantas noches sin dormir y de repetirme que no era de su barco de lo que tendría que haberse ocupado Erwan. No sabría decir hoy cuántos días o semanas pasaron, ni cuántos miércoles por la tarde visité a Erwan en el centro de detención preventiva, pero sé que en esos treinta minutos semanales en que estábamos uno frente al otro, era como si los cien mil voltios que continuaban electrizándolo yo los fuera recuperando poco a poco, llenándome positivamente de toda la energía negra de Erwan y, pronto, muy pronto, yo estaría lo suficientemente recargado como para poner otra vez las cosas en su sitio.

Pero sucede que los días se deslizan y se depositan como aluviones que disminuyen el oleaje. Sucede que el tiempo, áspero y nervioso e insomne, se vuelve liso y nacarado como un tapiz de guijarros sobre la playa. Y fue ese momento el que él escogió para volver, como si nada fuera a acabar jamás, ya que nada podría acabar jamás puesto que nada habría comenzado nunca, ¿comprende?

Lazenec llamó a la puerta de mi casa.

Tres meses. Tres meses estuvo sin que nadie se cruzara con él en alguna calle del pueblo y sin que se hubiera pasado a inspeccionar sus dos hectáreas

de barro. Tres meses tan solo y llamó a la puerta de mi casa.

Qué cerebro, pregunté al juez, qué cerebro necesitamos, nosotros, la gente normal, para admitir que existe en la Tierra una categoría de persona como esa, desprovistas de eso que usted y yo, le dije al juez, estoy seguro que compartimos, eso que normalmente nos inhibe o amenaza, eso que quizá se llame conciencia, y que nace bastante rápido, habida cuenta de que tenemos en la cabeza ese espejo inestable que hace que incluso Adán se cubra con una hoja de parra, algo que nos pone trabas, sí, pero que también nos honra. En fin, el caso es que algunos están desprovistos de ella, e igual que unos nacen sin un brazo, algunos nacen atrofiados de, no sé, de...

Y el juez dijo: ¿De humanidad?

Sí, quizá en el fondo es de eso, de humanidad.

De manera que ese tipo que había destruido a Le Goff, ese tipo que había destruido a Erwan, ese tipo que me había destruido a mí, ese mismo tipo se presentaba ante mi puerta como si fuera un vecino normal que hacía una visita de cortesía, o algo así, tal vez por amnesia, como si tratara de barnizar el pasado igual que un parqué con astillas, diciendo mecánicamente: Lo siento mucho por Erwan.

Creo que no supe qué responder.

Si puedo serle útil en algo, repuso él.

No, dije yo, me parece que no.

Él hizo esa especie de amago para irse propio de quien está a punto de marcharse pero sabe ya que no se irá antes de terminar de decir lo que tenía pensado, luego se detuvo, giró la cabeza hacia mí y dijo: Si otro día le apetece, podríamos ir a pescar juntos.

¿Perdón?, dije yo.

Yo podría llevarlo, dijo él. Y añadió: No soy rencoroso.

Como lo oye, le dije al juez. Dijo: No soy rencoroso. Quinientos doce mil francos y es él el que no es rencoroso. ¿Qué quiere usted que un hombre como yo responda a eso? De tanta perversidad o daño o maleficio con que ese tipo de personas impregnan el mundo a su alrededor, no sabría explicarle a usted cómo, llegan a quitarles a los demás lo que les queda de dignidad, o meramente de lógica.

Porque, ya ve, dije que sí.

Lo que vino a continuación, ya lo conoce usted.

Está escrito por las corrientes que saben arrojar los cuerpos a lo largo de la costa. Usted puede llamarlo homicidio voluntario o como sea que se diga la expresión adecuada en una lengua normal, pero lo que yo hice, señor juez, no me hace sentir un asesino, lo que yo hice lo he amputado, ¿comprende?, amputado como se quema una verruga para regenerar la piel, si la piel aquí es nuestra ciudad, porque hay momentos en los que es necesario arrancar el mal de raíz. Lo hice por el bien de todos.

En ese momento, el sol ya parecía querer abrirse paso, debido tal vez al cambio de la marea de las cinco en punto de la tarde. Aquí, con la pleamar, a menudo cambia el tiempo y lo que ocurre es que el cielo se despeja hacia las cinco, en todo caso aquí vemos con más frecuencia el sol por la tarde que por la mañana, ya sé que no hay quien lo explique, pero es así.

A propósito, no fui yo quien lo mató realmente: lo que se dice acabar con él físicamente, al parecer el mar se ocupó de ello mejor que yo, pero para la justicia, para la justicia, le dije al juez, solo los hombres pueden hacer esas cosas.

No obstante, el hecho es que está muerto, repuso el juez. Y el hecho es que es usted quien está aquí sentado, frente a mí.

¿Qué quiere usted decir?

Que no estamos juzgando al mar ni a la bruma, sino a usted.

Sí. ¿Y eso qué? ¿Qué quiere usted que le haga?

Nadie está exento de ignorar la ley, dijo el juez.

No, por supuesto que no, repuse yo, nadie está exento de ignorar la ley. Si la olvidamos, si la tachamos en los libros de derecho, todo se hundiría, ¿no es así? Y los libros que tiene usted aquí alineados en las estanterías, podría tirarlos por la ventana. Con un poco de suerte, los vería flotar por el agua de la bahía. Con un poco de suerte, los leerían los peces. Pero estará usted de acuerdo conmigo en que los peces y las algas no necesitan leer libros como esos, ya que distan mucho de ignorar las leyes que les conciernen.

Hubo un nuevo silencio y luego solté:

¿Esto me va a costar caro?

No sé, dijo él.

¿No lo sabe?

No, depende.

¿De qué?

De mí.

Y de repente se levantó como si no aguantara más, o como si quisiera escapar de su sillón de juez, fue hasta la ventana con las manos en los bolsillos y, luego, volviéndose hacia mí, dudando quizá una última vez, dijo, como si me estuviera haciendo una pregunta, dijo:

Después de todo, ese garbeo por el agua, bien podría ser también un accidente.

Fruncí el ceño tratando de comprender lo que él quería decir, aunque había comprendido perfectamente lo que él quería decir, pero quizá él no lo había expresado con una frase lógica y ordenada, más bien era todavía una bola de fuego que atravesaba mi cerebro de parte a parte y que no sabía aún en qué lado detenerse. Y como era extraño ver a ese mismo juez bajar tan rotundamente los ojos y ponerse a jugar con la punta de la corbata, sin traslucir aún si era por la arrogancia de quien tiene todo bien atado o por la vergüenza de creer haber sobrepasado el derecho, entonces me limité a decir:

Señor juez, eso no me hace gracia.

Y como se quedaba allí de pie, mirándome, pasándose la mano por la barbilla para prolongar el silencio, comprendí que no estaba bromeando.

Pero, en fin, repuse yo, debería haber pedido auxilio, no sé, o haber regresado a toda velocidad a las oficinas del puerto, si hubiera sido un

accidente, señor juez, bien sabe usted que hay muchas cosas en mi contra...

Pero el juez ya no me escuchaba. Había cogido uno de los libros rojos que estaban encima del escritorio y lo había abierto delante de él, como si a partir de ese momento únicamente los libros de derecho pudieran zanjar el asunto, como si todo lo que yo había estado diciendo durante todas esas horas allí sentado, más todo lo que dijera en adelante para rematar la jornada, no se lo hubiera confiado a un juez ni al aire de un palacio de justicia, sino que cada frase había esperado tan solo llegar a ubicarse ahí, en las páginas de papel biblia de un libro de leyes.

En medio del ruido mismo del papel que él fruncía suavemente, el juez encontró la página que buscaba, y deslizando su dedo por ella, se detuvo y dijo: Escuche bien, Kermeur, escuche bien y quizá lo vea más claro.

Entonces, tranquilamente, nítidamente, se puso a leer en voz alta, como si estuviera delante de una asamblea o como si pretendiera que yo me aprendiese cada frase de memoria, y yo puse toda mi atención en su lectura:

«Artículo 353 del código procesal penal: la ley no pide cuentas a los jueces de los medios mediante los cuales han sido convencidos, no les prescribe reglas de las que deban hacer particularmente depender la plenitud y la suficiencia de una prueba; les prescribe interrogarse ellos mismos en el silencio y el recogimiento y buscar, en la sinceridad de su conciencia, qué impresión han causado, sobre su razón, las pruebas aportadas contra el acusado, y los medios para su defensa. La ley tan solo les hace esta única pregunta, que contiene todo el alcance de sus deberes: ¿Está usted íntimamente convencido?».

Sí, a menudo, cuando miro el mar desde la ventana de mi cocina, cuando respiro el aire libre del mar que se postra más abajo, recito en voz alta las líneas del artículo 353, como un salmo de la Biblia escrito por el mismo Dios, y la voz del juez, resonando todavía en mis oídos y mirándome más fijamente que nunca, me dice: Un accidente, Kermeur, un desgraciado accidente.

Artículo 353 del código penal
Tanguy Viel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Article 353 du code pénal*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de portada: © Gary Waters - Getty Images
© de la fotografía del autor: Patrice Normand

© Les Editions de Minuit, 2017

© Adolfo García Ortega, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-233-5344-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

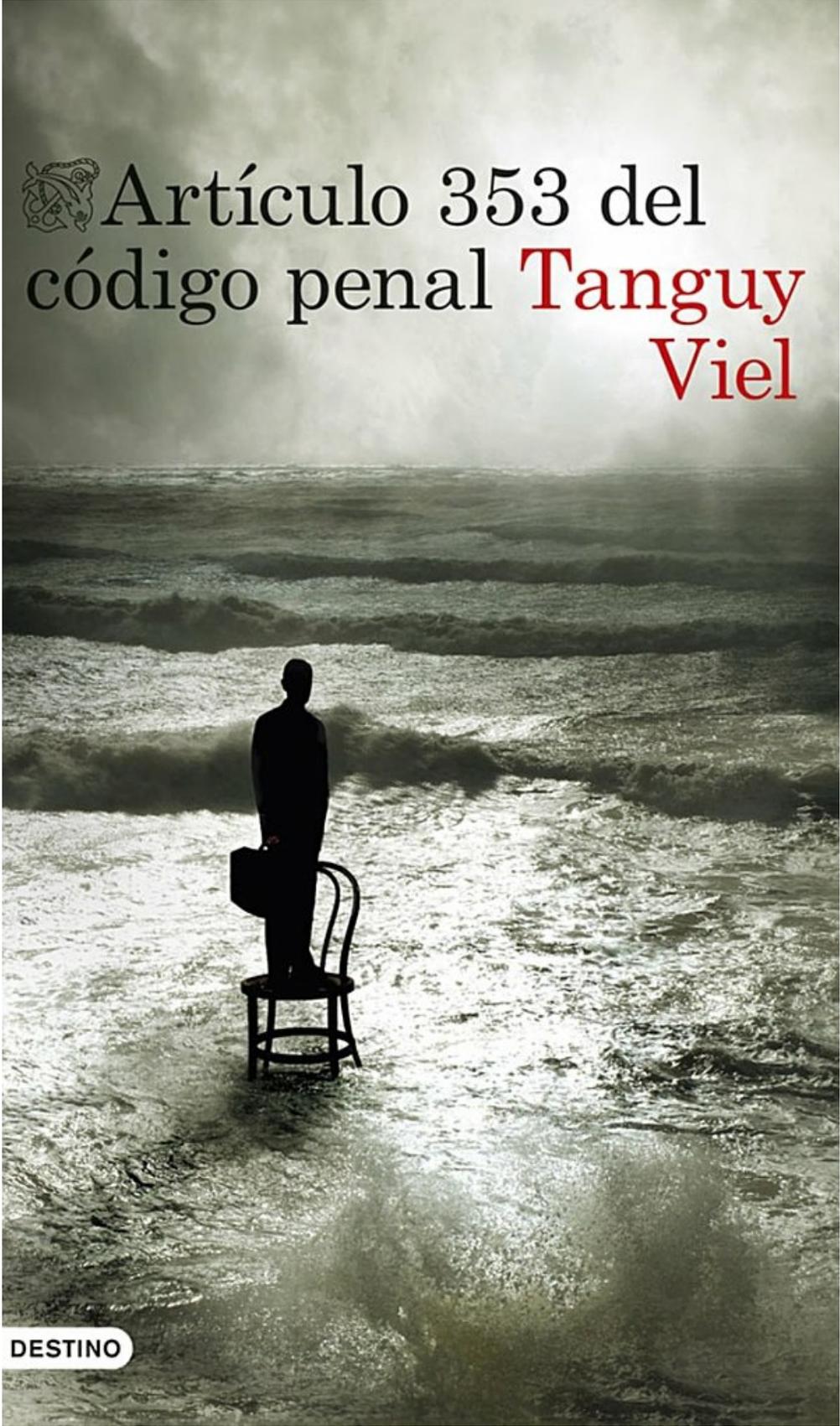
NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!







 Artículo 353 del
código penal **Tanguy
Viel**

DESTINO